

J U A N G O D O Y

ANGURRIENTOS

Novela

N A S C I M E N T O
SANTIAGO 1959 CHILE

Dedicatoria:

A Elisa Corbalán, mi madre. A mi tierra —que es como un gran surco de olas—, dedico este libro.

Juan Godoy.

EXTRAMUROS

Apenas se deja el Cementerio Católico, y se sigue el callejón de Recoleta abajo, por donde se va a Conchalí, ha ido creciendo el barrio más allá de la muerte. Por el lado del cementerio, del cual asoman las rechonchas estatuas de hombres graves, desenrollando pergaminos, o de ángeles rollizos entre los cipreses, nidos de presagios y guairaos, canturrean las sartenes su fritanga irremediable de los barrios pobres. Mujeres gruesas y despeinadas soplan las brasas, las mejillas sollamadas, y muestran la sierra gorda de sus senos pulposos. En la misma esquina, está el almacén "El hombre feliz" donde beben su "litriao" "pa pasar la grasa de los muertos" los trabajadores del Cementerio Católico o los hombres hirsutos que suda la fábrica de calzado Ilharreborde, puesta detrás de los álamos que bordean el canal, cuyas aguas se tornan de sangre con los ácidos de la curtiembre.

Los huasos de Conchalí guían sus carretas, al anoche-

JUAN GODOY

cer, hacia la Vega. O las pipas de sus rubios mostos otoñales al depósito central.

Sin embargo, la gran fiesta del barrio es el Día de Todos los Santos. Las viejas, los muchachos, los hom-

bres, se ocupan en los cementerios:

—¡Escalera! ¡Escaleeeraa! ¡Agüita pa las flores! —gritan los hombres, los chiquillos, las mujeres, haciendo sonar sus tarros y tropezándose en sus remendadas escaleras. Pero las viejas prefieren beber sus mates a la vera de sus muertos.

En los días ordinarios, los muchachos que estudian en el liceo, rumian sus lecciones en el cementerio. Y también zurcen el paño de la vida sobre la propia tumba de los muertos. Es un lugar riguroso de amor.

Eulogio se asombró un día de ver que sus calzoncillos se habían llenado de tal modo de parches, que parecía que el tocuyo primitivo parchaba a sus calzoncillos. Y sus calzoncillos eran siempre sus mismos calzoncillos, cosa que no puede explicarse por la lógica, sino por la dialéctica. Y el camino baja, y todo es una hondonada. Un pequeño rincón. Nada más.

PRIMERA PARTE

VOLUPTUOSIDAD DEL FIERRO AL ROJO

re festar golpesta en igraben

I chique cinu ca losse

Aquel cielo en llamas. El aire hierve su columnita de hormigas hacia lo alto y la calleja sudorosa se alarga como una pala de madera embutida en un horno de cocer pan; bruscamente se cierra en la quinta del cura don Amaranto.

—¡Todas las calles han de cerrarse en las quintas de los frailes! —dijo Augusto, el gallero, con indignación. Era un hombre de pelo rojo. De bigote rasurado. Ahora él cuidaba de los gallos como de la quinta. Y estaba en pugna con sus propias ideas. A casa de este hombre se dirigían Wanda o Carmencha, la canutita, como le decían cariñosamente en el barrio, y su hermano, el chiquillo Eulogio, que la seguía a la distancia. Venía enrabiado el chiquillo, porque el gallo, el fuerte gallo giro de pelea, el Sargento, que traía en sus brazos,

tuvo el capricho de chorrearle una manga de su chaqueta cazadora. A hurtadillas, había golpeado en la cabeza al animal que atontado revolvía los ojos, volcándolos como huevos en plato. Y la cicatriz de la cresta del giro rojeaba como una pasa del Huasco. Eulogio apresuró el paso. Allí mismo se retorcían de risa unos borrachos. Temblaba por los groseros piropos que esos hombres soltarían a su hermana.

Unos hojalateros, con sus respectivas mujeres, allá en el solar de vientre vaciado por la saca de arena y ripio, comen sus cebollas y beben vino en latas de durazno mohosas.

Alejandro el hojalatero, el de rostro cascarañado, bebe con grandes gestos, arrojando el tarro. Luego se dispone a bailar y cae rendido.

-¡Ay, las milongas no me dejan! ¡Si me dejaran las milongas!

Es un hombre de un blanco sucio de papel mascado, enrojecido de vino; unos pelos rubios, blandos, de bigote y barba.

Las pobres mujeres de estos hojalateros, cansadas de regañar a sus maridos, se han largado a coger el dinero de sus hombres y se han puesto tan borrachas como ellos. Al frente tufa su vinillo el Depósito de Licores de la Tarifeño.

La Concha Fina, de bozo perlado de rocío repugnante, canturrea en una mata de hoja:

Ben' haiga la viej'e m... que me vendió los pasteles.

Lucho, el hojalatero de cara ácida, requiebra a la Pichanga, su mujer:

-¡Ay, ricurita! ¡Ay, mi verde cogollito de cepa!

—¡Verde... Cogollito de cepa! —rezongan los borrachos, soltando la carcajada. Lucho le pellizca los carrillos a su hembra, le palmotea las nalgas. Y las mujeres ríen, con sus risas descocadas, degradantes, haciendo chistes, como les está permitido a las mujeres que tienen sus esposos...

Alejandro agría su seriedad y con ello manifiesta que no participa de aquellas bajezas. ¡Ahí venía la Carmenchal ¡Bah! El no había sido jamás de esa condición. Ni tenía que hacer con hostias. Con el alba se lavaba el hueso del hocico. Los otros sabían lo que él era. Cómo los trozos de piedra se hacían blanda arcilla en sus manos de cantero. En el Cementerio General, se erguían unos ángeles que él había labrado con sus propias manos y también una virgen toda de piedra. Había vivido la vida salvaje y hombruna del cantero, ganando los congrios colorados a voluntad. Un día cualquiera agarraba sus monos y caminaba por los cerros libres, donde la riqueza azuza la fantasía de los hombres. El mismo había visto un nogal todo de marfil, con sus nueces de oro, en el surco de olas que le parecía ser su país.

Pero el llanto, caprichoso, se le metió en el cuerpo, y

le iba comiendo el pecho:

—¡Si no soy más que un hojalatero borracho, un guat'e vino! —gritaba a sollozos, mirando sus manos sarnosas. Ya no pertenecía a la clase de aquellos hombres que tienen el horizonte en sus manos. No.

—¡Mis manos están demasiado sarnosas para ello! —gimoteaba, enjugándose los ojos inyectados de sangre, con las hilachas de su manga. ¡Ahí venía la Car-

mencha!

Wanda pasó tímida y fría, delante de aquellos borrachos. Los hombres la miraban con malicia punzante en los ojos, borbotando sus bocas corridos soeces. Las mujeres, con rencor, con envidia quizás. Alejandro, con el dolor del hombre.

-¡Buena la papa pa pebre! -y jadeaba Lucho como

si la gozara.

De bruces en la tierra que arañaban sus dedos, Alejandro mecía su corazón en aquella grupa salobre, donde retozaban los muslos con blando cuneo de mar.

¡Ay, las milongas no le dejan! ¡Si lo dejaran las milongas! Y su voz se ahogaba en una angustia dolorosa.

Sol de pan quemado parecía brillar en un vidrio. De los patos pajosos se desprendía un humito negro como si fueran a arder. Un álamo solitario se yergue en el cielo del cura, de un azul desteñido. A través de los claros del follaje, apenas agitado su rubio enjambre de abejas, se abría un cielo ideal, de un purísimo añil. Aro-

mos, acacios y sauces, cenefaban la vereda. Oro espeso y blando goteaba por los macizos de ramas verdes, veladas de polvo; lo mismo que charcos dorados, brillaban los ojos de sol de la piel gris-negra de las sombras, echadas como bueyes junto a los rugosos árboles; desperezábanse, de tarde en tarde, cuando una bocanada de brisa fresca batía sus alas cansadas.

En las murallas de adobón, crujieron los tallos huecos de los pastos quebrados con la huida de las lagartijas. Voces del interior de una casa morían confusas en la calle. Se oía ahora la voz de Augusto.

* *

—¡Ya está encendido el coke! —le grita su mujer desde la mediagua, mohosas calaminas sobre cuatro palos.

—¡Mejor! Vacia la leche a la olla y le echas los dos kilos de azúcar —le contesta Augusto, el gallero, con voz ahuecada.

Resonaron dos golpes en las maderas podridas de la puerta, de viejas pinturas encarrujadas. Les abrió la mujer a los muchachos.

Augusto estaba tendido en la cama. Un cigarro amarillo, cabeceado, humeaba en un canto de su boca. Se le sorprendía contrariado. De mal genio consigo mismo.

Un acre olor viscoso y frío -odoroso de sexo derra-

mado— expresaba el rezongo de la cama, de una mesa de hule gastado y roto, de una caja maleta, de algunas sillas desmimbradas.

Las piernas en alto, la mano derecha en un barrote del catre, gira el traste y da con los pies en el suelo bruto del piso. El cuerpo largo y huesudo; los ojos claros, capotudos y como pescados. Acaso la luna que asistió a todos sus amores fugaces y a sus luchas bravías con el mar, dejó en sus cabellos su huella argentada; por eso mostraba cenizas el rojo incendio del pelo, quizás se podría decir.

Sumerge la cabeza afiebrada en un balde de agua limpia y fresca para despabilarse. Gotas de agua ruedan de sus cabellos y le cruzan de finos surcos de cristal la cara; en tanto la Perla, su gata angora, que jugaba con un fleco de la colcha raída, se le sube a los hombros.

—¡Perla, Perlita, que te caes! —le susurra acariciante su voz gruesa y armoniosa. Augusto amaba la felina suavidad de la Perla. Miró a sus visitantes y se detuvo a examinar a Wanda. Desvió su mirada. La respiración acompasada le ceñía los pechos esquivos a la muchacha. Y Augusto se quemó los dedos en la piel brumosa de la Perla.

Estaba bueno el sargento Ovalle, el padre de los muchachos. Sonrió Augusto de que el sargento Ovalle estuviera bueno como si supiera por qué Wanda, la Carmencha, había perdido su alegría.

-¡Perlita, cuidado! -clama el hombre con dulzura.

Y la gata que también lo amaba, ronronea muy cerca de su oído, restriega su piel pluma y sedosa en la mejilla bermeja y se baja por la espalda de Augusto. Arqueando el lomo, la cola en alto, blandamente andando, acabadas de enfundar las retráctiles garras, va la gata por delante de Augusto hacia la cocina.

El coke está encendido. Los grumos de carbón son ahora una coliflor de fuego en el caldero redondo de tarro de fierro galvanizado. La Luz Dina, sentada en un piso de totora, disuelve el azúcar en la leche azulosa

con la cuchara de palo.

-Sienta la olla al fuego -le ordena Augusto, los labios estirados en indicativo ademán.

La mujer tuerce la boca vacía y muestra unos dientes

largos de una manera hosca.

—¿Por qué no va a buscar la otra leche? ¡Traiga la otra leche! —le espeta su voz mellada de cuerda rota. Con el filo de su mirada angulosa, hiere a Wanda desde la mediagua. Revuelve a media lengua entrecortadas palabras. Es flaca y un poco sorda, de cabellos negros y piel atezada. Augusto le vuelve las espaldas con rabia. Camina lentamente hacia la pieza. Sus espaldas gibadas por la reflexión. El acre olor viscoso y frío lo lleva pegado a las ropas, le asorocha la cara. Un sabor desagradable le deforma los labios en una mueca de hastío. Abre y cierra la puerta sin estrépito. Con aquella mujer sorda no podía hablar y se había puesto silencioso, hu-

raño y por lo tanto, irónico. Por lo demás, cuando se conocen realmente las cosas, están ausentes las palabras.

-Pueden Uds. servirse algunos dulces -dice a los muchachos. Y la masa de miel cocida y leche, que hervía en paila de cobre en un brasero, la bate ahora en punta de hierro. Masa latiguda de coloraciones.

-; Ah, el Sargento! -exclama cohibido el gallero, acortando la longura de sus gestos, olvidándolo todo. Cae la miel de los guatones como una nalga en la cubierta de mármol de la mesa dulcera. Por los nervios de Augusto corre un vigor inusitado. Agil tiende sus brazos para coger el gallo, que acezaba jadeante en los brazos de Eulogio. ¡El Sargento! Las patas de recias espuelas se las habían atado con un cordel. La cabeza roia, el cuello rojo, rojo debajo de las alas. De carne briosa y firme. De ojos vivaces. Fuerte gallo giro de pelea. Matador en segundos.

Don Amaranto y el sargento Ovalle, padre de Wanda y Eulogio, habían conchabado y resuelto que se distendiera el gallo en la quinta y le entregaran, de cuando en cuando, aquella gallina Assel, de gran alcurnia, que tan caro le costara al fraile de manos de un gallero

inglés.

-¡Está bien, está bien!

Todo eso lo encontró bien Augusto.

Volvía de la quinta de excelente humor. El gallo escarbaba afanado, bañándose de tierra la cabeza, las alas, toda la carne, en ágiles revuelcos. Cuando le soltó la

gallina Assel, la cogió en carrera frenética, lujuriosa, con escándalo de toda la gallera. Y remató el asalto con su canto potente, viril, relamiéndose en rueda en torno a la gallina que se sacudía cansada.

Y brotó en los labios de Augusto la frase perenne de don Amaranto: "Triste est destinum omnium anima-

lium, nisi mulier et gallus qui cantat".

Augusto sorprendió su alegría. Le habían dado risa los guatazos de los higos, sus vientres sangrantes de miel. Los pobres saltaron un charco y de puro dormidos se cayeron de las ramas, todo se cae de las ramas, londe ha ido posando el viento sus blandas patitas saltonas. Los duraznos se rasgan con la uña del viento o el diente de oro del sol. ¡Qué tenebroso es un diente de oro en el alma grave de Chile!

En la pieza sonaron apagados sus pasos contra el duro suelo de tierra apisonada. Y mientras raspa el marco de listones para el manjar blanco y corta los papeles con que ha de envolver los guatones, canta con su voz de lenta gravedad de órgano, una cancioncilla de la

cierra. Dejó de cantar y dijo a Wanda:

-Ud. es porteña como yo ¿verdad? Pero... ¡Vaya si Ud. ni yo somos unos carneros costinos! ¡Ud. podría

librarme de tantas cosas!

-¿Yo? ¿por qué? No comprendo...—sonrió la muchacha Wanda. Arriscaba la nariz con la sonrisa—. Son tan pocas mis fuerzas, que apenas puedo conmigo misma.

—Lo he pensado tanto antes de decírselo. Vea... Estoy tan solo... y ni siquiera soy lo que he sido antes Mi paciencia está roída por el musgo de todas mis costumbres y estoy cansado de esto... ¡Es tan difícil mantener pura la llama de nuestra propia consistencia! No es que esté pobre, que ande con los pies helados, sino que me cansan los gallos de don Amaranto y me cansa su vino y me cansa esta mujer, mi sirvienta —hizo un ademán hacia la mediagua, y agregó—: ¡Es el mar! ¡Para uno que tiene el corazón regordido como una ola!

Hijo de un tendero de Chillán, se le iba la medida, se le iban los ojos en la voluta de una nalga y de los pechos de las serranas. Aprendió de la tierra muchas cosas; no muchas, sino el instante preciso, la maduración de la hora. Y eran sus ideas tan suyas, que ni las

defendía.

Wanda se lo quedó mirando a los ojos donde escurre el deseo su rayola gris como los peces. Es alta y fina, de ojos azules, velados por un polvito de oro, lo mismo que uvitas negras pintando. En sus ojos beben rebaños apacibles, sus belfos rizando las aguas. Cardumen de siembra reverbera en el surco de las olas. Los deseos se extinguen, se hieren hasta romperse en las aristas de las rocas para morir en arenas de playas lejanas comidas de sol.

Wanda comenzó a pasearse por el cuarto.

—Mi primo Alberto gozaba una mar gruesa y borrascosa, con la Chabela, como él la nombraba. Todavía

está en la caleta el bote que entregaron las olas —se dejó caer en una silla, en la semipenumbra del cuarto, y abriéndose la rosa azul de la falda, montó displicentemente, una pierna sobre la otra.

Abrióse un remolino de algas. Y las algas, viscosas como muslos, lo acogen como si se bañara en el sexo de

las aguas.

Augusto dio una gran chupada a su cigarro, se bebió un vaso de vino, pensando en que acaso Wanda huiría su pie saltarín al chasquido de las chanchas. Y en ver-

dad que bogaban sus pechos cuando al andar.

-No, no es eso Wanda -replicó Augusto y dijo en voz baja a la muchacha-: Créame... Ya tengo el dinero -v como los que nunca llevan dinero en sus bolsillos, gilescamente, lo oprimía contra su cuerpo-. Sí, lo tengo. Ya le he dicho a Luz Dina que se vaya al campo donde sus padres inquilinos. Yo... yo no tengo nada. Ese catre y ese colchón le pertenecen a esa mujer -escrutó hacia la mediagua y le mostró los billetes a Wanda. Estaba nervioso ... ¡Le retobo su catre y colchón! ¡zas! ¡la mando al diablo y yo me cambio de domicilio! ¡Que su colchón la guíe! -soltó la carcajada-. Nuestro amigo Edmundo (Wanda retiró su mano), Ud. se pololea con él, dice cosas muy divertidas. Mire, Wanda, ¿Ud. cree? ¡Para qué le habré preguntado esto! Edmundo dice que Dios está irremediablemente enterrado, pero que los hombres andan en busca del buen Dios. En tanto le hallan, yo me arrodillo delante de mí mismo como ante mi propio Dios. ¡Vaya con el joven! ¡Y Ud. se pololea con él!

-¿Es posible? -exclamó Wanda con sorna-. Ud.

tan inteligente...

—¡Yo odio a los inteligentes! Pero...¿ha visto, joven, el gallo en que remata el casco de Minerva? Soy gallero e intelectual, es decir, un sensual, sí, señorita.¡Qué lástima!

- —Sin embargo, usted no comprende nada. Edmundo sufre mucho, porque no ha hallado lo que él llama su limitación. Yo recuerdo muy bien sus palabras. ¡Qué angustioso y trágico sentido tiene la palabra limitación en sus labios! El piensa que nuestra alma sufre de ausencia de limitación. El quisiera ser un grande hombre; pero no es inteligente; sabe su mediocridad y no se matará.
- —¿Y por qué habría de matarse? De las ruinas de aquel incendio ... ¡Tonterías! Sépalo Ud.: en todo caso se necesita de un hombre. Y aquí me tiene Ud. Esta mujer no le extrañe. Ella es quien me hace las cosas, la que me hace las cosas, siempre me ha hecho las cosas. ...

Tras las brumas cárdenas, a través de su alma, en su alma de antes, Luz Dina se alisaba el cabello, las mejillas azoradas. La buena mujer había calmado a todos sus hermados mayores. Y cuando vino la estrechez económica de la familia y se deshizo la casa y Augusto se quedó solo (regresó para ver morir a sus padres),

cercado por los trastos vendidos, dio con sus huesos en la cama de ella. Allí estaba ella; y... muy juntos, se guardaba la distancia.

Desde muy alto despeñóse la carcajada de Augusto.

—Mire, vecina, ¿por qué no cruzamos su gatita con mi gato?

-Hay que decirle a él -respondía Luz Dina. Todo

había que decírselo a él.

La Perla le traía preocupada. Desde la mañana no tomaba leche, ni comía su habitual pedazo de carne. Fijaba sus ojos verdes-dorados en la mujer. Llorosos los lindos ojos de la gata. Luz Dina la quería como a una hija. Su instinto maternal derramaba su ternura sobre aquellos ojos, sobre aquella motita de lana brumosa y sedosa. Cogióla en vilo y la llevó a su pecho. La gata maullaba débilmente, comprendida. Dispuso algunos trapos y la depositó suavemente en ellos. Palpó la guatita de la enferma y dijo entre dientes:

-Hay que decirle a él.

En vano había defendido la doncellez de la Perla. Un gato romano, huraño y vagabundo, que tenía su imperio sobre los tejados, merodeaba por la cocina e invitaba a la Perla con su canto, lleno de luna y de misterio. Nerviosa, convulsa, ella le arrojó una teterada de agua hirviendo al gato de la vecina. Por las noches, el gato ronda, en el valle de las tejas, escarchado de luna, e inmóvil, como una grúa, hiende la sombra opalina, su arañazo mutilado.

La carcajada del gallero ecoa en bóveda sin alma. Acostado junto a aquella mujer, cavilaba, avivando, en las sombras, la brasa de su cigarrillo que ilumina su cara delgada, de bermeja mejilla y sus cabellos apagados, desvaneciéndolo todo en las sombras, en extraña pendulación siniestra. Ella dormía, como un tronco, abrazada a sus deseos exangües. Entonces, Augusto se pensaba un hombre superior, de talento insospechado, que los otros no querían reconocer y a quienes despreciaba. Su incomprensión de los demás arraigaba en la escasa estima que se hacía del prójimo y en su actitud de fiera acosada. Siempre en son de combate. Su personalidad más dispuesta a estrellarse que a la comprensión. Cuando borracho (era capaz de emborracharse sin esconderse en bodegones clandestinos), obligaba a los otros, sin alabanzas, a compartir con él su alta opinión de sí mismo.

Una noche sintió que algo se desgarraba en él y que una ternura suave lo invadía todo. Amaba a los hombres, deseaba acercarse a ellos, no para humillarlos, mostrándoles su superioridad, sino para oírlos, para saber de ellos. Convencióse que no valían nada.

Altanero, egoísta, esperaba la victoria para resarcirse, con las desgracias ajenas, de sus propias miserias. Sus ropas raídas, el cuello lleno de sebo, los codos zurcidos, era agresivo hasta en su pobreza. Parecía hacer ostentación de sus miserias. Pero tenía una preciosa voz que, sabía, gozaban las mujeres, por eso le disgustaban los

coros, pero cuando cantaba con los demás, los apagaba con la potencia de su voz rústica y bella. Y se reía de ellos en sus gestos, en sus palabras, en lo sucio de su traie.

Su borrachera era trascendente. Hacía discursos solemnes. Ceñudo como un mar. Alzando y frunciendo las cejas. El índice estirado. A veces decía frases muy

bellas, simulando no concederles importancia.

- Acaso cree Ud. en la eternidad de nuestros amo-

res concretos? -le dijo Wanda con desdén.

-Sí, creo. Soy la eternidad de todos mis amores. ¡Qué lástima! No obstante... así... es. Nuestro espíritu cambia y nuestra alma crece, ¿no? -hablaba como un fraile-. Sí, ellos están allí, viviendo la agonía de la muerte que esperan... ¿Cómo amaría hoy, con el alma inmensa de esta tarde, lo que antes amé? Así soy yo, Wanda -y no estaba borracho. Quizá así era él.

Revelación de las sombras apenas mordidas por la llamita de la vela. ¡Luz Dina, aquella mujer! La imagen de su cuerpo de piel mate, dorado de los vinos otoñales. Sus muslos finos, cosquillados de trémolos, como los de una corza, le conducían, camino de musgo caliente, a lo irremediable, a la araña roja de su sexo, a la angustia de sí mismo. Sus profesiones de dulcero y preparador de gallos le disgustaban. Desde niño había sido hombre de mar y luego herrero de una maestranza. Su complexión robusta de antaño le hacía gozar la voluptuosidad del fierro al rojo que atacaba como a un

JUAN GODOY

trozo de carne asada, sangrienta de jugos. Hoy, aunque amaba la vida con grave temor de perderla, no estaba en buena relación con el mundo exterior y el suelo vacilaba bajo sus pies.

Cantaba. Estaba alegre. La tarde bebe estremecida su voz potente y grave del cuenco de las hondonadas agrias

de yerbas:

Si quieres que te quiera, te has de sahumar en romero para que salga el contagio de tus amores primeros.

Luz Dina se quedaba absorta, oyendo la voz de su

hombre, y sufría sin palabras.

—Somos de la costa. Y ¡vaya si no somos unos carneros costinos! ¡Huasos de mente estrecha, apegados a la tierra! ¡Mente de terrícolas! ¡Abierto y libre espíritu costeño! Nuestra mirada cabalga horizontes sobre los potros salobres de las olas. No pido perdón a Ud. por mis palabras.

—¡Vaya una voz preciosa! ¡Costinas son las mejores voces chilenas! —exclamó la muchacha entusiasmada—.

Acaso ...

-¿ Estudios? No. No. Canto para mí. Si pudiera bai-

lar -- pero no pudo bailar...

Se miraba en Wanda como dos anclitas de un húmedo brillante. Y ella temía a ese hombre. Observaba que los gestos, el modo de hablar de Edmundo el estudiante, a quien amaba, eran otros que los suyos, eran los de él, de Augusto. Y le daba lástima de Edmundo, y en él se daba lástima Wanda, como si en su espíritu anidara ese hombre de gestos reposados, largo y huesudo, la herrumbre de su calma abandonada.

¿Cómo volverle a sí mismo a Edmundo? Aquello era incomprensible para la muchacha; mas por los resquicios de su fina sensibilidad la vida penetraba gota a gota.

—"No me gusta ese hombre" —le había dicho Wanda a Edmundo. Entonces, una polvareda luminosa se levantaba al fondo del camino.

—¿Qué tiene de particular? Es un buen muchacho. Las mujeres temen a los hombres recios, viriles. Les son muy simpáticos esos hombrecillos de pecho hueco, correctos, triviales, cuidados de sus personas con deleitosa femineidad. Las mujeres se aman a sí mismas en esos muñecos relamidos. Me temo mucho de aquellos que se avienen muy bien entre las mujeres. Los hombres como Augusto desconciertan las ideas femeninas —borbotó Edmundo, deteniéndose bruscamente para encender un cigarrillo. ¿Por qué lo quería Edmundo? Wanda no podía comprenderlo, recelosa en la presencia de Augusto.

-Yo admiro a ese hombre, Necesito conocerlo mucho. Saber de él. Ya sé algo. Había dos caminos en su vida: éste, no. El otro es el interesante, el que no ha vivido.

En cierto modo, Edmundo se hallaba superior al gallero. Podía mover la vida de Augusto como con un hilo. De tanto pensarlo, era un engendro suyo.

—Adiós —le respondió la chiquilla y, con aquel saludo, comprendió Edmundo que le defendían muy débilmente en el corazón de Wanda.

Augusto, a través de Edmundo, se le iba incorporando a ella a su ser habitual. Y algún movimiento suyo le traía ya la imagen de aquel hombre. Su propio gesto sorprendido.

Eulogio, bastante fastidiado, hubiese pegado a su hermana. El gallero envolvía el cuerpo de la muchacha en candentes oleadas de sangre. Y Wanda le dejaba, lo dejaba, y Eulogio tenía miedo de sí mismo por Wanda.

El calor sofoca, sofoca el calor, y ritma el hormiguear de la sangre al zumbido y revuelo de las moscas. Este hervor descoyunta los miembros. Un olor denso a leche y azúcar quemados da al cuarto sensación de invierno, como el sudor una sensación de frío. Un mosco azul bordonea azotándose en los vidrios sucios de sarro. Por las murallas desconchadas, a través de las grietas, fíltrase, en rayolas de sol, la espesa modorra de la tarde, y en los charcos de luz tostada sobre el suelo, en la plancha de mármol, en los moldes de palo, negreaban las moscas, afilando con sus patas delanteras sus caras de viejas intrusas.

Wanda contemplaba una fotografía del fotógrafo Stoltze, que la madre de Augusto había conservado. Esta fotografía fue para Augusto su primera noción real de cómo era cuando niño. Su madre estaba allí sentada en una silla de palo; él, como dormido en la falda. Coágulo de fuego en blancas cenizas apagadas. Las figuras inmóviles cobraban calor de vida cuando él lo deseaba. Había nacido en Ancud.

Gotitas de sudor brillaban enhebradas en dos hilillos de oro pegados en la frente alta y luminosa de la muchacha.

En la cocina seguía la mujer revolviendo la olla con la cuchara de palo, la habitual actitud pensante sin pensar nada.

—¡Ya está, venga a darle el punto! —grita la mujer desde la mediagua. El punto es la clave de todo el arte de Augusto. Una nimiedad resulta a veces ser la cosa más importante del mundo. Al ir a dar el punto, el gallero toma un aire digno; pero el caldo rubio y espeso finge pechitos de chiquilla. Ya está dado el punto. En sus manos, estilando el agua de un balde, volteada su lengua como látigo lascivo, puede verse sólo la roja yemita del dulce como habría de quedar. Es el secreto de la profesión. Y no hay más que decir.

Afuera, en el solar de vientre vaciado por la saca de arena y ripio, ya no estaban los borrachos. Sólo Alejandro, el hojalatero, dormía, boca abajo, sobre la yerba reseca. ¡Si las milongas no lo dejan! ¡Si lo habrán de-

jado las milongas!

—¿ Verdad que sí, que me admitirán en su religión? —inquirió acucioso el gallero—. Canto en la parroquia de nuestro cura; pero también puedo alabar a Dios en su iglesia y cantar.

—A todos se les admite —respondióle Wanda o Carmencha, la canutita, como le decían cariñosamente en el barrio. Y cuando al saltar Wanda la acequia que bordeaba la calle, Augusto vio lo bonitas que eran sus piernas.

ΙI

Se oía a intervalos el mugido de unas vacas. Una campanada volcóse en el aire turbio como en un charco, tufando hedor amarillo de estiércol, olor vinagre de vegetales podridos, que venían del establo cercano. Algunas muchachas pasaban riendo, con sus jarros colmados de leche espumosa. El rojo revuelo de una falda mostróle a Edmundo una rodilla carnuda de un color goloso y duro que lo llenó de bochorno.

Don Amaranto apareció en el umbral de la puerta de su casa habitación que taponaban como a un tiesto los trapos negros de su corpulencia. Casa de cal y ladrillos a la cual empotrábase la capilla de tablas. Y como Edmundo tuviera aún su mirada adormida en una grupa

salobre, riendo con sardónica risa, don Amaranto lo llamó:

—¡Mira, Edmundo! Cómo te va. Necesito hablarte. —Luego, tomándolo bajo su protección, le apretó los hombros con sus manos peludas, y le dijo con malicia—: ¿Sabes? —parecía como si soplara las palabras—. ¡No te calientes la sangre! —y se echó a reir. Como todos los comerciantes gordos, el piadoso fraile reía —el vientre cabalgando la carcajada— y era su risa una risita chúcara, mañosa cabalgadura que conocía muy bien la impericia del jinete.

Cogiólo a Edmundo de una oreja y lo condujo al escritorio. Edmundo asentaba en los libros de tapas rojas de la parroquia, ocultos tras la hoja de un muro, las partidas de bautismo y matrimonio. Estaba algo atrasado don Amaranto y como el muchacho tenía una bonita

letra inglesa, ese trabajo quedó de su cargo.

—Son diez solamente. Cópialas al paso que yo hago mis oraciones —y rezongaron los muelles de su sillón frailuno.

Un reloj de pared carraspeó la media hora; otra vez su tic-tac lento, acompasado. El reloj taconeaba absorto en sus pensamientos, paseando alrededor de una mesa redonda en su cuarto con llave. El rasguear de la pluma en el grueso papel del libro. En el hall don Amaranto decía su latín entre dientes. A intervalos ponía el fraile los ojos en blanco y, cara al techo, cruzaba sus manos peludas sobre el robusto tórax. Estilaban pardas gotas

de rapé sus narices de alquitara. En el encerado, un escupitajo bostezaba el hollejo de una pompa de jabón.

Edmundo escribía: "En Santiago, a tanto, puse óleo y crisma a Luis Alberto Rafael, etc.; a Reinaldo Arsenio Rafael", etc.

Todos debían tener de común el nombre del santo patrono de la parroquia. Acababa de escribir Rafael, cuando don Amaranto apareció enmarcado en la puerta como preñada nube negra en el ámbito del cuarto. Sacó su enorme pañuelo castellano y se sonó ruidosamente. Entre sus manos brillaba una cajita de plata que tenía un monograma de oro en la cubierta.

—¡Mira, tú debes confesarte cuanto antes y comulgar! Edmundo sacó la cara del libro y lo miró a los ojos.

—Hay tiempo; podemos hacerlo ahora mismo —continuó el cura, taconeando de rapé sus anchas narices rezumantes. Sus ojos estaban surcados de venillas de sangre. La cara de abstinente, recién afeitada, tenía tonalidades de ladrillo fundido. Le mostró las espaldas y le gritó—: Ven.

Edmundo lo siguió a la biblioteca. En los estantes se alineaban enormes volúmenes de Bossuet, de negra empastadura e incrustaciones de plata, libros del padre Ginebra, de Balmes y místicos franceses y españoles. La sala era más espaciosa y cómoda que el escritorio. Había algunos sillones de cuero y litografías de santos en las paredes, imágenes cubiertas de blanco lienzo. Un

óleo de San Luis Gonzaga le llamó la atención por tener este santo una calavera en la mano.

Sentóse el cura y le tendió una manta para que se hincara. Lo hizo. Dejaba llevar su voluntad; más tarde escribiría sobre esto. ¿El cura mismo no iba resultando un personaje excelente? Le gustaba indagar en las psicologías ajenas. Además, no se había confesado nunca; apenas si recibió el bautismo; sin embargo, aquella respiración trabajosa del fraile alanceaba su curiosidad.

-Di tus pecados -comenzó don Amaranto una vez

que bendijo la ceremonia que emprendía,

En realidad, Edmundo no hallaba qué contestar. No le iba a decir las menudencias cascadas entre él y sus padres, ni otras cosas más íntimas, ni nada. ¿Le diría acaso que él, Edmundo, había organizado la juventud del barrio y que los mejores deseos de aquella juventud eran aplastarlo como a una cucaracha? ¡Qué incomprensión y qué asco!

Edmundo estudiaba en la Universidad. Su único aporte intelectual a la revista que publicaba entonces la muchachada inteligente de aquel viejo liceo en que hizo sus estudios, fue un aviso económico. Muchos no lo leyeron, otros ni le dieron importancia, algunos reían la risita torcida con que se rehúye a veces a una realidad que muestra los dientes como alambres perros hambrientos. Escribió: "Bachiller en Filosofía con mención en ciencias físicas y matemáticas se ofrece como encerador". Aquello fue como una esquirla de luz arrancada al

JUAN GODOY

denso corazón de su destino y al destino de muchos que vegetan, rotos los hilos ideales de anticipación hacia el porvenir, a la sombra de una oficina fiscal o condenados a una eterna inacción... Sus resultados estaban a buena distancia de ser excelentes, aunque en Matemáticas, Castellano y Filosofía, había obtenido notas más que regulares. Iría a Leyes o al Instituto Pedagógico, pues, en cuanto a lo otro, sus aptitudes no eran para mucho esperanzarse. Vióse pronto con su papeleta en el bolsillo, y licenciado sin licencia, pisando en falso en el terreno movedizo de un desamparo total. Fuera de sus padres, no conoció a otros parientes, y sin ellos, que le faltaron antes de terminar el último curso, veíase ahora los bártulos revueltos en una pieza sin entablar, de moreno revoque, descascarillados los marcos de la puerta, de una ventana que daba a la hoguera de la cocina, y en cuyo techo de grandes vigas ahumadas, las arañas tejían sus artificiosas mallas que irisadas de luz daban a su buhardilla el lindo nombre de "El palacio de cristal".

Edmundo no formaría en la falange de esos muchachos vendidos al oro de los clérigos y que se desparraman por el país formando gran parte del profesorado católico nacional.

—Pero cómo; he de tener varios. No sé por dónde se empieza.

A Edmundo le resultaba aquello muy chusco y chocante para sus propias ideas.

—Sábete —ayudó el cura, pesando con la mirada la gravedad de sus palabras— que debemos fundar en el barrio el círculo de jóvenes de San Rafael (las hijas de María ya están fundadas). Y es mi voluntad que tú seas el presidente de ese círculo. ¡Hombre! —exclamó asombrado, hundiendo sus dedos peludos y regordetes en los blandos cabellos de Edmundo—. ¡Con canas... y a tu edad! ¡Eso es propio de los grandes! ¡Vamos, va-

mos! Yo te ayudaré.

Aquel fraile voluntarioso disponía de la persona del muchacho como de Dios y de las cosas. Había que servirse la cañita de vino. Y nunca advirtió Edmundo más malicia en esa cara mofletuda. Las chispas de los ojos se aguzaron y se hizo cortante su mirada. Las cejas en triángulo le asemejaban a un mefisto gordo. Pero se embotaba su actitud escrutadora en la mirada dulce y franca de Edmundo. Y el fogonazo helado de las medias lunas fue como si las emprendiera, pelado el corvo, con la falda de una camisa que flamea sobre machunos, recios muslos y no da vientre para la vaciada. Su respiración trabajosa de gordo envolvía en una atmósfera extraña.

-Tú has pecado. Tú no eres virgen. Tú has conocido

mujeres. ¿Cuántas mujeres?

De la cocina se oía el fregado de las ollas. Arriba en los altos trajinaba Ventura, el sacristán, hombre silogístico que leía a Balmes. Y una pregunta vino a retozar al pico de su lengua:

JUAN GODOY

-Perdone. ¿Y Ud. don Amaranto? Sí, ¿Ud.?

—No digas eso, Edmundo, no —y dejóse penetrar por la mirada del muchacho.

Ridículamente cómico, aquel desarmarse del fraile les hundió a ambos en tierra fofa y temblona donde el uno temía sospecha equivocada del otro. De pronto le pareció a Edmundo tan grosero aquel hombre, tan salida de madre su gordura insolente, que le cosquilló el ver que un mastodonte pudiera ser virgen cuando él, un muchacho, había dejado de serlo simplemente porque le molestaba. Y despeñó una carcajada brutal, desacostumbrada -la misma carcajada de Augusto-, sin miramientos, como si estuviera ebrio. Se estremeció de súbito en un grito de dolor: una patada del fraile le bañó la cara de sangre, manchándole la camisa de sport. Saltó del asiento el cura. Le tomó en sus brazos. Le limpió el rostro con su pañuelo castellano con que enjugaba sus anchas narices taconeadas de rapé. Le pidió perdón suplicante. Su cara abotagada se había puesto lívida y sus ojos, acuosos. No era su virginidad lo que este cura guardaba como la parte más noble de su persona, sino su virilidad de veinte garañones.

—¡Ventura, agua, Ventura! ¡Un lavatorio, pronto! ¡Lienzos, sí! Este joven se ha caído. ¿Una copita de coñac? No; dos añejos grandes.

Bebieron. Y así conocía Edmundo a don Amaranto. La corneta de un automóvil destempló bulliciosamente los ruidos de la calle. Una viejecita bajó del coche.

—¿Cómo estás, hijo mío? —saludó al cura, lagrimosos los ojillos miopes. Estrechó a don Amaranto entre sus brazos pellejudos, maternos. Cogió de manos del chauffeur un paquetito blanco y alargó al cura una bandeja de merengues que tanto gustaban a su niño. Edmundo la vio andar acezando sobre la tierra seca y resquebrajada y subir el umbral, alzando la cabeza cubierta de negro manto, como una lagartija. Rendía culto fálico a las tonalidades de ladrillo fundido.

Rumiando sus ideas, sonrió Edmundo, y se alejaba

El viejo reloj de pared contó las horas. Otra vez taconeaba absorto en sus pensamientos, paseando, alrededor de la mesa redonda, en su cuarto con llave.

La vejete cabeceaba como un trompo.

III

Edmundo quería saber su verdad, comprenderla a toda costa. ¿Sus compañeros? No le era extraño —nada le era extraño—, que le despreciaban; pero, al menos, le dejaban su libertad de atormentarse. Edmundo no era un peligro para aquellas ambiciones. El conocía la an-

gustia dolorosa del ambiente. Cada cual se echaba encima un fardo más pesado para demostrar sus fuerzas. ¿Sería él un mediocre? Ninguno de sus compañeros era un mediocre. "Tal vez sean un poquito poseur; pero es así que el poseur es un creído; luego, tienen acaso un poquito helado el espíritu, y, por consiguiente, son quizá un poquito ridículos". Siempre los mediocres se hacen representativos de todas las esferas de la cultura en la confusión de los conceptos. Le consolaba a Edmundo siquiera el pensarlo. Sin embargo, cuidaba su propia vida como si hubiera de dar a luz algo muy bello y profundo, criándose dentro de su alma, que los otros hombres no lograrían jamás. Y no se le alcanzaba cómo algunos muchachos arrostraban hasta el peligro de muerte por alguna idea que no estaría clara ni en sus propios cerebros.

—Hay una carencia completa de valores universitarios —le había dicho en cierta ocasión Alfredo Viñales, un joven de frente redonda y untuosa, de rasgos muy araucanos, a lo cual Edmundo repuso con firmeza.

—Sí; no hay valores reales; pero... hay muchos valores emergentes.

¿Sería él uno de esos valores? Nunca estuvo más tor-

pe la intuición de las masas estudiantiles.

Quería saber su verdad, comprenderla a toda costa. Todas las cosas las estaba realizando allá en el futuro, y los días, los meses, los años, se sucedían implacables como el fluir de su propia vida. Y nada había realizado

aún. ¿Sería un vago temor de comprenderse, de fracasar lo logrado en el ensueño?

Un pardo terroncito alado chilló desde el cielo a las sombras rebullidas que bostezaban sus brumas blancuzcas hacia los cerros. Cayéndose del aire, el tiuque zahareño rebotaba volando sobre un maizal. Al fondo, destacábase la ola muerta de la cordillera, de un color gris pizarra. Un álamo solitario se incendiaba en la tarde.

* *

El hombre, que se esforzaba en alcanzar a Edmundo, rudamente lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Oiga, patrón! —lo abordó Ñico, mozo de anchas espaldas y poderosos hombros, con risa extraña, que mostraba una dentadura blanca y dura, hasta las muelas—. ¡Usted primero!

—¡Vaya! ¿por qué? —sorprendióse Edmundo, saliendo de sí mismo. Y Ñico, aquel mozo carretonero, capaz de reventar a un hombre con un dedo, le hizo una mueca para que mirase. Carretones areneros boca arriba; las bestias las habían llevado ya a lo Aránguiz. Los aperos se agrupaban sobre caballetes de roble bajo un galpón techado de totora, y una humareda de bosta de caballo ardida, ennegrecía los corrales, ahuyentaba nubes de zancudos que venían de las vegas, de las viñas, del maizal. Sobre la paja descansaban, echados, el hua-

JUAN GODOY

cho Arturo y el Caballo Bayo. En un rincón, babeaba su borrachera la Titina, moza pulposa y ligera de cascos. Bebían los hombres y disputaban.

—¡Mira, huacho, qué grupa, qué alzada tiene la moza!

-¡Vaya unas nalgas! -y tiraban los naipes.

Una vaca me mira
 y un buey me aguaita.
 Déjalo que te mire:
 será tu taita.

-¡Sootaa, huacho!

* *

—Sí, Ud. primero —repitió su decisión el Ñico. En verdad, Edmundo había sido el primero. No lo sabían esos borrachos. Aquella muchacha montaraz y riente. Tan graciosa en el decir con los hombres.

En la cortadura de pencas, la había tumbado Edmundo sobre la yerba. Jadeaban sangrando las bocas de labios carnudos y sus dientes mordían la pulpa de las lenguas. La espigadilla los miraba desde las tapias con sus pupilas verdes, atardeciendo. En zarzamoras, de cárdeno brillo, quemantes de espinas, hervía una brasa de sol. Las piernas al aire. Piernas morenas, retostadas, de carne reventona que se rasga madurando. Bebían las brisas

borregas frescor maduro en la hondonada. Encrespaba su rumor yodado y de resaca verdosa, el cañaveral.

No... eso... no. Comprendía Edmundo la intención de aquellos hombres. Habían emborrachado a la muchacha y se disputaban la primacía de gozarla. Con obscura inconsciencia, al divisarlo, se avalanzaban a él y

le ofrecían derecho de pernada.

Siempre se negó Edmundo a que le tratasen de patrón, no porque no tuviera dinero, sino a causa de sus propias convicciones. Se había esforzado en sacar a esos borrachos de sus estúpidas vidas de bestias de carga, hincando en ellos la rebeldía, mostrándoles sus derechos, arrastrándolos a la lucha.

Lo rodearon los tres hombres y esperaban que Edmundo bebiese unos tragos de una sopera saltada, zangoloteando de chicha que le ofrecía, obsequioso, el Bayo,

para iniciar sus rijosas complacencias.

Aquello era horrible. ¡Esos hombres ebrios y repugnantes! Ella les arrojaba lejos de sí, pateándoles el vientre. Y pedía que la dejasen. Los hombres se enardecían. La falda subida, los muslos desnudos, desnudo el sexo, los convidaba ella en su abandono a que gozaran sus curtidas vidas, goce de carne fresca, de mujer precoz, sana y bella.

Un agradecimiento de macho invadía a Edmundo. Comprendía que esos borrachos no dejarían su presa. Bebió. Entró al corral. Sacudió a la muchacha que giró sus alcoholados ojos verdes en las órbitas. Algún pensamiento extraño cruzó en su cerebro, que la hizo sonreir. Se abandonó al sueño y, dulcemente, cabecearon sus muslos y se abrieron como valvas de una cajita de joyas.

Edmundo la puso de pie. Y sin decir palabra la sacó del corral. En los ojos de los hombres brillaba un furor

de macho desencadenado.

Arturo miró a Ñico con mirada de desprecio de sus ojos pitañosos:

=¡Carajo! ¡Yo no caliento el agua a nadie! ¡Yo también puse pa la chicha! -y agarró del pelo a la muchacha derribándola sobre la paja. Luego sacó su cuchillo, de luz fría y cortante. Y montó a la mujer, retando con la mirada a sus rivales. El Bayo saltó sobre Arturo. Con una estaca le golpeó en la mano arrancándole el cuchillo. Se mancornaron; rodaban por la paja, por la bosta ardida de humos picantes y agrios. La Titina gemía llevándose las manos a la cabeza como si sus cabellos la quemaran. De pronto Ñico cogió a la mujer en sus membrudos brazos de árboles y huyó por entre los matorrales. La cabellera de la Titina se agitaba con el viento v sus piernas colgaban abandonadas. Ñico huía hacia el desagüe. Se metió en el agua hasta los muslos. Bañó la cabeza y la cara de la muchacha. Le restregaba los brazos. Y cuando ella abrió los ojos asustada y se encontró en los brazos de aquel hombre y sentía el olor extraño que manaba de él, de su agitado pecho, suavemente, dulcemente, cabecearon sus muslos; se abrieron

las valvas de su cajita de joyas y se entregó. El la besaba, le besaba los pies, le recorría los muslos en un beso succionador y largo.

-¡Eres mi mujer, eres mía! No sabía lo que tú eras.

No te dejaré jamás. No lo sabía, créeme.

Titina sonreía, al amparo de aquel hombre. Y lo apretaba hacia sí con ojos velados de placer; un crujir del matorral le aguzó a ella el oído y vio al huacho Arturo y al Bayo que venían. El uno traía su cuchillo y el otro una estaca.

-¡Mira, Ñico, vienen ésos! -y se arrimaba al cuerpo

del mozo como una gata.

Nico miró a la mujer. Ya no la deseaba. Podía dejar el campo a esos hombres. Acaso se pelearían allí mismo. Mas hubo en ella una mirada tan tierna hacia él. Era tan suya esa mujer que comprendió que estaría siempre ligado a ella.

Esperó con calma a sus rivales. El Bayo le gritó:

—¡Ah, le rompiste la cachá e mote! ¡Aguanta la palá!
—y le descargó un terrible golpe sobre el hombro izquierdo, saltando el palo hecho astillas. Se trenzaron a golpes. Por la espalda, se aprestaba ganoso a apuñalearlo Arturo. Una pedrada de la Titina lo derribó por tierra. Se alzó furioso el huacho dispuesto a matarla. Ella se escabullía en torno de los combatientes; pero una terrible bofetada alcanzó al Bayo en la quijada, derribando a Arturo el Bayo en su caída. Ñico los cogió, a uno en cada mano, y les dio cabeza con cabeza. Los arrastró del

JUAN GODOY

cuello hasta el desagüe y los arrojó en la parda corriente del agua.

Después, con la mujer en sus brazos, se alejó por entre los matorrales hacia el camino. Arturo y el Bayo manoteaban, fluctuando sus cuerpos en el agua cenagosa. Desde entonces, la Titina fue una mujer honrada. Reía como una niña.

Edmundo los esperaba en el camino. Ñico lo miró avergonzado.

—No lo sabía —dijo—. Ahora sé; es mi mujer —y se la llevó a su rancho.

Edmundo se sintió muy desgraciado.

ΙV

Se ofreció desarmado a Augusto. "Vive nuestra chilena y broquelada intimidad" —pensaba entonces Edmundo—, guarnecida por una cota de mallas fisiológicas, que
absorbe, una esponja, la vibración espiritual del prójimo,
a quien acepta o repudia sin mediar nada. La timidez
oculta la vida espiritual de estos hombres y viven con
los demás, una vida de superficie, cruzados los aceros
de la sátira, esgrimida por la intuición de sus personas,
enrojeciendo y penetrándose. Les falta el sentido de la
amistad y se rodean de penumbra para mostrarse profundos, como si temieran ser descubiertos en su vacío
de tumbas. Zahieren porque nada tienen y se acercan

a los hombres, recelosos de descubrir algo en ellos y con el inconfesado deseo de saberlos vacíos y mediocres. Si husmean fuerza nueva y desconocida en ti, te asesinan en sus menguadas almas. ¿Cómo podrán ser tus amigos aquellos para quienes serás su perpetua zozobra?

Augusto quería arrendar el departamento. La madre de Edmundo arrendaba un departamento en aquella época y confió a su hijo el encargo de cerrar el contrato

con el nuevo inquilino.

—Me quedo con él. Aquí hay veinticinco pesos de seña —asintió el gallero—. Cójalos Ud. —vestía un traje azul, lustroso, y llevaba una caja de madera con manilla de bronce. Su dinero eran pesos fuertes. Parecía dudoso que llevase encima mayor cantidad.

*

Silbó Augusto echando el aire por entre los incisivos apretados, sonriente.

-Luz Dina, sirve el té.

Vendía calugas, manjares, guatones, dulces de nueces. Los mercados de su pequeña industria: almacenes de menestras, emporios, etc., tenían como dueños a italianos. Los bachichas lo llamaban Augusto Caprioli. "Es estúpido ser chileno en el comercio —vociferaba—. Además, no hago cuestión de razas; eso no me parece bien".

-Una vez lograda la unidad política y fraternal del

mundo, es indispensable que cultiven los pueblos las fuerzas espirituales que les diferencian a unos de otros —(hubiese dejado aquella frase)—; pelear por la sangre o porque hemos nacido en terruños diferentes, es una tontería —vomitó Edmundo, ruborizado y ridículo para sí mismo. Siempre que expresaba algún pensamiento que estimaba seriamente, algo teórico, le sonaban sus palabras a retórica, a caja de resonancia, a pura oreja. Y aún cuando no estuvieran presentes sus compañeros, los buscaba de reojo, y éstos le obligaban a reírse de sí mismo.

—Yo aprovecho mi tipo extranjero y he logrado la protección de los italianos —exclamó Augusto sarcásticamente—. Tengo mi historia de emigrante. Sin embargo, me dan la peor impresión esas gentes. Conozco a uno

que se limpia la cara con escupos...

Después del té, fumaban silenciosamente, sumidos en

sus propias reflexiones.

—¿ Qué? —dijo el gallero—. Salgamos juntos. Puedes acompañarme si quieres, a ver a los clientes, y luego pasamos a servirnos una copita. Quiero beber unas copitas contigo.

-Una copa, sí.

Leve brisa tocaba el rostro con su ala de seda. Sol moribundo se ahogaba en su propia sangre y salpicaba el paisaje de mortecina luz. Los pardos castaños umbrios y los álamos sonoros y los nogales, sangraban de los rostros, y, atardecido, echándose sus sombras a la espalda, cogían el camino de regreso. A lo lejos, una carreta de

tardos bueyes rechinaba por el sendero polvoriento. Les faltaban sólo dos clientes y se habían bebido ya dos cañitas de grueso vino tinto.

—¿Sabes, Augusto, por qué somos un pueblo triste?
—dijo Edmundo—. Viene un inglés y nos dice: Uds. son un pueblo triste; viene un francés y nos dice: Uds. son un pueblo triste; viene un yanqui y nos dice: Ustedes son un pueblo triste; vienen todos y nos dicen: Uds. son un pueblo triste. ¡Y somos irremediablemente tristes hasta en la ironía de nuestros parques ingleses!.. No se puede ser triste, Augusto, sin haber vivido antes una tragedia. ¿Cuál fue nuestra gran tragedia? ¿Depusimos las armas sin agonía, sin lucha? Los pueblos tristes son los pueblos de esclavos, el Quijote vencido que ya no quiere ser ni pastor. ¡Bien!...—dijo golpeándole el hombro al dulcero— el roto ríe en las sombras... sin embargo, no tenemos consuelo. ¿Sabes tú lo que es tener alegría?

-¿Son ésas tus ideas?

-No. ¿Acaso es necesario que las ideas sean de alguien? Las mejores ideas son de la humanidad.

Al dulcero y preparador de gallos le hablaban de cosas que sabía desde antes, que llevaba en sus propios instintos. Le daba lo mismo que las dijese otro. Por otra parte, estaba satisfecho de su venta y, en consecuencia, tenía su opinión formada sobre Edmundo.

-No obstante -dijo- te impartiré una breve ense-

JUAN GODOY

ñanza: todo hispanoamericano nace con una guitarra en su corazón. ¡Viva la guitarra antiimperialista!

—Mis ojos, Augusto, son dos sudosas cucarachas reventadas. Con el alfiler largo con que sujetaba sus sombreros mi madre, he agujereado a una rata viva —exclamó Edmundo con gesto de gran agudeza mental.

-Yo he matado a un hombre -hubiera dicho el otro reposadamente; pero se limitó a decir-: El roto ríe en

las sombras —y se calló.

* *

Estaban sentados a una mesa pringosa. Clavado a un álamo largo y angosto, aspa del viento y polvareda desangrando callejones criollos, había un letrero: "Quinta de Recreo las Delicias". Era un galpón espacioso, de vigas hollinadas y piso de tierra. Frente a la entrada, el mesón. En los anaqueles se alineaban botellas de cerveza como soldados alemanes. Grandes jarros de chicha cruda chispeaban sobre unos troncos su picardía criolla.

Canta un huaso en su rincón:

Chichita coloradita, que ponís los pasos lentos: a mí no me los ponís porque te paso pa entro.

Con rojo crepitar de hogueras rotas, música de jazz giraba en la victrola. Una de las mujeres que servían a las mesas, examinaba cuidadosamente las puntas de las agujas; la otra, los atendía y estaba sentada al lado de Augusto. Acababa de humedecer sus labios grosezuelos en los bordes de su vaso.

—Oye ¿hagamos opereta? ¿Quieres? (¿Por qué cuento yo esto?) —se preguntaba Augusto interiormente—. Yo no comprendía palabra de aquel juego—. Se había quemado. La Berta ni Edmundo tampoco comprendían mayor cosa; pero se empinaban en sus palabras como si de este modo se aconchara vislumbre, advirtieran en el fondo de sus propias conciencias el nacimiento de un brote potente y agrio.

—¡Hagamos, pues, opereta! —rogóme un día Hertha y cogióme de la mano —tenía el gallero su hablar lascivo, la saliva ligosa, africaba las palabras.

"Ella era entonces una mocosita rubia, de ojos azules.

Tenía la boca un poco grande...

—"Había una escalerica de palo de rosa. Trepamos por ella a un descanso del follaje, suspendido en dorados hilos de verdes arañas coruscantes, de patitas rojas en vientre de leche, abrazadas a los troncos de unos corpulentos manzanos. Hertha me hizo notar la diferencia que había entre una herida pequeña y rosada y un broncíneo gusanito; luego echóse de espaldas. El cielo estaría hondo y su azul asaeteado de luces ¿verdad, Hertha? Sería una gran carcajada azul ¿verdad, Hertha? Ahora

me gusta beber en copas azules, boconas... ¡qué fresco es un mate bocón! E insistía que yo, el pequeño Augusto, el nene Augusto, que tendría acaso cinco años, montara a caballito. Jugaba sin sospechar nada. Acaso ella tampoco. Bien pudo ser una de esas muchachitas que desde pequeñas tienen el cuerpecito infantil, los ojos y sobre todo la boca, preñados de presagios para los mayores.

"El encanto de aquel juego quedó deshecho por la brusca aparición de un hombre coloradote y esférico como un queso holandés, de pelo crespo y rubio como chicharrones recién sacados de la grasa. Me cogió a mí en vilo y dijo a Hertha unas palabras raras que no comprendí. Ya en la casa llegaron a mis oídos los gritos de la pequeña Wanda, de mi pequeña Wanda..."

Los ojos de Edmundo estaban brillantes con los sor-

bos de la chicha.

-De la pequeña Hertha, de tu pequeña Hertha, dirás.

—Imbécil...

—Sigue.

—Bien. Mi tía y Ramiro, un primo mío, me miraron, con sonrisa burlona en sus labios. Ramiro comentaba:

-¡Caracol, caracol, saca tu cachito al sol! Y te lo iban

a prender con un alfilercito de gancho.

"Al llegar del trabajo mi tío Eduardo, tozudo de autoridad, quiso castigarme. Me empujó a la calle, cerró la puerta en el momento mismo en que venían arreando unas vacas. Augusto les tenía un miedo horrible a esos

rumiantes. Hoy sabe que las vacas no son de temer. Me arrojé a los vidrios de la ventana y los quebré a manotazos. Me entraron a la casa, me pegaron y metieron en la cama.

"Yo no sabía discernir lo bueno o lo malo que había en el juego de la opereta. Pero supe que era maldad para los grandes que los chicos jugaran a ese juego. Mi perplejidad no buscó tampoco mayor solución; ni pedí que la dieran los otros".

—Oye ¿hagamos opereta? ¿Quieres? —exclamó Augusto, mirando rijosamente a la Berta. Asomado a sus ojos, se relame un sátiro en acecho; jadea bajo su mirada, oleaje denso de grupa henchida y salobre—. Yo no comprendía una palabra de aquel juego.

Acabando de un trago medio vaso de chicha, dejó

caer la cara en la mesa pringosa y grasienta.

—¡Hagamos, pues, opereta! —y soltó los pesos fuertes de su carcajada. Palpóle los muslos morenos a la moza y cogióla de un brazo para bailar. Una pulga le iba pi-

cando las espaldas.

—"Es un sensual —se decía Edmundo—, es egoísta y cruel. Ser egoísta es reducirse a la mínima cosa que es uno. Tenía dos caminos; éste, no; es el otro el que interesa: el que no ha vivido. Es largo y huesudo como su fracaso. Lo presintió él mismo, escondiéndose en el fondo de la casa cuando iban a comprarlo unos marineros holandeses.

-¿Quién es la madre del chico? -dijo uno de los

JUAN GODOY

marineros—. Parecía una brasa entre los carbones de la familia y pensaban hacer de él un hombre. Pero ya estaba apegado a la tierra. Es un sensual. Sin duda, no se merecía las buenas intenciones de los marineros holandeses".

Agarró de un brazo él, Edmundo, ahora, a la otra muchacha. Quería bailar y soltó también los pesos fuertes de su carcajada. Dócil, la mujer se dejó llevar como una chicuela por su patrón. Estaba manchado de Augusto y escupía la misma risa.

Duros, largos, gordos, goterones de lluvia. Un olor de sexo exhalaba el cuerpo moreno de la tierra.

RIÑAS DE GALLOS

I

Estrujaba sus senos como racimos de luz el alba arrebujada de montañas. Hila sus mieles rubias espumando en el estero y el maizal, en alamedas y nogueras, en el verde aceituna de los paltos, los castaños y el olivar, en naranjos de raíces bermejas, agarradas al corazón mismo de los muertos, y el pastizal donde cayeron todas las estrellas, en los labios morenos de los surcos. Las diucas picoteaban su rocío, y los zorzales, en las higueras, la gota de miel que guardan los higos maduros en su carne con papilas de sexo. Madura de intuiciones la tierra, ávida, ardiente, borracha, la baña de su semen el sol.

—¡Condoriito, Condoriitooo! —grita el gallero. Su paso es castizo y corto, alzando los talones y la rodilla, despabilándose en los gérmenes vivificantes de la mañana. Un tiuque voraz cruza el espacio de cielo derramado, con alas húmedas de sol. Los gallos gimen en

la gallera crueles nostalgias de vuelo al paso del ave rapaz. Avanzan con paso lento en sus jaulas. Tuercen las cabezas delgadas, vivos los ojos, de un lado a otro lado, como si escucharan el raudal espumoso del viento en la caudaldel ave de surco, de afilado pico corvo. Picotean un poco de maíz de la merienda pasada y estremecen la cuncuna multicolor de sus cuellos de recortada golilla. Escarban. Malatoas, giroscenizos, cenizospintos, colorados, castellanos, girosrenegridos. Ss asustan. Baten potentes las alas. Cantan. Gorjean las agallas rojas tonos desgarrados. Beben agua.

El Condorito yanta su trigo candeal remojado y bebe la agüita de este trigo de mucho fósforo. Se queda de pronto, tragando, ensimismado. Inmóvil. Se pilla extático, mira en torno, asustado, su mundo circundante. Lo reconoce. Y vuelve a pasear en la java. Es cenizopinto. Su dueño, el sargento Ovalle, lo pelearía aquella tarde.

Y el Sargento, aquel girorrenegrido —también de Ovalle— aguza el pico en tronco de maitén y sigue a la gallina asil. Y la cubre. Ella se sacude, erizando sus plumas de un rucio malatoa, esponjada y fecunda.

> Tres veces te lo pedí; no me lo quisiste dar; dame siquiera a probar a ver qué tal lo tenís.

La carcajada del gallero riza el vivo cristal del aire. Augusto le hace castañuelas con los dedos al Condorito.

-¡Ah, canalla! Te repasaré las plumas.

Cogió al gallo como quien coge una joya. Le extendió las alas cenizaspintas. Alzóle el ramillete tornasolado de la cola y soplólo.

-¡Quinientos pesos al japonés! ¡Qué ricas patas!

Mojándose de saliva los dedos, enhebra la aguja, le recompone las alas al Condorito, que era el tiempo de la pelecha, de la caída de la pluma, a fines de la temporada de riñas.

—¡Bah, ganando el gallo, no le hace! —le correspondía al gallero la quinta parte del premio de los gallos que él presentara en la rueda; la décima, a la cancha.

Aquella tarde justamente. Extraordinaria contienda para los galleros de Santiago y de la nación toda. Habían venido unos extranjeros, en jira a lo largo del país, con gallos de la mejor ascendencia: Warold grandotes, resistentes, fieros; espigados asiles, huesudos y nervudos, gallos salvajes de la India.

De todo el país llegaron delegaciones, hombres con cajones de madera cuajados de estrellas, maletas de mimbre. Algunos traían hembras para renovar sus crías. Y gallos. De Los Andes, de Talca, de San Bernardo. Gallos porteños. De todas partes. De todo peso, porte

y color.

Augusto no había descuidado el método. Quince días distendióse el gallo, holgando. Lo picó luego a cacho forrado. Conocía él ya su estilo de pelea. Y pulióselo. En el torín enarenado de la quinta, lo trabajó sin des-

canso. Sin tregua. Quince, veinte, treinta minutos. Embravecido, crepitaba de fiereza el gallo en los toreos. Luego la revolada, el otro gallo en la cadera, levantándolo de la pechuga. Metía bien las patas. Firme la caída. Bien granado con trigo candeal.

Y el Lenguaraz, gallo de don Amaranto. Y el Chercán, el de Trincado. Y el Peuco, de Monardes.

Un día le llevó un gallo, Abelardo, gallero flaquito y chiquito. Callado.

- —No le hace, don. Lléveselo —los gallos tenían que ser buenos.
 - -Me dejó frío, ¿sabe?
 - -¡Aaah! -y se fue Abelardo chasqueado.

Augusto era uno de los pocos galleros que habían hecho de los gallos su profesión. En verdad, los dulces los trabajaba su mujer. Sin embargo, mantenía, como especial rito, el darle el punto a los caldos.

Requirió su cajita de cachos. Algodón y colapís. Y un cortaplumas. Puso cacho nuevo. Bota de cabritilla. Abrazaderas para la firmeza. Todo estaba bien. Bañóles de aguardiente la cabeza, la carne roja y nervuda, bajo el abanico del ala extendida; los muslos machos, las patas escamosas de musulmana estaca. Les suavizaba las plumas, pasándoles la mano por el espinazo hasta la cola, como peinándolos. Desató un brillo de joyas. Todo iba bien.

* *

Augusto había almorzado ya. Probó el té. Estaba caliente. Lo revolvió con calma, derramando líquido turbio de la cuchara colmada. Bebió una última gota de vino y vació en la taza el resto del vaso. Probó el té. Lo tomó de un trago. Y encendió un "Intimidad" cabeceado. Sentíase muy satisfecho. Se arrebujó con el humo de su cigarro para dormir, balanceando el pie de su pierna montada. El movimiento fue cada vez más lento. Quedóse inmóvil.

Luz Dina rallaba unos choclos cuya masa liuda, espesa y lechosa, de olor astringente, caía en un lebrillo

de greda.

Despertó bruscamente el gallero. Un automóvil cansino se detuvo en seco junto a la puerta. Resopló el motor con todos sus caballos. La bocina rasgó la somnolencia del aire amodorrado de sol brumoso. Luego el ruido seco de las puertas del coche, cerradas bruscamente. Triscar de pasos. Cruje el mimbre de las maletas galleras y los cajones con estrellas roman sus aristas en los adobes y las piedras de la acera. Vocerío de los hombres, sus carcajadas. Les abrió Luz Dina.

-¡Eso no es más que una rica cazuela! -y 1eían del

gallo de Abelardo.

Entran todos, uno por uno, gravemente, en la pieza

del gallero. Se acercaba la hora. Jugadores, galleros. Aficionados al viril deporte. Deporte de iniciados. Extraño. De cárdenos goces inéditos. Deporte de los reyes. Una nube de polvo de la calleja entró por la puerta entornada, deflocando sus copos de plata.

—¡Cancha, cancha, mucha cancha! ¿Un goto de vin? —cerró Augusto la puerta de madera podrida. Cogió su damajuanita de doble y medio y sirvió vino en tazas, jarros, vasos. Bebieron todos. Chascaron sus lenguas el otoño. Se miraron a los ojos y en el pensamiento: buen

blanquillo moscatel.

El sargento Ovalle se enjugó los labios con la manga de su chaqueta. Pidió otro trago. Tiró su sombrero de anchas alas. Alto y obeso. Colorado. De doble papada. Vestía traje plomo de paño grueso y traposo. Se alisó los cabellos lacios y castaños de su cabezota redonda, rezumosa de sudor como porongo de greda mal curado. Dio recios golpes de contera en el suelo con su bastón de chonta con cacha de pierna de mujer en bronce caliente, furiosos sus ojos comidos de tracoma, verdosos y miopes, y dijo, dirigiéndose al futre Matías:

-¡On Mata, si habla Ud. lo reviento!

Todos miraron al futre Matías. Hombre muy delgado y muy alto, de gran cabeza y grandes ojos saltados. Partido al medio, su pelo negro le caía displicentemente a los lados y hacía muy blanca su tez cetrina. Constantemente se llevaba las manos a los puños de su camisa de seda cruda, acariciando el broche de oro de sus colleras,

entrándose los puños en las mangas. Sus zapatos puntu-

dos brillaban como espejos.

—¡Che, qué me va a reventar a mí, che! ¿Los huesos?¡Ah, cuando me mande los huevos desde Buenos Aires el doctor Quiroga! —todos se consternaron. Aquel doctor era dueño de los últimos ejemplares de los famosos gallos "quebrahuesos". Con cacho forrado, le quebraban el esqueleto a su contrario de un solo palo. Saltaban los sesos hechos chicha.

-Acabaríamos con todas las ruedas -susurró Mo-

- —¡Nada de visiones, señores! ¡Aquí está la realidad!
 —gritó el sargento irritándose (este hombre se irritaba cada vez que tomaba la palabra)—. Al Condorito, mi gallo, ponerle firme. Claro que no es el mejor gallo. ¡Ah, si hubiéramos preparado al Sargento! —y dirigiéndose al futre Matías—: Che, en boca cerrada no entran moscas.
 - -Sí, Matías, sí.
- -Sí, on Mata.
- —Sí, Matita, sí.

—Sí, señor Matías —Matías miraba los muros desconchados, el cielo de vigas grumosas de hollín y enrojecía hasta los cabellos.

-Es mi debilidad, che. ¡Bah, no puedo! Se me sale

sin querer.

Matías no apostaba jamás. Pero muchos, casi todos, ganaban a causa de él. Le gustaban las riñas de gallos

por algo que había en sus propios instintos y gozaba con los detalles que él sólo cogía. ¡Qué vista la suya! El menor rasguño lo captaba él. Seguía las vicisitudes de la contienda con tal precisión de los hechos que apuntaba al ganador mucho antes que obtuviera la victoria y su canto estentóreo se alzara como oriflama en el reñidero. Pero tenía alma de speaker.

—¡Lo torció el Peuco! —y en verdad, el otro gallo se torcía—. ¡Degollada del Paloma! ¡Lo cegó el Peuco! —y el gallo picoteaba lento en el aire como si cazara un mosquito—. ¡Ganó la pelea! —las apuestas oscilaban con el ritmo de sus palabras. Al salir de la rueda quedaba agotado como si saliera de guillatún, como una machi.

—En el Perú, México y Colombia, en los países del norte usan navaja, señor Matías. ¿Qué piensa Ud. de eso? —le preguntó Abelardo, el gallero flaquito, chiquito, callado, quedándose silencioso como si otro hubiera hecho la pregunta.

—Nada de medias lunas, Abelardo; eso no es más que una echona para segar pasto ¿me cree? —rubio alfanje moro afianzado a una pata de cada combatiente.

—¡Guarde, on Matías, que me ofende! —dijo Trincado, cogiendo la alusión, hombre moreno, mediano, agitando los pedruscos de sus puños, desaliñado como un tiuque de la tierra—. Mire que el corvo es pico de cóndor, se le mete a Ud., lo raja, lo destripa y le vacia el vientre. Le tiritan las carnes ¿no?

-¿Es que va el cura don Amaranto a la pelea? -preguntó Monardes a Augusto.

-Sí, va con el chofer, en su auto. Yo le llevaré el

gallo Lenguaraz. ¡Claro que va de civil!

Entraron en la quinta. La gallera abrió su granada rebosante de gorjeos y cantos, bajo el emparrado y el torrente de frescura de un sauce llorón. Colorados, giroscenizos, castellanos, malatoas, cenizospintos, girosrenegridos. Imposible describir la suavidad y lo delicado en el gallero al coger su gallo entre sus manos curtidas o finas. Cojines blandos en el sentido de la pluma. Cosquilleo de la buchita de aire que adormece el nervio. La mano que lo peina y lo hunde en el cajón gallero o la caja de mimbre. El piso de alfombra persa.

En el cuarto, Luz Dina seguía rallando sus choclos; leche seca escamaba sus brazos morenos. Matías contemplaba de nuevo los muros desconchados y las vigas

grumosas de hollín.

—¡Sabe, Augusto, que estamos escupiendo cortito? —dijo Trincado. Los galleros rieron cogidos en su sed. Se bebieron al seco el estribo de las manos morenas de Luz Dina.

El futre Matías requirió el automóvil. Con el zumbido del motor se asustaron los gallos. Echó a andar el vehículo sobre el polvo y los hoyos de la calle. Un gallo cantó en la avenida Chile. "El Condorito" —se dijo Luz Dina, en la puerta, secándose las manos con el delantal. Santa Laura. El Guanaco. Nubarrón de polvo

ocultó el cacharro. Sol vidrioso en los ganchos de los árboles y los cogollos. Independencia. San Diego. Para la Gran Avenida, Camino de San Bernardo, Lo Ovalle, Paradero 23. Castaños de rostro untoso. Eucaliptus llenos de la luna de los tísicos. Manzanillones para jugar al amor. Y maravillas del diablo. Allá, en medio, luce el redondel sus banderolas de fiesta, entre los cebollinos.

Todo ello lo sabían las mujeres de los galleros. Y eran crueles en la ausencia de sus hombres. Y temblaban del vientre, por el hambre de los críos. ¡Ah, los gallos aquienes sacrificaban sus hijos los galleros! ¡Maldita

pasión!

-¡Te morirás y me he de comer todos tus gallos! -exclamaba en el colmo de la desesperación Mercedes, la mujer del sargento Ovalle. Muertos sus hombres, las mujeres de todos los galleros esperaban comerse los gallos.

-¿Por qué para hacerlo suyo al hombre es preciso que lo desangren? -exclamaba Augusto el gallero. Veía Augusto en los gallos un símbolo que las habría humillado. Viejas, ensalzarían las beatas el cuello grueso del cura y la cara recién afeitada, tinta de ladrillo fundido.

Paradero 23. El quiosco del reñidero entre los cebollinos. Castaños de untoso rostro. Eucaliptus llenos de luna de los tísicos. Agua rugosa de peñascos. Los pastales

y el matorral, las viñas y las vegas, precipitan su verdor a esta agua mustia, peinada de totorales y cola de zorro, en los torrentes espumosos del sauce llorón. Banderolas de la estrella solitaria. Y de estrellas como espigas del granero del mundo.

Las riñas habían empezado.

—Nos tocó el lado del sol —pensaron nuestros galleros. Bajo las galerías yacían caponeras rebosando cacareos y gorjeos. Y las espadas llameantes de los cantos. El reñidero rojo hervía de gente en sus anillos abiertos hacia lo alto. Bocina al cielo de la hornaza. Caían las apuestas de grada en grada. En el ruedo, batíanse gallos menudos, dándose encontrones en el paño rojo del circo. Bebían los galleros, en grandes vasos, chicha cruda. Los yanquis no bebían, pero fumaban impasibles. Brotaba el sudor en el rostro de todos. Media hora de pelea y los gallos no se ganaban.

-¡Voy cincuenta pesos a que no se ganan!

-¡Cuarenta al colorao!

El juez, en su caseta, seguía la pelea calmosamente. Relucía su calva socrática. En su faz, arada y cetrina, arremansábanse todos los vicios que su razón ha vencido. En su cara de viejo macho cabrío. Moriría de pie y conversando. Y sacrificaría un gallo a Esculapio. A su diestra, colgaba la balanza, y con la siniestra mano, cogía un reloj piramidal con péndulo de bronce. Nada le inquietaba. No bebía en su puesto. Ni fumaba. Y no se crea: ni tenía los humores equilibrados.

Se detuvieron los gallos acezando con áspero ronquido de sangre, apuntalando sus cuerpos en el enemigo pecho. Se aprestaban a embestirse; pero el tic-tac del péndulo de bronce los distrajo: uno, dos, tres, cuatro, diez segundos. A los treinta segundos sería tabla la pelea. Pero el malherido buscó a su adversario y le dio un encontronazo, precipitando su propia ruina. Cogiólo el colorado, hirviendo de rabia, y lo clavó en estertores de muerte.

Gruesos fajos de billetes paseaban de mano en mano. Lentamente los perdedores iban a los puestos de sus rivales a entregarles el dinero de las posturas. Nunca vale más la palabra de los hombres. Se hizo el silencio. Cuchicheo de los galleros previno la llegada de Rojita el Guatero, hombre gordo y moreno. De rapado bigote. Y ojos celestes, ribeteados del rojo de piure de los párpados. Ahora sí que subirían las apuestas.

-¿Y el puro?

-Ha de ser grandazo ahora.

Rojita el Guatero miró a los hombres desde lo alto de su fama. Y quitaba sin prisa el papel de seda a un puro gigantesco.

—Tendremos peleas hasta las diez de la noche —dijo un gallero—. Rojita trae un puro largo —lo encenderá con la primera postura. Por de pronto pidió un "ginger ale" con limón al mozo, "Estoy abutagado" —dijo.

-Tengo un gallito de cuatro-doce -gritó el sargento

Ovalle, desafiando a los gringos, desde el medio de la rueda—. ¿Tienen Uds., místeres, algo semejante?

—Yeas, my dear, sure —y dijeron otras cuantas palabras a arcadas como si fueran a vomitar.

-¡Quinientos pesos!

-¡Okey! ¡Yeas! -y la pelea quedó concertada.

Inscribieron los gallos en el Registro, después de pesados en la romana del juez.

"El Condorito". Gallo cenizopinto. Cuatro-doce.

"El Quentucky". Gallo girorrenegrido. Cuatro-doce, "Apuesta: Quinientos pesos". Estampóse también el

nombre de los dueños.

Entretanto, los galleros discutían la calidad de los gallos. Algunos habían visto batirse en el norte al gallo de los gringos. El Condorito del sargento, gallo corredor, había cantado su triunfo varias veces en este mismo reñidero. De igual peso y porte. El cotejo sería, pues, rudo y sangriento. No había por cual decidirse. Habría que esperar los primeros palos.

Agudizóse la atención de los hombres cuando los gallos fueron puestos en guardia por los preparadores.

Sonó la campanilla.

El Condorito cayó bandeado, a pasitos cortos, libidinosos, prendida la pupila de cauterio en la cabeza verrugosa de su adversario.

Gladiador de raza, el girorrenegrido lo esperaba, pico-

teando las arenas sangrientas.

Súbitamente erizaron la recortada golilla y alargaron sus cuellos, sacudidos de temblores.

Con vacilaciones de llama, aguzan su furor las cabezas temblequeantes. Subía y bajaba la guardia de los picos ávidos. Mirábanse fijamente. La pupila hostil, acerada de cortante brillo.

- -¡Cien pesos secos al girorrenegrido!
- -¡Pago!
- -¡Cincuenta pesos al gallo giro!
- -¡Pago!
- -¡Quinientos pesos al gallo giro!
- -¡Pago!

Rojita el Guatero pagaba todas esas posturas. Sin embargo, la plata siempre estaba al gallo de los yanquis.

En algunos tiros falsos, los gallos acortaron distancia. Trabáronse los picos en floreos cortos y rápidos, de cascoteo córneo. El primer tope sonó como patada de mula. En el aire tibio, unas plumas navegaban su trasvuelo.

Frescos aún los gallos. Sanos los muslos, la cabeza, el pescuezo.

En el buche del giro se extendía, como de aceite, una mancha de sangre que advirtió Matías.

-¡Topo a ochenta con el japonés!

-¡Pago! -dijo un secuaz de los gringos.

El Condorito arremetió con denuedo a su adversario infligiéndole varias heridas, y empezó a correr en torno del ruedo. Tal era su estilo de pelea. Hilillo de sangre resbalaba por un muslo del giro que lo seguía agostán-

dose, la pierna tiesa y prendida. Pero el puntazo no era profundo. El giro golpeaba de atrás con torpeza.

Sintiéndose cogido, el Condorito zafábase, tirando hacia abajo, torciendo el pescuezo. Las puñaladas cortaban el aire sin tocarlo.

La plata estaba ahora al japonés.

Los gringos seguían la contienda ensimismados. Sin gestos. Nada reflejaban sus rostros. Sus pupilas grises, eso sí, cogían los detalles como cámara de cineasta. Y apostaban grueso ahora que los galleros se cubrían.

Matías ocultaba entre sus manos una cara tenebrosa. Y el sargento Ovalle, con los brazos cruzados sobre el pecho, afirmado en la caseta del juez, manejaba, en su mente, los movimientos de su gallo. Habría que cansar al contrincante y contragolpearlo, aprovechando la caída de sus tiros sin fuerzas por la carrera. Y, luego

Los gallos peleaban de frente. Las cabezas carmíneas, teñidas de sangre. El giro atacaba violento, metiendo los cachos hasta las mismas patas. Le deshacía el cuerpo a su adversario que le cruzaba el pescuezo. El Condorito se le escabullía habilidoso; su cabeza pelada como de buitre, la ocultaba debajo de las alas flojas del giro.

Rojita el Guatero fumaba su puro, fija la mirada en el jadeo de la riña. Su bocanada azulosa precipitábase hacia un chorro de sol que inundaba de costado el quiosco, con hervores de plata, yedreciendo.

Los picos trabajaban pertinaces. Los movimientos eran ahora más pausados y exactos. La descarga nerviosa es-

curría libre por cauces perfectos. Trabajábalo el giro al Condorito, empujándolo con su pecho audaz y duro. Se aferró a un desgarrón de pellejo y plumas sangrantes. Golpeó al Condorito sin largar. Le zurcía el cuerpo a puñaladas.

-¡Lo torció el giro! -gritó el futre Matías, enroje-

ciendo hasta los cabellos.

El Condorito se fue de lado, torciéndose, la pierna

rígida; en tanto, el giro buscaba rematarlo.

El sargento Ovalle dejó caer la cabezota sobre el pecho, su cara estragada y surcada de pliegues agrios. Sus pensamientos tensos sostenían al gallo en la caída. Con los revuelos, advirtióse una terrible puñalada en el muslo de Condorito. La sangre le encharcaba todo el costado goteando por las plumas de las alas. Empezó a correr. Lo traicionaba su propio estilo de pelea.

-¡Cien pesos secos al giro! -gritó uno del ruedo, en-

valentonándose.

—¡Pago! —exclamó Abelardo, con desprecio. Algunos galleros lo envolvían en irónica sonrisa. Abelardo se concentró en la pelea. Tomó aquella postura como un gesto de rabia ante la impotencia, como si diera una bofetada en los morros a aquel canalla vendido. El Condorito estaba deshecho. Su respiración era penosa. Una degollada afiló el silbido de su respiración. Se ahogaba con su propia sangre.

El cansancio apuntaba el cuerpo de los paladines.

Augusto se bebió de un trago un vaso de chicha.

Después de cuarenta minutos de lucha, raleaban los tiros, asegurando botes de muerte.

Rebotaban los picos en las rugosas cabezas.

El Condorito cogió una picada y metió las aceradas espuelas en el oído del giro que irguió el cuello, picoteando el aire como si cazara un mosquito invisible, el cráneo deforme como vaciado y acribillado de dolores. Batíase siempre. Moriría batiéndose. Cegado, buscaba con el tacto a su adversario. Batiríase en tanto quedara un gallo de pelea sobre la tierra y más allá de la muerte.

El Condorito mordió otra vez.

De pronto se rehizo el giro. Tomó una picada y clavó

sus puñales en un delirio de rabia.

Atravesado de los ojos, como una pelota hirviente de plumas, picos y garras, el Condorito cayó desde lo alto, azotando el cuello en la arena como un gusano loco. La cabeza triturada era un grifo de sangre.



El sargento Ovalle recogió una masa de plumas sanguinolentas, de patas rígidas. El cuello del gallo colgaba lacio, el pico entreabierto. Apretaba el sargento contra su pecho esa masa de plumas blanduchas, viscosas, y salióse del ruedo desencajado, los hombros caídos, fijos los ojos en su gallo destrozado y ensangrentado. Ni oyó la campanilla del juez. Sus camaradas lo miraban alejarse. Todos ellos habían perdido su dinero con el Condorito. Los gallos de los yanquis eran invencibles. Sucedía lo que en todas las ruedas. Una larga y angosta guirnalda de triunfo para los gringos. Sonó la campanilla del juez. Se batía ahora el Lenguaraz, el gallo de don Amaranto. Todo sería igual. Lo mismo con el de Trincado. Y un deseo incontenible de venganza recaló en su pecho. Salió al camino.

Se hinchaban de dinero los canallas. Perdió también el Lenguaraz. El de Trincado y el de Monardes. Los galleros bebían aturdidos. ¡Ah, si siquiera ganara un solo

gallo!

De pronto, enmudeció atónito el reñidero. El sargento Ovalle volvía, hecho otro hombre, con el más espantoso gallo del país. Se había encontrado a sí mismo, sin zozobra. Lo adquirió de manos de un huaso que venía por el camino a la sazón. A cualquier precio. Le quedaban sólo algunos pesos, su comida del mes y la de su familia. Consiguió algunos préstamos de galleros que ayudaron su designio y soltó el gallo en la arena.

-¡Seis libras y seiscientos pesos! -gritó desafiante.

El gallo bruto cayó de media costilla, a pasitos cortos, rijosos. La cresta enorme, de largas mollejas flotantes; las patas escamosas, con calzones de plumas; las estacas como astas de buey embotadas. Era de un rojo de llamas. El gallo hizo la rueda a quizás qué gallina de sus sueños. Levantó una nube de polvo. El ala al borde de la pata; las patas agarradas a la tierra. Se oliscaba olor

de macho de la región. Alguien creyó oir como un tañer de cuecas y tintineo viril de rodajas triunfadoras. Las mollejas flameaban pañuelos encendidos.

En el alma del sargento, la ironía grotesca de la venganza, bañábase de un cálido amor de la tierra que despertaba el gallo en el corazón de los galleros chilenos, recogidos de silencio. Después hacían bromas sobre el gallo.

-Y d'ey -habló Trincado-, déjenlo no más. Es un

gusto. El sargento quiere perder su plata.

Los galleros rubios ríen y ríen, y no se les cae la pavesa a sus cigarrillos. Ellos complacen al sargento, ¿por qué no? El sargento bromea, ¿eh? Ellos quieren agradar. Complacen a todo el mundo; pero ... ¿sabe? ¡Bah, al fin y al cabo y como siempre, nos llevaremos el dinero!

Los gallos alargan sus cuellos, viendo de picarse. La encendida gorguera del bruto, de largas plumas erizadas, de un rubio rojizo y retostado, ocultaba el pescuezo, volteado como un látigo. Las mollejas eran barbas de coral, zarcillos de gitano o revuelo de vistoso poncho.

El cenizo de los gringos lo miraba clavado en su sitio,

alargado el cuello bobo.

—¡Quinientos pesos al gallo bruto! —gritó Abelardo, soltando la carcajada.

JUAN GODOY

-¡Cincuenta pesos secos! -exclamó el futre Matías estremecido.

Pero el gallo de pelea se quedó con el cuello alargado y los ojos fijos en el gallo bruto.

—¡Se chupó!

—¡¡¡Se chupó!!! —gritaron los galleros. Y arremete un remolino de patas, picos, alas, plumas. El gallo de pelea, el de los rubios galleros impasibles, salió huyendo del redondel, cloqueando, cloqueando: "cao, cao, cao".

—Ido el gallo cenizo, señores —dijo el juez calmosamente.

El sargento recogió su gallo, heridor hirviente de músculos, con vivo ademán. Lo cogió del velludo pecho, llevándolo a su cuerpo, peinando el brillo de fuego de sus plumas.

—Los gallos brutos son como los huasos: tienen la arremetida no más. ¿No lo sabrían los gringos? —soltó el sargento un chorro de risa quisquillosa—. No se le escapó a este roto.

Encaróse a los yanquis.

—¡Místeres, también los gallos andan viendo visiones! ¡Mozo, empanadas y chicha para todos! ¡Yo pago! ¡Salud!

Tiró a lo alto su sombrero de anchas alas, hacia el cielo libre.

11

Hogueras de musgo seco erizaban su fuego en las crestas de los cerros cercanos. La pata de la espesa sombra, escamosa de estrellas, blandía la luna, espuela de

azulosa plata.

A CONTRACTOR OF THE PARTY OF

A la hora de la fresca, el viento arrancó el cabello al sol, dejándolo calvo y mondo, buscando a un hombre dentro de sí mismo, tiritando. El horizonte irguió más tarde, rojiza frontera de rescoldo. Escupió la pajita de su ojo y quedó limpio el cielo, llenándose de un rebaño de tinieblas ramoneando.

El sargento Ovalle salió borracho del reñidero.

—¡Déjame besar tus pensamientos! —dijo— Y besó en la frente al futre Matías. Besó una copa azulosa de plata bocona.

Matías llevaba el volante en sus manos delgadas y finas. Pálidas. Los árboles bostezaban esparrancándose en las sombras y escuchaban la voz mellada y filuda del sargento Ovalle:

Todos me dicen no sea leso; búscate novia y te casas ya, y a mí estas cosas me dan vergüenza por una corta genialidad.

JUAN GODOY

En los cajones venían los gallos muertos. Deshechos. Los picos espesos de coágulos.

El bruto picoteaba la alfombra persa. Cantó con ex-

traña alegría. Y escarbaba.

Trincado y Monardes, el futre Matías, Augusto y Abelardo, iban todos a casa del sargento. Se comerían al gallo bruto y también los gallos muertos. Nadie pensó enterrarlos si vivían en su historia. El sargento había pasado noches en vela cuando el Condorito, pollón aún, estuvo enfermo de muerte. Ahora se lo comería simplemente. Vivía en su alma. Era en él.

-¡Ah, todos somos desgraciados, Matías, porque venimos de vientre de mujer. Los huachos que no conocen madre, como no saben de dónde salieron, entran en

todas partes, sí, Matías!

Para el sargento sería un huacho especialmente don Juan

El pavimento escurre río de luces.

Vistosos, luminosos como peces pintados, guiñan los anuncios al viandante, en la ciudad silenciosa, conventual. Graniza; rutila el arbolado denso sobre los cauces. En el fondo de una tumba se divierten los hombres con sus entrañas. Los rieles retuercen sus piececitos azules y fríos. Rojizas las sombras de los parques, chamuscadas de besos, de sexos, de bocas. En el cerro Blanco, hay rebaño de cabritas. En el Oriente, gruta de carne derrama su piel musgosa y blanca.

* *

-¡Menche, hija, me rompí el alma! -gimió el sargento caído de bruces en el vano de la puerta.

Amarillaba de luz el cuarto. Luz de lámpara.

En el brasero hervían ollas limpias, saltadas, azules. Wanda se tejía una bufanda verde de seda partida; caería en cascadas sobre su pecho. Gaviotas pescando en el mar. Eulogio repasaba su música. Y Mercedes, la mujer del sargento Ovalle, menuda, bonita, ajada, cruza la habitación despavorida, con ágiles piernas bajo el vestido suelto, rameado.

-¡Pedro! -exclama temblando. -¡Ay, hija, me rompí el alma!

Mercedes y el futre Matías ayudaron a ponerse de pie al sargento. El sargento gira sus ojos en las órbitas. Mira a su mujer y al futre Matías. Matías ríe con su diente de oro tenebroso.

Entran los galleros con sus cajones cuajados de estrellas y sus cajones de mimbre. Sacan los gallos muertos y los arrojan sobre la mesa de la cocina. Ovalle coge su gallo bruto, describiendo con él un arco de fuego en el aire.

-Para mí, bisteques de la molleja y de la cresta. Venga también para mí la morita de la sangre.

Abrió su cortaplumas y le entregó el gallo a Abelar-

JUAN GODOY

do quien le cruzó las alas y maniató las patas, de las espuelas. Eulogio trajo un azafate con un puñadito de sal. La hoja de acero brillaba lamida de luz helada y delgada. El sargento cogió de la cabeza al gallo. Apartó las plumas de la golilla y comenzó a degollarlo pausadamente. Chorro de sangre espesa y caliente caía en el esmalte blanco y frío del azafate. El corazón del gallo palpitaba con violencia. Abelardo quiso sentir, su mano puesta en el pecho del gallo como escapaba la vida; pero tuvo miedo, no lo quiso sentir. Ahora goteaba concho de sangre negra. El gallo se agitó apenas. Luego quedó lacio y sin vida. El ano suelto ensució de excrementos al gallero flaquito.

Con cuidado extremo Ovalle cortó la cabeza del gallo, le arrancó el buche y dejó limpio el cuero del cogote, para llenarlo de sangre. Para su morita.

Augusto fue por un chuico de vino.

* *

—¡Menche, esposa mía! —acariciaba el sargento a su mujer, llevándola a sus rodillas—, tócame la guitarra, cántame aquella canción con que me anudaste a tu pre, como a un esclavo.

Mercedes se estremeció; sabía lo que le esperaba. Ovalle se había casado con ella para taparle su falta. Wanda era sólo hijastra del sargento. Y ahora la mu-

chacha estaba grande y linda. Eulogio sí que era hijo suyo. El sargento Ovalle amaba a Mercedes, y era cruel en sus celos, celos imposibles. No estaba colmada la apetencia de aquel hombre. Y aquella mujer le engañaba siempre en su pasado. Y la odiaba a ella horriblemente. Se pensaba humillado él, un hombre fuerte.

Sentados en rueda los galleros bebían y charlaban. Mercedes templaba la guitarra española, sin adornos, de caja amarilla, de limón. Su rasgueo era pausado, armónico. Las voces de los hombres se apagaron.

Mercedes tenía una voz ronquita y bella, acariciante.

—Guarda esta flor, Menche, y piensa que es mi vida.
Esa es la canción —apuntó el sargento.

Ella cantaba:

¿Que no te puedo amar? eso es mentira; sólo tu imagen ocupa mi memoria.

Yo sin tu amor no quiero ni la gloria; quiero la muerte si te pierdo a ti.

Una araña de copas de vino —poto colorado— movió las patas viscosas hacia la mujer. Ella no bebía. Se negaba con firmeza a beber. El sargento la miró sañudo:

—¡Bebe! —le dijo con voz áspera—. Te lo mando —ella humedeció sus labios en la copa que el sargento le tendía. Miró a los ojos a su marido. Y salió de la pieza disparada y nerviosa, hacia la cocina donde Wanda y Eulogio pelaban los gallos con agua hirviendo. Enrojecidos, llorosos, los ojos azules. Húmeda la boca roja y carnuda. Sus cabellos rubios, de miel recién cortada, trenzados en alta moña.

—Estoy alegre, mis amigos, estoy alegre. En posesión de todas mis fuerzas. Bebamos —el sargento contaba cómo salía con Valdebenito, un compañero de armas, arrastrando el sable, por la cañada de Maule abajo, y cómo dejaba a los pacos azules de taco en las acequias.

—El huaso Moraga sí que era hombre. Zarco, rojizo, de grandes manazas. Amansador de caballos en el re-

gimiento, aturdía a una mula de una bofetada.

—Guarde, mi sargento, que yo lo mato —me decía el hombronazo, y rifamos la primera guantada. Ganó el zarco. ¡Aguántese, mi sargento! —me dijo, con su voz lenta. Era reposado como los hombres de gran fuerza; ño Caliche le decían al huaso. Pescaba a un hombre de los muslos, le daba una vuelta en el aire, y lo dejaba después colgando de cualquier litre.

"Lo esperé. Vi venir la bofetada que me pasó por la oreja derecha y arrancó una ventana de la cuadra, con marco y todo. Me agarré de sus hombros; me empiné, y cuatro horas más tarde despertó Moraga en la enfer-

ría, medio aturdido aún de mi cabezazo".

—¿Qué hubo? —le decía la tropa—. ¡No se enoje, mi cabo, que llamo a mi sargento Ovalle!

Los galleros rieron a carcajadas. ¡Vaya con la histo-

ria del sargento!

—Salud, entonces, pues —exclamó Abelardo. Reía dudoso el vino en las copas.

El sargento trepó las escaleras a la siga de Wanda. En el dormitorio la cogió. Llevóla de una mano a un rincón del cuarto.

—Mira —le dijo— golpeando con el pie la tabla del guardapolvo—, eso que está ahí, es tuyo. A ti te quiero yo no más. Eulogio será un canalla como yo —y estrujaba en sus manos los pechos duros de la muchacha. Wanda lanzó un gemido y bajó la escalera, despeinada, tiritándole el corazón como un pájaro herido. Crujieron las escaleras. Atrás venía el sargento. Un vacío inmenso desolaba su alma. Se bebió dos copas al seco y sus ojos se quebraron de lágrimas.

—Los hombres que lloramos muy pronto somos todos unos canallas —dijo Ovalle, dejándose caer en una silla, la cabeza hundida sobre el pecho. Augusto lo miró fijamente y sin decir palabra se salió de la casa y penetró en la noche. Su frente bañóse de un frescor de plata que venía de las estrellas. Croaban las ranas en las acequias dormidas bajo la yerba. Un chuncho goteaba su canto.

en la poza fría del cielo.

Apestante humareda de cigarros. Olor de suelo mojado y barrido. Los labios salivosos de las copas. Los espíritus de los galleros habían creado, por sobre sus cabezas, fundiéndose, un alma colectiva. Y hablaba cada cual con la intimidad de un yo con su alma. Embriagándose de palabras.

Abelardo contaba la historia de su gallina.

—Vaya, pues. Compré unos huevitos para cría bruta. De esa parvada salió la gallina. Era negra, delgada, parecía fina. Como me estuviera picoteando la hortaliza,

la eché en el gallinero de las inglesas.

—¿ Qué tienen las gallinas, que arman tanto alboroto? —me preguntó la mujer—. Curioso, fui a ver lo que pasaba: la gallina negra tenía a seis gallinas aturdidas en el suelo y estaba moliendo a la última que le quedaba. Me interesó la gallina. La eché a pelear con otras y con gallos de su peso a cacho forrado. Ninguno le aguantaba mucho. Sería de cruza con faisán. O de pato, hijo de gallina.

"En aquel tiempo yo era joven, tendría veinte años. Le llevé la gallina a don Santos de la Cristala, que tenía

reñidero en la calle Ñuble.

Los galleros se quedaron silenciosos. Un hombre mediano y gordo, de tez morena y bruñida, descendió en medio de ellos y, sentado como un buda hindú, quedóse, en medio, contemplándoles.

—Entonces se peleaba al peso y porte. Se amarraban los gallos al cerco del ruedo. Había que ser ducho pa sacar ventaja. Si no se atrevía uno levantaba su gallo y cedía el lugar a otro gallero. Eso era todo.

"Le gustó la gallina a El.

Esta gallina no te la llevas -me dijo-. Puedes llevarte, sí, esa castellana con estacas, con sus doce pollos.

"Fui muchas veces por mi gallina. Siempre me traía

algún pollo; pero nunca la gallina.

"El ganó muchas peleas con mi negra. Gallinas o gallos con cacho forrado, era igual. Pero no había caso de crías. La negra no se entregaba a ningún gallo.

"Muchos galleros estaban envidiosos de mi gallina. Una noche se metieron en el gallinero de don Santos y echaron en una java a mi gallina negra, a un pollón muy rico que tenía El y a un gallo probado. Don Santos les habría quitado la vida a esos miserables. Todas las mañanas El iba, apenas levantado, a ver a la negra. Esa vez la encontró que le faltaba un ojo, el oído, la mitad de la cara a la negra. Una pata quebrada. El gallo probado estaba tendido en la tierra, cegado, sin quijada. Entre la gallina y el gallo mataron al pollón.

"Uds. recordarán lo hábil que era El para operar a

las aves.

"Le cortó la pata a mi gallina. Y le puso una muleta.

Así pudo entregarse la negra.

"Vaya, pues. Hermano de la negra era mi gallito que Uds. me conocieron, que era de 3-15. También era fino. Se crió huachito. Yo no le quise cortar la cresta ni las mollejas, ni la golilla. Lo llamaba yo a mi gallo. Y extendía mi brazo izquierdo. El gallito trepaba a mi

JUAN GODOY

brazo como un lorito y cantaba. Pero un día ¿No me

lo ojiaron? Se murió de mal de ojo.

Irresistiblemente Trincado soltó la carcajada. Rieron también Monardes y Matías. Aprovechando la coyuntura, el sargento Ovalle salió al patio a orinar; escalofrío del humo gira en el cuarto. Cerrada la puerta sin ruido. Bruscamente se aislaron los galleros en discordancias, y discutían.

Matías acariciaba en sus rodillas la rubia morbidez de la guitarra. Su estremecimiento se acalló en notas, vino a hacerse música. Hoja helada y delgada penetró en las almas con un silencio de muerte. Se sintieron los gritos de Mercedes, la pobre mujer, a quien pegaba el sargento Ovalle, por haber bebido vino.

De pronto saltó la puerta con marco y todo, y apareció, en medio de las tablas, entre las astillas 10tas, la

cabeza del sargento.

—¡Un trago, un trago! —bramó riendo a carcajadas. Los galleros, espantados, no atinaron a complacerle. Sacó el sargento su cabeza de entre las maderas, bebió, y un deseo irresistible de pegarles a todos lo invadió entero. Quiso cerrar las puertas para que ninguno se le escapara. En este mismo momento, un cansancio mortal lo desplomó sobre una silla. Miró a todos, atontado, y se quedó profundamente dormido. Todo quedó silencioso. En la calle, los galleros oirían siempre su ronquido enorme.

OLMO, OLMO, OLMO

I

Edmundo no supo cómo se halló tendido en la cama, boca arriba, los ojos abiertos, oprimidos y denegridos por los piececitos humosos de las negras sombras de su cuarto. Quedaba tras de él vacío de silencio, de vida. El dormía allí. No reconstituía nada. Un miedo absurdo le invadía entero como si navegara su vo por ignorados abismos. Prendió luz. Era su cama justamente. En el estante se le ofrecían sus libros. En el techo, las vigas de su cuarto tocadas de hollín. ¿Y si no fuera él? Porque en circunstancias extrañas y macolladas espigas posibles retornaría su ser reminiscente. ¿Cuál de sus yos en los mundos infinitos? Si alguien entrara en su pieza en este instante, como al espejo donde se miraba para rasurarse, le incrustaría su imagen sobre la tierra. Y le dirían-: Edmundo ¿cómo te va?- Y él miraría a los lados, buscando, y dentro de sí mismo. Tenía ganas que lo llamaran por su nombre. Se reiría, sujetando en las sábanas el chorro de su risa.

Sombra blanda, sedosa, en ángulo de tinieblas —fósforo verdoso de los ojos—, desenvaina la garra retráctil,
rasca las tablas del piso. Sin tierra ni ceniza ni hojas
para tapar sus huellas, lento, metódico, rasca. "Decididamente los gatos y los chinos pertenecen a una civilización muy antigua...; Oh, que no se me olvide esta
intuición maravillosa del sueño y su licor! Los gatos
como los chinos pertenecen a una civilización muy antigua. La luna se adelgaza en sus gargantas. ¡Ved su
música!"

Rasca la garra retráctil, tapando sus huellas.

Abrió ojos desmesurados. Mana de vaca negra, de las ubres de las sombras, como si le mordieran un pezón al misterio, claridad lechosa, donde posa su pie el mundo de las imágenes. Rostro de mujer, gris perla, muslo derramado. Grupa de ola, bañando de carne falo espolón de roca. La imagen la sostiene él, y la expulsa como en un juego. Pero una se le queda fija y le oprime y opaca su ojo abierto y desnudo, como si la luna se cayera de pronto muerta en la pupila del cielo. Tiene miedo y se estremece y grita. Su voz es su voz. Le dañan las objetivaciones. Las objetivaciones quieren un altar. Imponen ellas y son tiranas. Se nutren del que las crió. A expensas de él. Agostándolo.

Despertó consado, dolorido. "Todo me es igual". Era él simplemente un mediocre desquiciado. Pero ¿la com-

prensión no supera a la realidad? ¡Ah, si él no se hubiese planteado a sí mismo como problema! ¡Ahora no había para él sitio sobre la tierra. A veces, rebasado de goces cenestésicos, descubría en sí mismo algo muy bello y profundo que criaba él dentro de su alma! "¡Vivid en peligro!" Esta frase dicha por un atormentado le quitó la firmeza sobre la tierra. Creyó ver en esas palabras un amor inmenso para la vida, para la tierra, para el cieno semillero. Y anduvo como un niño; pero no era él un niño. Pendía de la tierra que lo sustentaba con lo religioso. Y le había dejado de pronto solo. Y se llenó de angustia. Tenía ya un alma de suicida.

Un hombre no puede ser un héroe amputándose; no es el héroe algo individual sino colectivo con un hombre fundamento. Aquí estaba el error del gringo Nietzsche. El héroe huye del arco tenso de sangre disparado por el alma colectiva; por ello deshumanizado, deificado. El error fue confundir al niño pagano, animador de la tierra, con el adolescente religioso, que ya no puede ser niño y que depende de la tierra porque tiene un Dios.

Se aburrió de tales problemas.

La red de sus pensamientos había cazado varios mosquitos. Dio un manotazo en el aire. Lo disipó todo.

De debajo del colchón sacó sus pantalones, planchados con la plancha de su cuerpo. Se vistió rápidamente y salió a la calle. Tenía aún cuarenta pesos de unas clases que hiciera. Y quería beber, emborracharse.

No obstante sus ideas, era muy supersticioso; en sus

lecturas nunca se detenía en la página trece, ni en la veinte, que era el número de sus años, ni en la cuarenta y dos. A veces un temor irresistible le impedía toda acción para que no fuera lo hecho lo último que hiciera. Pero de atrás lo cazaba la vida. Fuerza irresistible lo empujaba a abandonarse a las cosas, a su ser y destrucción.

La mañana volcada, luminosa y fría, había acercado la ola de la cordillera, chispeante de peñascos, los cerros bajos.

Serían las doce.

Por el camino, venía el huacho Arturo, con una botella de mesa, llena de vino tinto. El Caballo Bayo dormía apoyado a un tronco de acacia. Sus canastos deshechos hedían a pescado. Desperezóse, bostezando largo.

-¡Saquémosle el viento, huacho! -gritó el Bayo, co-

giendo a Arturo de una manga.

-¡Si te la tomay de un trago!
-¡Güeno! ¡Pásala! -v se le empinó pulsándola.

Arturo lo contemplaba muy regocijado, esperando que se tomara el doble aquel hombre. La boca del Bayo estaba blanda, goteante de vino la barbilla; los ojos amarillos, enrojecidos. Cuando le quedaba el concho, algo horrible ocurrió en el estómago de aquel borracho: vomitó el vino espeso sobre la tierra sedienta.

Arturo le dijo con rabia:

—¡Te pasé el vino pa que te lo tomaray; no pa que lo botaray! —y cogió la botella.

El Bayo quedó boca arriba, entre sus canastos, horriblemente borracho, roncando.

Arturo miró el vino perdido; miró su botella. Y siguió su camino silbando.

Este acontecimiento llenó de loca alegría a Edmundo. Así serían los dioses. Se sentía ágil y fuerte.

Otro borrachín se quejaba más allá:

—¡Yo mismo la vi a la vinera, echándole agua al vino. Si hubiese estado esa agua siquiera a la sombra de una parra!

Entró en un bar. En la mesita, de esmalte descascarillado, había unas gotas de vino y dos zancudos muertos. Los cuerpos traslúcidos de los insectos lo entusiasmaron:

—¡Bah, esqueletos de nostalgias! —y rió estúpidamente de sí mismo—. Lo que hay es —dijo al fin, bebiéndose la primera cañita— que disfrutan demasiados héroes sobre la tierra, y quienes faltan en ella son hombres. La idea de la personalidad es la más estúpida que han creado los intelectuales. Y algunos imbéciles hablan de su cultivo. Hombre-dios. Hombre-dios. Hombre-dios. Nunca como hoy, ha hecho más falta un hombre a nuestra alma, para dispararlo hacia las estrellas.

De un rincón del bar brotó una sonora carcajada:

—Perdone, joven —dijo Mika, hombrecillo magro, de piel de aceituna, que enterraba y desenterraba cadáveres en el Cementerio Católico—, he recordado un incidente y no he podido menos que reir e interrumpir a Ud. en sus pensamientos. Es algo curioso.

Edmundo se preguntaba por lo que podía ser curioso para aquel hombre de sarmentosas manos y que hallaba deleite hincando sus garras en el barro de las vísceras o cuando descubría que en los huesitos aún había

carnecita pegada.

-Anoche he visto a tres pelusas -prosiguió Mika-. Estos pelusas se acercaban cautelosos a un altar de la virgen María. Se quitaron sus gorras, se hincaron delante de la imagen. Se codeaban unos a otros. El más pequeño estiró su manita y arrebató una vela a la santa. Apagó la vela, metiósela en el bolsillo del pantalón y salió despavorido. Lo siguieron los otros. El más grande lo cogió de la nuca, golpeándolo cruelmente. Lloraba el pequeño. Y los tres se llenaron de injurias. Luego siguieron su camino. Lo curioso es que a unos cuantos pasos de allí hay un paredón, negro de sebo de vela quemado, con cortina de velas encendidas, y no robaron de aquí ninguna vela. Es que esos rústicos santuarios que llamamos animitas, simbolizan las almas de lo más vivo que hay en el país. Existen en todos los caminos, porque en ellos dejaron su vida los chilenos rebelados de las encomiendas, los primeros bandidos o cualquiera de los rotos que despanzurran la tierra arrancándoles sus riquezas. El roto, joven, tiene origen campesino; pero es un producto de selección. No es un hombre de cerco. ¡Ah, señor, cuando el roto empuje al huaso a sus designios! ¿Ha pensado Ud. que esto de las animitas marca el origen de la sociedad patriarcal? Esto

del culto a los muertos nos viene por lo céltico que hay en la raza española. Y de los araucanos, que también veneraban a sus antepasados. Nosotros, a los bandidos, a los escritores, a los que se aventuran solos por los caminos. Nuestro país será grande cuando arroje sus cadenas. Me voy a mi empleo. Salud —y salió del bar guiñando los ojos.

Edmundo había conseguido su naufragio, su verdad. Y como era su propia verdad la tuvo que hallar muy extraña.

H

Ni una nube en el cielo al rojo, pulido y brillante. Una gallina, acezando de las agallas, flojas las alas, sesteaba bajo una matas. Corolas de radiche como velloncitos de lana sucia, se enredaban en los zarzales. Olor penetrante de los paicos.

Frutitos de clonquis, amarillando de espinas, viajaban prendidos a la bastilla de los pantalones de Edmundo, quien, borracho, había abandonado el bar. Miraba lejanías. Rechinaba los dientes, y gesticulaba ridículo. La lija reseca.

A dos pasos del depósito de vinos de la Tarifeño, resudaba sentado el Cojín. Edmundo le vio su pierna enferma, con rama tensa, rematada en pulpa, roja de pus,

de su dedo gordo, gangrenado. La barba, sedosa y negra moruna en la tez cetrina.

Con habilidad de mujer, se hurgaba la ropa, despio-

iándose.

-¡Eh, Cojín, echa un trago! -lo invitó Edmundo, empinada y rebasada su humanidad, como si las fuerzas todas, bullentes y reidoras del mundo, brotaran en él, v él mismo pisara racimos morados, y sangre destilaran sus labios y sus pies, y su corazón, tremendo en la cólera de su cariño, estrujado de vinos sangrientos.

Se alzó el Cojín para caminar. Apoyaba su cuerpo de bruces, en tronco de membrillo que le servía de cavado y sobrada defensa de perros y de hombres. Iscariote, cuando atardecido, una burra dulce, retoñada, ungía el paisaje de olivos y viñas y castaños, de unción evangélica.

-¡Medio pato de tinto! -alborotó Edmundo el depósito de vinos de la Tarifeño, alargando al Cojín un puñado sonoro de chauchas de níquel.

-: Gracias, patrón! -dijeron una boca gruesa, unos

ojos reventados de lágrimas.

Edmundo no era un patrón. Había tal deificación suya, pisador de lagar sobre rubios racimos de su carne de humanidad, exprimiendo el divino jugo, hasta llegar a El, Dios, y no ahogarse en su ceño, sino ceñudo visitarle, y desafiarle exhausto.

En la curtiembre trabajaba aquel hombre. Allí había quedado cojo el Cojín. Acaso en una riña. Traía los

pesos y los entregaba a su mujerona lustrosa y juanetuda, con dos críos pintados por su hombría. ¡Carne de perros! Eran hembras. Ahora estaban grandes y lindas sus dos hijas, y vivían en aquella casa rodeada de jardines, con naranjos valencianos de gajos rojos de coágulos, de raíz bermeja, agarrada al corazón mismo de los muertos, y limoneros, reverdecida de yedras de los goces. Tras los cristales, se besaban parejas insulsas, muchachas lindas, casi niñas, con hombres de cráneos coronados, brillosos y untosos, comidos de calvicie. "Huevos sin sal" —decían las viejas.

Ganas le daban al Cojín de beberles la sangre que les diera a esas malas hembras. Acaso no eran hijas sino

de su mujer que servía allí mismo la cocina.

Aquella su pierna tiesa y podrida. Bebía por eso. Y se emborrachaba. Y llegaba borracho a su casa, huroneando. Ella le hurgaba los bolsillos para hallar las boletas de empeño de sus ropas interiores de mujer y sus vestidos. Sus amigos estaban todos en la calle contemplándole: Ramón, el de cara fofa, tiritona, de carne recocida; el huacho Arturo, aquimbado y armado de quisca en la oreja quebrada; el Caballo Bayo, tirero y huesero, de andar marino. La mujerona lo amarró a un tronco de guindo seco y lo cubrió de cardenales como si machucara a un membrillo, salpicándose las ropas de los acres jugos. Se quedó allí sentado llorando el Cojín. Dejaba la casa en su corazón. Alzóse. Y convulso de llanto, caminaba pespunteando lo andado, con su flaco

colchón tripudo a las espaldas, e iba por la calleja polvorienta, orillada de curiosos. Un sol cansado brillaba en la boca del camino, crinado de luz muja y volcada en los cardos bordosos con piel de lagarto. ¡El Cojín! Su cuerpo de bruces, apoyábase en tronco de membrillo que le servía de cayado y sobrada defensa de perros y de hombres.

—¡Tanto que t'hey querío, mujer. Y vos no me habís correspondío! —se quejaba a gritos el Cojín entre sullozos. Y regaba de lágrimas su sendero de escarnio. En el hueco que dejaba la lluvia también lo imaginaba Edmundo. Un puñado de sombra que cayera en los char-

cos, goteando el canto de los chunchos.

—El Cojín vive de sus rentas —dijo la vinera, cabeceando con el chuico que vaciaba como si se vaciara ella. Y el Cojín agradecía el veneno que le daban, los injertos de su propia carne que, de tarde en tarde, le hacían en el hospital San Vicente, para curarlo, brotando su pulpa llagada, de una pierna a otra pierna, anegado su cuerpo de espíritu.

Las ollas hervían toda la huerta.

Dormidos de sol los matorrales, el Cojín se expulgaba y despiojaba la fauna de los pobres. En invierno, chorreando las lluvias, le trenzaban una manta el pulguerío y la piojada, los vahos calientes del vino.

Dormía su corpachón, encogido, en huequito de suelo, tan chiquito, en cualquier parte, como un quiltro aresti-

niento, hostigado de rasquidos.

—Y bien, Cojín. Reflexionemos —le dijo Edmundo, hipando su borrachera—; dime cumplidamente y de una vez por todas ¿cuándo te vas a matar?

-¿Yo, patrón?

—Sí, tú —exclamó el joven, clavándole ojos acerados—. Comes, bebes y te refocilas, y no haces nada.

¡Vaya una excrecencia! ¿Cuándo? di.

El barrio lo quería al Cojín. En todas partes tenía su sopa y su pan. Vino en los depósitos. Vino barato de los conchos. Y le temblaba su mano al coger la medida mohosa y vaciarla en la boca suya, de mellada sonrisa, como un tesoro o brasa que ardiera sus humores.

-¿Cuándo? di -insistió el joven.

Se le quebró la voz al Cojín. Nadie nunca le había dicho eso. El vivía como un pájaro volado, cediéndolo todo a todos, y aunque su cuerpo de gigante se ovillaba en un jeme de tierra, temía ofender con su cuerpo por-

fiado de vida, siempre de pie.

Déme un rególver o un cuchillo y me mato delante de Ud. mesmo, patroncito. Todos me pisan como a un finao seco al sol y me huelen mal. Pero vea Ud. mi estudiante, tengo mi mujer y mis hijas, y las mamás dicen a sus niños cuando me ven pasar: "Chitón, que ahí viene el Cojín". Y los niños buscan el regazo de sus madres, mirándome asustados, sus caritas curiosas, sucias del barro de las lágrimas, en el carrillo de las frutas. Y yo les sonrío bondadoso. ¡Bah, mi estudiante, soy el cuco de los niños! Y adivino el gesto de los padres, hombres

maduros, mostrándome a sus muchachos, ya güainitas, para que no sean como yo, un ejemplo del vicio, y cojan su camino, pues, el mal está pa que si haga el bien, patrón. Lo pior pa que si haga lo mejor, y viceversa. Aún no ha terminado; sí, patrón —y lloraba y reía con risa de ventrílocuo.

Se limpió las lágrimas con los dorsos de sus manos huesosas, de largas uñas enlutadas. Y se amarró los pantalones, para vivir, con soga de ahorcarse.

En la esquina, la Pichanga, con su tacón torcido, golpeaba impaciente la tierra apisonada. El Cojín miró

a Edmundo con cara de degollado.

—Oiga, patrón, me faltan dos pesos —dijo, con voz que le brotaba de la podrida entraña. Y miró hacia la esquina donde la Pichanga cimbraba las nalgas, provocando.

Edmundo metió los dedos en un bolsillo del chaleco y entregó los dos pesos al Cojín.

A lo lejos, resonaba la voz de Lucho, el hojalatero de

cara ácida, marido de la Pichanga:

—¡Tetera, cafetera, cacerola, escupidera, lavatorio, jarros, recipientes, palmatorias, que componeerlece hum!
—placenta de guturaciones seguía al pregón interminable. Más lejos aún, Lucho seguía ganándose la vida.

Caminaba el Cojín, detrás de la Pichanga, postremos

pasos, hilvanando a la vida su cojera.

Después, todo se llagaba de luz tibia y morada: la cordillera lejana, los cerros bajos que ciñen la hondo-

nada, los breñales y trigales de yuyo maldito, y el paisaje de olivos, y viñas, y castaños, con burra dulce, retoñada, que ungía el paisaje moribundo, de sauces llorones, vidriosos, implorantes, de unción evangélica.

-¿Cuándo me mataré yo, Dios mío? -se preguntó

Edmundo.

¡Masa de peras verdes! ¡Zorra de las uvas! ¡Olmo, olmo, olmo!

EN LAS BARRIGAS DEL VINO

I

El paisaje de pocito azuloso del amanecer desperezaba su blando sueño, su lago alado, rizado, azul. Aire azuloso pálido, sabroso de zumos de luceros. Los tragaluces bebían el cerúleo claror del alba, azulando lívidamente el cuarto y las cosas del cuarto y los rostros dormidos.

El sargento Ovalle roncaba sentado en su silla de mimbre, medio derribado sobre la mesa, en cuya cubierta, brillosa de bermejas escamas, las copas yacían volcadas, con sus vinos derramados. Restos de comida, ensaladas y carnes mustias. Los huesos roídos y chupados de los gallos de la cazuela de la víspera, amontonados en el azafate. Los platos, uno sobre otro, con sus servicios mohosos de grasa y de bazofia. Las ropas impregnadas de un hedor de tabaco quemado, de las colillas apagadas.

En el aire azul, que envolvía y penetraba la substancia de las cosas nacientes, goteaba el canto de las diucas, almibarando de su rocío el rojo y vinoso abdomen de los higos. Bajo los hinojos suaves y húmedos, cantaban las acequias de viva luz escurrida, tras el herbazal. Y los zorzales en el manzano frondoso, al fondo del huerto áureo y aromado de las dulces sangres de las frutas.

El sargento Ovalle bostezó, rumiando su bostezo. Su lengua gruesa, pegada al paladar, seca y muy áspera. Se restregó los ojos; se frotó la cara con ambas manos, dándose ablución de los cristalinos de agua de la vertiente azul de amanecido. Pero el nuevo día de su conciencia apagó su destello en otras aguas dormidas. Y estaba lleno de presencia suya. Algo habíase trasegado a su conciencia de su alma no sabida. Muchos de sus actos, cuando borracho, habían caído a insondables abismos. Los presentía vagamente como en nieblas fronterizas. Y de todo ello venía una tensión de alma y miedo. Y su odio, a causa de la bondad de los otros.

A pequeños trazos, se había dibujado su acción de la víspera. Mas, el ser suyo de lo recóndito estaba preservado.

—Si hubiera un hombre de inteligencia sutil vería nuestras transparencias —pensó él— y mejor que nosotros mismos. Aquí tiene su origen la maldad.

Su mujer dormía en un diván, abrigada con una manta de Castilla. Wanda lo hacía también. Y Eulogio.

Obscuramente, el sargento tuvo la impresión de haber

trepado la escalera hasta su dormitorio. Como otras veces, se habrían esforzado ellos, estando él borracho, en conducirlo a la cama. Veía a su mujer, tan pequeñita y ágil, esforzándose también, teñidas las mejillas, sacando la lengua, apretada entre los menudos dientes, como solía hacerlo cuando levantaba algún objeto pesado. Y todos lo habrían visto dormir, y roncar, y ahogarse en su sueño. ¿Lo querrían? ¿Lo odiarían? Acaso le guardaban piedad. Y hasta se sintió feliz por ello: necesitaba de su piedad.

Había soñado con una muchacha desnuda, que lo atraía y le repugnaba a un tiempo mismo, tallada en carne de lirios blancos, de venillas azules, cuyos senos, de níveas sales, asomaban apenas entre los cabellos deshechos, color de antiguos bronces. La orejita mordida y nacarada. Y los pies desnudos, pequeñitos, de duras uñas de caracolas. Pero el sexo y los muslos chorreados de un excremento amarillo y clarucho, como de guagua. Y él estaba tan triste, sus manos podridas, el vientre seco y

Largo rato contempló a Mercedes en su sueño tranquilo. Los cabellos caían revueltos sobre los hombros, y eran rubios como los de la mujer con quien había soñado. Algunas hebras de plata. Tras aquella frente comba y blanca anidaba un alma que él no comprendería jamás. ¡Cómo estar en ella y mirar diáfanamente! Dormida la mujer sonrió y quejóse en un desmayo de carne penetrada. Esto lo llenó de angustia, a sus propios

reventado.

JUAN GODOY

ojos rebajándolo. Y pensó en el otro a quien su mujer se había entregado y de quien naciera Wanda. El otro que la había disfrutado. ¡Ah, si él pudiera hallarlo sobre la tierra! Iría en su busca. Sería su amigo. Pero no; su hija Wanda le daría el acre matecito de ella que él no gozara. Y este pensamiento gestado en qué limo del subconsciente cruzó raudo como un pez escurrido en la lengua golosa de las algas. Después, bebió a grandes tragos, vino tinto, en la misma botella de mesa. Enjugóse los labios con los dorsos de las manos. Y sigilosamente salió a la calle, al camino de su propia vida y de su muerte.

* *

En verdad, un reventón de oro inundó el valle carnoso y jugoso de viñedos maduros; de maizal barbado, de apretados blancos dientes. De frutales jibosos de pomas. Y hortaliza de repollos pavos en celo, metálicos, vegetales. Y encrespadas, verdes aguas, en riña detenidas. Sol de abejas de olor de mar, sobre el trabajo sudado y calloso de los campos, las fábricas, la obra de ladrillos.

* *

El sargento Ovalle desembocó en el callejón del Salto por una callejuela tortuosa y polvorienta. Ante sus ojos abríase un campo de viñas y vegas, de melonares y sandiales. Verdura de zanahorias. Y maizal. De ajos cojonudos trepándose en las eras. Melones escritos y de rosada carne. Las sandías maduras hozaban en la yerba, la colita enroscada, como marranos verdes. Ibase bordeando el camino, de nogales con troncos de plateadas escamas. De álamos azules y élitros sonoros. Castaños de encendida corpulencia. El campo todo bullía su verdor a borbotones en los sauces de bruces y moqueando sobre el caz de aguas corrientes y cenagosas. Y la luz era de un verde agrio de limón entre las ramas.

Esta visión de campo abrió un claro de alegría en el ánimo sombrío del sargento. Sobre su cabeza, en la majestad del cielo, volaban, trepidando, unos tiuques de la tierra, en rogativas de la lombriz de los campos, abiertos como rasgada pulpa. Sus chillidos de agua mellaban

la rubia sonoridad de la mañana.

Un rumor de farfulla circulaba en su alma. No distinguía las voces, sino más bien un duro pesar lo aplastaba, como si hubiera entregado su intimidad donde sufría a solas. La alegría de los otros lo poseía de pronto; luego, poco a poco, perdía la noción de sí mismo, siendo

JUAN GODOY

en su pureza, manchada de resentimientos, quedando sólo un vacío de vida reflexiva, donde aullaba su ser interior desconocido. Los hombres agrupados eran, igualmente, bestias gozosas, en su pequeño placer y voluptuosidad incoloros. Entonces, él se armaba de sí mismo, y les mostraba aquella parte de sus personas que ellos no veían, ridícula joroba, rebajándose, pisoteándose, para rebajarlos y pisotearlos sordamente. ¡Qué espectáculo más repugnante mostraba el sargento en la consideración de aquel monstruo de mil cabezas! Deseaban estrangularlo allí mismo, matarlo, porque ellos eran lo mínimo de sus "personas" aunado. Algunos rostros enrojecían de furor, queriendo recuperarse y avanzar hacia el desalmado; pero les retenía el estupor y su masa indecisa. Había creado en torno su soledad. Cada cual lo había asesinado en su propia conciencia. Y estaban ya todos tranquilos, olvidándolo.

Llegó a un varón donde se rascaba el espinazo un caballejo flor de habas. Saltó una pirca. En el potrero, junto a un rincón de zarzamoras, un burro, espíritu pesado, rebuznó en pergamino, afilando su desesperanza; después, dio en retozar, derribando sus gafas de aguas turbias. Idiota, en su babel de lenguas!

Al fondo, a dos carrillos, gruñía un horno encendido. Al lado de este ogro, cobijado por un sauce corpulento y retorcido, humeando, mostraba sus adobes y calaminas el rancho de la vieja Pistolas, donde tenían su pensión los canteros del cerro. El sargento Ovalle, atravesó una

cerca de alambres de púas. Había en su conciencia ahora un obscuro terror. Su crisis apacentaba de la agonía de su yo íntimo frente a los valores morales, sociales, confusos, que iban lamiendo y bañando su alma, como una perra pariendo lame limando a su recién nacido. La parte más noble de Chile vive fuera de la ley, porque no vive su ley y la teme. Los otros se hicieron su ley, amparando bajo ella su mediocridad. Hacen cumplir al pueblo algo que no conoce el pueblo, ajeno al pueblo, sin su deseo. Ahora esa red de tiranía está goteando el moho de su carcoma. ¡¡Pues bien, que se pudra!!

Bajo el emparrado, conversaban y tomaban café, dos parraquianos canteros: el fraile Horacio y el rey Hum-

berto.

El sargento Ovalle se introdujo en el rancho por detrás de las casas. Una vieja, pequeña y enteca, pero de recio carácter varonil, lo recibió zalamera. Conocía Ovalle a la vieja Pistolas desde muchos años. En vida del finado. Ambos recordaban siempre el asalto de que habían sido objeto la vieja Pistolas y su difunto marido.

—Creyeron rico a Eulalio por el despacho y el depósito de vinos que trabajábamos. A mí me dejaron por muerta. Pero pronto sanaron mis heridas —y ahora ahí en el cinto cargaba su pistola. Y su puntería era escogida. Bien lo sabían los hombres cuando se picaba de trago la vieja. Entonces, a balazos, le arrancaba el cigarrillo de la jeta, como una prueba de cariño, al parroquiano mozo, que por macho admiraba la vieja, sin

quererlo para ella, porque en el decir de todos, la vieja había sido sólo de su marido. Y era garbosa, a mujeriegas en su alazano, no como las gringas que, a horcajadas, muerden el lomo del caballo, cuando iba de compras al poblado. Y sin menoscabarse, disfrutaba de la simpatía de las gentes, cómica con sus botines de hombre y su sombrero calañés, atravesado sobre su pequeña moña encanecida.

—¡Un caldo de cabeza, que eso engorda, para don Pedro! —ordenó, a la cocinera. Y ella misma, la vieja Pistolas, sirvió unos matecitos de chicha para el sargento y para ella.

En la otra pieza, en el dormitorio de la vieja, alguien arrancó una risotada al arpa dormida. Acaso la Chenda, muchacha que habían regalado, pequeñita, unos pobres inquilinos a la vieja, para consuelo de su soledad y que tan graciosamente pulsaba la alegría de los rudos canteros.

Sorbiendo su caldo, Ovalle contemplaba el cerro pajizo de pasto, cuyo vientre mostraba la profunda herida de la cantera. Los faldeos, cultivados a trozos, y en lo alto, vestido de espinos y pinos. Al otro lado del San Cristóbal, el río Mapocho, como un cristal detenido entre las piedras. Más lejos, el Manquehue, duro de unas y huellas. Después, dióse a mirar de reojo a los parroquianos canteros y a escuchar su habla sabrosa.

II

El fraile Horacio y el rey Humberto, platicando cosas de la vida, bebían y fumaban. Alguna historia que relataba Horacio, hizo soltar una carcajada bigotuda y de recios dientes amarillos al rey Humberto. Le había dicho Horacio:

—Al gordito burgués, a ése que se estaba construyendo un mausoleo en el Cementerio General y requirió de mí dos ángeles labrados en piedra, le gustan las tunas. ¡Carajo... Quería que tú, Humberto, le echaras el re-

suello por la nuca!

El rey Humberto reía a carcajadas, sacudiendo sus poderosos hombros. ¡Qué excelente macho! Las mujeres se ponían babosas de ganas. Haciéndoseles agua, se mojaban todas. Era de esos hijos rubios que suele dar el campo chileno, erguidos de sangre goda. Y se daba mañas el rey. Conocía su tierra: los rincones de campo, los minerales, la pampa salitrera, las estancias magallánicas. Y en todas partes retoñaba un corazón con los recios golpes de su sangre. ¡Vaya con su fatalidad!

—¡No te chinchocees con el rey Humberto, niña —le decía la vieja Pistolas a la Chenda—; mira que nadie te despinta el huacho! Se va a lo facilcito no más; él planta la lechuga y los tontos se comen la ensalá.

—No te vayay a creer, Horacio —respondió el rey, secándose las lágrimas de su risa—; esos jutres buscan a los delincuentes. ¡Era tan redisimulado el capón! Pero al descuido meneaba la cuna pa despertarme el niño. ¡Este roto no está pa trancar maricones, amigo!

Por el camino venía el casero, todo vestido de blanco, guiando su mula torda de árgüenas repletas de mariscos y pescados.

-¡Eh, Rey, choros, el manjar de los dioses!

Jueves, viernes, sábados santos, los choros llegan al mercado con sus lentos pies oceánicos; bivalvos, fundidas sus conchas en metales antiguos, color negro-rojizo, como cascos de barcos.

—¡Rey, tú eres Ganimedes, perdona la comparanza, y vas a escanciarme el vino de los dioses, vinillo blanco, vinillo blanco, para ahogarlos en una dulce muerte, aromosa de viñedos. ¡Amarillos los choros gordos! ¡Negros los choros gordos! ¡Caquita-légamo, sus barros sagrados!

Llevándose el índice a los labios, recogióse Horacio en sí mismo, y en su apostura de fraile, bendijo al ángel de los mariscos; luego, fue depositando, uno por uno, hasta cuatro docenas de choros, sobre una mesa de cubierta de mármol quebrado. Triscaban los pies del choro contra el mármol.

—¡Ah, están vivitos! Los muertos entreabren las valvas, como sus piernas la hembra borracha —y los golpeaba a todos con el filo de su puñal.

Los que habían bostezado de fastidio en el cesto, heridos, cerraban a morir sus conchas, sin tobillos, los pies desamparados.

-¡Oremus, o Rege!:

or allerent to be

Choro crudo con limón, Choritos en salsa verde, Sopa de choros, Choros con arroz, Choros asados en la concha.

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

—Este está lamadito, Rey —dijo Horacio, abriendo un hermoso choro dorado. Y en verdad, una lamita pintaba de un verde puro y encendido la amarilla carne.

-Es un pelecípodo, Rey, es decir, pie en forma de hacha. Su noble tubo digestivo -sine malitia - resbala

medio a medio de su corazón.

Penetrado el cuerpo del molusco, herida su entraña por el acero del corvo, soltó las valvas herméticas, des-

hecho en aguas como un sexo.

—¿Ves? ¡Su manojito de pendejos, y luego aquí el clítoris, la carne papilosa! —estrujó el jugo verde de un coquito de limón, y la carne se puso blancuzca. Lo despegó entero de la concha hasta el callito delicioso, y bebióse el jugo salobre y ligeramente amargo —voluptuoso—, entre sus bigotes empapados. Se sorbió el choro entero. Crujía la carne cruda. Crujía el ávido diente.

-Ah, Rey, Rey, un suave y dulce anhelo de morir

se siente! ¡Rey, Rey, he cogido la eternidad!

-Mira, Horacio -dijo la vieja Pistolas, reteniendo

en la sumida caverna de su boca, la bombilla de su mate—. Vos gozay tanto cuando comís choro cruo, que no te fijay, niño! ¡Mira, si tenís el marrueco mojao! —y se quedó tan seria la vieja. Y todos soltaron la carcajada. La Chenda, con chapitas de rubor entre sus trenzas.

III

El sargento Ovalle fundió su ánimo en el ánima de la comilona. Acabóse de reir en el corral y atraído por la saliva de su boca, imantada de zumos de limón, codiciosa de mariscos, se llegó a Horacio y le pidió humildemente que lo admitiese en la cruda merienda.

—¡Déjeme, Horacio, darle palpitaciones a la lengual —Horacio, sonriendo, lo bendijo. Concretándose todos ellos al goce crudo deleitoso. Horacio abría choro y choro, les estrujaba limón, mojados sus peludos y morenos dedos. Holgado de hartura, sentóse, las piernas abiertas y estiradas, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla. Un regusto a choro y vino blanco le venía del estómago. Rostro de aceitunado color; cejijunto de pobladas cejas; llena la cara de lunares negros como guano de ratas. Trabajaba Horacio obra fina de cantería desde muchísimos años. Sus camaradas lo estimaban y admiraban, porque era letrado y muy buen hombre el fraile Horacio. ¡Qué hermosos sus cristos macerados y aindiados, esculpidos en piedra viva! ¡O el grupo de arauca-

nos, tocando la trutruca desgarradora en su triste e inútil clamor de guerra! ¡O la escena rijosa de la cueca! A menudo cortaba adoquines y soleras. O usaba todas las herramientas: combos, pinchotes, barrenos, martillos, macetas, brocas, pulidores dentados y acanalados, etc. ¡Oué bien conocía la hebra de las piedras y su nervatura sutil!

En las noches de estío, se le juntaban hasta unos doce canteros a charlar sobre cosas de la vida. Una luna guatona, en pelotas, venía asomando detrás de los cerros. Platicaban sentados en torno de un gran calabazo acinturado, lleno de vino tinto y un azafate arrebozando de un causeo de patas, aliñado, con ají cacho de cabra, por la mano maestra del rev Humberto.

El Cara de Angel pulsaba la guitarra, ejecutando marchas de la guerra del Pacífico, que las había aprendido de su padre, el viejo Eleuterio. Estaban el fraile Horacio, el rey Humberto, el Boca de Bagre, el cabro Eloy, un estudiante que venía a ganarse unos pesos en las vacaciones, acarreando material en los camiones: el Cara de Angel, el Patas de Quillay, Arturo, el que mató a Eloy por la Chenda; el negro Hormazábal, el Chano, Juan Tres Dedos, el Pampino y Narciso.

Una hoguera de bosta de caballo espantaba a los zancudos con sus humos picantes y agrios. Los que zumbaban en las orejas los mataban a palmazos. Croaban las ranas de la laguna del Salto. Bruma de plata azulenca espolvoreaba la luna en el follaje de los árboles. Frutas, pudriéndose de maduras, desprendidas, reventaban con fofo golpe en las sombras. Gorgoriteo del agua en las acequias. Desde un álamo muy alto y dormido, se desgranó la risotada de un chuncho, la garganta madura, tenebrosa de augurios.

-Mira, Angelito; cántame el "Pajarillo Errante" -su-

plicó el rey Humberto, y quedóse silencioso.

Los acordes de la guitarra los cogió a todos en su abandono. Ellos eran huérfanos en su propia tierra, y andaban perdidos y nada tenían. Por lo demás, cuando se montaban en el macho de la tristeza, cualquier día agarraban sus monos y echaban a andar por los cerros. Leguas y leguas. De mineral en mineral. En campamentos de la más espantosa soledad, donde trabajaban sus días hombres herméticos, atenaceados de dolores, vividos, con la historia sorda de la tierra chilena a cuesta. De cantera en cantera. Ellos no iban a pudrirse en un solo lugar, se ahogaban en esa atmósfera, cargada de visiones.

—Chile es un largo caminar por los cerros; más largo que la esperanza del pobre —decía Juan Tres Dedos—, pero cuando uno está lleno de m... por dentro, no tiene más que agarrar sus monitos y... ¡hasta más ver, amigazo! En la pampa, en los cerros, en todas partes, cualquier día lo dejan a uno con la mierda vagueando.

Bien templada la guitarra, el Cara de Angel empezó

a cantar:

Soy pajarillo errante, que ando perdido, por entre la enramada, en pos de abrigo.

Su voz era aguda, metálica; como filo de corvo iba mondando la tristeza.

> Alzo mi vuelo, me traicionan mis alas. ¡Ay, volar no puedo!

El rey Humberto se empinó la calabaza, plantándose un taco del vinazo. Se limpió los labios con las manos. Y rompió a cantar con su potente voz rústica y espléndida:

> Si el cazador me busca por mi guarida, defenderme no puedo, suya es mi vida.

Bochorno de pelos y poros erizados escalofriaba los cuerpos de los hombres. Corría una brisa helada. El Pampino escondió la cabeza entre las manos. Y tuvo la misma angustia de su choque de adolescente cuando mató de miedo a un viejo perverso, malo, de la pampa salitrera, viejo vagabundo, sin corazón.

Se acallaron todos los murmullos de la noche. Un chincol alucinado preguntó por tu tío Agustín, perdido entre unos arbustos. En un tarro parafinero, hervía el agua de la Choca, el té de los trabajadores, de agradable sabor de hojalata.

Y luego, todos los canteros, como una sola alma, penetraron la noche, titilante de estrellas, con su canto:

> Alzo mi vuelo, me traicionan mis alas. ¡Ay, volar no puedo!

El fraile Horacio, Chano, el rey Humberto, el Pampino, habían trabajado en la Argentina, contratados para una gran obra de cantería.

—¡No habiendo como el cantero chileno! —exclamaba Chano—. Los únicos que nos hacían algo de collera, eran los canteros italianos. ¡Y cómo gozaban los cheyes, viendo trabajar al Pampino!

-¡Es un artista, ché, es un artista! -exclamaban.

Es que cuando uno agarra la roca y le da forma y la masca, es tan rebonito trabajar. La obra lo empuja a uno como si fuera su propia alma. Yo no hey trabajado nunca en fábricas, amigos, porque me gusta hacer la obra completa —explicaba el Pampino, saboreando sus recuerdos.

—Vos, Pampino, no comprendís aún la belleza de la obra colectiva, creada por las juerzas de muchos trabajadores. Todos dejan en ella una porción de sí mismos. Y la obra a todos les pertenece -habló el Patas

de Quillay.

—Me gusta el trabajo de pala del Boca de Bagre —continuó Chano—. La palada de ripio o de tierra describe la más linda curva. Con el impulso, las piedras, la arena, la tierra, el ripio, el material que trabaje, salido disperso de la pala, se reúne en un punto en el aire, en redonda cabellera, para caer en la misma crestita del montón. ¡Cállate, tú, Narciso! —increpó Chano a un mozalbete aprendiz—. Tu palá parece col'e yegua.

Hasta muy entrada la noche, se oía la voz del Cara de Angel, cantando tonadas chilenas. Todos estaban bo-

rrachos. Horacio exclamaba:

—¡Reputas, mi alma es una copa de raíces desbordada! —y bendecía las cosas y el sentido de las cosas. Y cavaba su lecho en la tierra caliente para dormir, su rostro humedecido por garúa de estrellas, echado boca arriba, sumida su alma en las charcas y los sapos, en las barrigas del vino y los gusanos, en el rojo paladar de las sandías y sus dientes de azabache, y lo maligno del ajo, y los piojos de la miseria como rubios, gordos granos de trigo, circulado de sabias minerales, confundido, abrazado a la tierra y su pasado de tinieblas, resonaba en su corazón el latido del universo como picotazo carpintero, agarrado a duro roble.

Por aquellas noches, echados en la tierra, Horacio narraba a sus hermanos canteros, la historia de los grandes pueblos antiguos: la vida de los espartanos y atenienses, las campañas de Alejandro y César, la revuelta del esclavo Espartaco contra los soberbios romanos, la vida de los grandes profetas hebreos, las campañas de Aníbal, los trabajos de los egipcios y caldeos. Y sobre todo se ocupaba de América. En la cultura de los mayas, los aztecas, los incas, y los trabajos de los conquistadores españoles. La historia colonial de Chile.

-¡No tenemos raíces, no tenemos raíces! -exclamaba, olvidándose de su rudo auditorio-. Los españoles sembraron en cenizas de exterminio los gérmenes de su cultura afroeuropea. ¡Somos instintos, poderosos instintos sabios, que rompen sus cadenas! Los imperialismos europeos nos impusieron su cultura, y son engañosas cadenas de plata con que las culturas extranjeras nos entregan a esclavitud y servidumbre, a dependencia espiritual con lazos de seda. ¡Somos una gran olla de bárbaros, bárbaros, indígenas, negros, rotos! ¡Prefiramos lo incierto de nuestra propia vida a lo cierto de vidas extrañas, porque esa certeza es, para nosotros, sumisión y esclavitud! Yo, tú, él, vosotros, ya arraigamos en nuestro propio barro cósmico. Nuestros instintos crean cauces profundos con su impulso en la tesitura de nuestra alma, en los cerebros lúcidos y despiertos de nuestro gran pueblo.

Y se hablaba a sí mismo largamente de Rusia. De América y Rusia frente a Europa. ¡Qué similitud! Los rusos volvían, penetrados de lo que fue la cultura eu-

ropea, a su espíritu eslavo. América debería hallar su propia alma. Su unidad humano-telúrica perdida.

—¡Crearemos la gran Osa americana! —exclamaba Horacio, iluminado, mordido su untuoso rostro por los resplandores de la fogata—. ¡Ursa, en latín! —su pelo zahareño aleteaba en el risco huraño de su frente, la cara macerada de santo.

Lo agitaban demasiados alientos creadores para soplar su propio barro. Pero, súbitamente, le ahogaba la más negra tristeza. Huía entonces a los prostíbulos misérrimos. Cogía a cualquier puta y se perdía, días y días con ella, en hoteluchos tenebrosos. Se hundía en todos los excesos. Volvía después, lleno de harapos, a pata pelada, sonriente, al campamento. Liberado, trabajaba de claro en claro y de turbio en turbio. Bautizaba a los hijos de las mujeres que lo habían menester. O colocaba la extremaunción a quienes estaban en trance de muerte. Para consuelo de vivos, que los muertos, bien muertos quedaban. Le brillaba la tonsura, la tonsura suya de quizás qué rito incomprensible, que cuidaba como a una joya.

IV

—Todas las tardes, a la oración —narraba Horacio—, regresaban a su hogar, <u>Celso</u> y su espectro de mujer. El había agostado la agreste belleza de Herminia, su pobre hembra borracha.

JUAN GODOY

La miseria y ese tejido de hábitos de la convivencia, enyugaron sus cuerpos y sus almas, haciendo de ellos un solo ser miserable y cansado.

—¡Mi catedral, vos sois mi catedral! —gimoteaba borracho Celso, acariciando a su mujer—. ¡Las otras son capillitas no más pa mí! —y en su catedral crujiente de huesos, calmaba sus dolores de macho triste y desamparado.

Comían sus cebollas en escabeche y su pan con ají en cualquier parte y donde quiera los hería la sed bebían el vinazo.

En un rincón que hacían las derruidas murallas de una casa de piedras abandonada, arrojaban al sueño su montón de huesos enfermos, entre latas mohosas, sacos viejos, olla grasienta, apestando a hollín.

Un hoyo abierto en la tierra, rodeado de ladrillos y piedras renegridas, humeaba, por las noches, unos humos de bosta de caballo y plastas de vaca, preservando sus cuerpos de los zancudos, como el mosquitero de la alcoba.

Celso voceaba por última vez sus servicios de gasfíter al penetrar al callejón del Salto, donde él y su esposa habían ubicado su domicilio. Herminia recogía bostas y plastas en los potreros o trapos viejos y vidrios rotos por los caminos y en los basurales. En llegando a su rincón, ella haría hervir agua, con astillas y ramas secas, en su saltada y abollada tetera para tomar té, el té turbio y desgraciado de los miserables. Luego penetrarían en

las sombras y en su mundo, donde había luz, la dorada luz de sus años mozos.

Arribada la pareja a su rincón, a esa hora, los carretoneros galopaban por el Salto, arreando sus bestias a los potreros. El tieso galopar de sus caballos los ponía alegres y cambiaban algunas groserías con el matrimonio, riendo a carcajadas de las respuestas de la mujer.

* *

Herminia había preferido quedarse en casa esa tarde. Junto al cequión que por ahí escurría sus aguas cenagosas, bajo un sol sediento, Herminia despiojaba su cabellera greñuda, gris, grasienta. El cequión le traía a veces algunos regalos flotando en sus aguas sucias: peras, duraznos, zapatos viejos, bacinicas. Se aburrió de exterminar su fauna de miseria.

—¿Si me lavara los pies? —pensó. Y arremangándose los vestidos hasta los muslos, muslos de carne sucia y traslúcida, no obstante hermosos, redondos y gozados, amodorrada, metió unos finos pies al agua mugrienta, de una deliciosa frescura. Jugaban sus pies con el agua de aliento fétido.

El sol envolvía un paisaje calcinado. De las ramas polvorientas de los árboles, se desprendían frutas podridas.

Herminia se llevó las manos a sus blandos y pequeños pechos, y se abandonó de espalda, cara al sol, los ojos

cerrados. El cequión lamía sus muslos entreabiertos, se rebasó de agua. Erguida presto, Herminia avistó, fluctuando en la corriente, una gallina castellana muerta, detenida entre el estiércol y unos alambres mohosos. Un vuelco le dio el corazón. Cogió a la gallina y comenzó a examinarla pausadamente como a una joya. La cabeza de la gallina colgaba lacia, lleno de cieno el pico abierto y quebrado. Fue en busca de su olla y empezó a fregarla con arena y ladrillo que arrastraba la acequia, hasta dejarla pulcra, azulita y brillante con sus saltaduras.

Desplumó a la gallina con agua hervida, chamuscóla en la llama de unos papeles sucios. La destripó y despresó, lavando la carne mustia y blanca en un balde

de agua limpia. Sentó la olla al fuego.

Estaba hirviendo la olla rumosa, cuando regresó ella de pedir en el vecindario algunas papitas, zanahorias, unos dientes de ajo, y puñadito de arroz y sal. Armó la comida. Al destapar el milagro de su olla, un agradable tufillo de cazuela de ave inundaba el rincón de su vivienda, la envolvía entera. Se dejó caer en el pasto a contemplar la cordillera lejana. El ajado rostro iluminado, Herminia deseaba, vivamente, el arribo del atardecer.

—"Las tinieblas nacen de la propia tierra, de las cavernas, de los huecos de las piedras, de las tumbas sonoras de los muertos, cuando el sol se desangra. Las sombras en bruma se revuelven y levantan de los pastales,

del agua, desde su lecho a los pies de las montañas, junto a los árboles, aposentadas en el corazón del hombre"—acaso pensaba en su silencio Herminia, la esposa, en el camino, esperando a su marido. Nunca fue más conmovedor el pregón de Celso al penetrar en el callejón del Salto. Se cogió del brazo de su hombre y los dos desharrapados, subhumanos, se llegaron a su rincón, donde un tufillo de cazuela de ave ponía la nota de abundancia de los campos chilenos, les evocaba los buenos tiempos en que mantenían una casa llena de un todo, antes que Celso perdiera su taller de gasfitería y rodaran en la miseria.

-¡Ya venís de mediodía pa bajo! ¿Traís algunos cobrecitos pa vino, pa pan? ¡La comida ta lista!

Celso abrió unos ojos asustados. No se atrevió a preguntar qué comida era ésa que estaba lista. La realidad, había tomado los traguitos de siempre. ¿Qué tenía de particular? ¿Acaso no era él un borracho, un desgraciado? Plata, sí traía, unas chauchas. A su mujer le pasaba algo. Pero él sintió también desperezarse en su alma un sentimiento adormecido, de otros tiempos. Se sintió alegre. Por lo demás, había aprendido, sin saber cómo, a vivir lo que brotara en él. Eso era todo.

Celso olía, olía, se hubiera comido su propia nariz. Salió corriendo en busca de vino. ¡Carajo, la vida había que gozarla! ¡De ésta no hay otra! Recordó que apenas contaba con ochenta centavos y que no tenía nada que

despilfarrar.

-¡¡Bah, empeño las herramientas, el cautín!!

Los carretoneros pasaron arreando sus bestias al talaje, Como siempre cambiaron algunas groserías con la pareja.

-¿De dónde habrán sacao la gallina?

-¡Pa mí que se la han robao! -comentaban los carretoneros, de regreso a sus covachas.

Marido y mujer comían en la misma olla, con la mano.

—La presa de ave y la mujer hay que cogerlas con la mano —exclamaba Celso, alborozados sus ojos azules. Recordó Celso que, con aquella frase, daba confianza a sus invitados, cuando él era dueño de casa. ¡Qué sabrosos los tutos, la rabadilla, las alas, la pechuga!

-Toma, pa ti, Celso, la presa de la reina.

Roían morosamente los huesos. Una cazuela, no es mentira, es verdad. Una cazuela de gallina, auténtica.

-¡Salud, Herminia! ¡De esta vida no hay otra!

—¡Salud, Celso! —chocaban sus tarros de duraznos, a media vela ya los esposos.

Herminia cogió del basural una mata de hoja, y rasgueándola como a una guitarra, la pareja rompió a cantar cuecas, tonadas, canciones.

Detrás de los cerros, asomó una luna grande como un sauce. Había un extraño silencio detenido en las piedras, la montaña, los árboles, las aguas, el vuelo musgoso y blanco de las lechuzas.

Un borracho se murió y dejó en su testamento que lo entierren en la viña para chupar el sarmiento.

Celso con su voz de bajo, desabrida, una bolsa de vino, respondía a su mujer:

¡Qué borracho tan diablo, tan bebedor, le sonaba la guata como un tambor!

Cantaron hasta muy entrada la noche. La noche muy alta, el callejón del Salto, río de luna, alargaba sus voces.

and the second control of the second

El fogón cerró sus párpados de ceniza.

. .

......

El sol había salido ya. Tiritaban las piedras, el agua, los árboles. Lentamente las sombras se habían echado al pasto, a las cuevas, a los pies de las montañas, dormían en el fondo del agua.

Los carretoneros regresaban con sus caballos a uncirlos al trabajo diario.

A esa hora, la pareja roncaba envuelta en sus sacos. Detuvieron sus cabalgaduras. Algo anormal había sucedido. Celso, hincado ante el cuerpo de su mujer permanecía inmóvil, los ojos fijos. Los cabellos de Herminia pegados de cieno, todos sus harapos estilando agua sucia. Avanzaron hacia el hombre. Celso miraba, concentrado todo su espíritu, a su mujer muerta, a quien había sacado ahogada del cequión. Examinó a los carretoneros con mirada de sonámbulo. Cubrió los fláccidos pechos de su mujer. Hurgó los harapos, tocó los cabellos, el corpiño. Cogió algo diminuto con fino cuidado, lo puso en la palma de su mano tiznada.

—¡¡¡Muerto!!! —dijo, y lo sopló. Miró a los carretoneros, la cara tirante, y rompió a reir a carcajadas, apretándose los ijares, presa de la más extraña agitación.

—¡¡Se ahogaron todos!! ¡¡Se ahogaron todos!! —y huyó al camino.

—¡¡Vengan a ver —gritaba, abocinando los labios la miseria, la miseria, ya se ahogaron todos, todos!! —corría desalentado a la ciudad.

—¡¡Se ahogaron, sí!! —dijo a un desconocido casi derribándolo—. ¡¡La verdad, la verdad!! —gemía. Extenuado, cayó contra las piedras de la vereda, rompiéndose la cara. Requerido por el bastón de un carabinero, rodeado de curiosos, abrió unos ojos extraviados, habló

sollozando, mordiéndose las manos, y fue lo único que dijo:

-¡¡Dios mío, l'Herminia se ha vengao!! ¡¡Se ahogaron todos los piojos!!

V

Horacio compró todo el cesto de choros. Rogó a la vieja que se los guisase conforme a su oración. Bebía copiosamente.

La Chenda requirió el harpa; sus dedos picoteaban las cuerdas, como gaviotas pescando en el hervidero de

plata de las olas.

—Canta "La Perdiz", niña. Yo, la burra adelante, y el rey Humberto te ayudaremos —aquella canción la había aprendido la vieja en su rincón de campo natal. ¡Qué de recuerdos sabrosos le traía! Ella se la había enseñado a la Chenda, reclamándola de la graciosa muchacha cada vez que empinaba el codo de la alegría.

—Siempre cuesta empezar, niña. Después se va una como por pendiente, y paga sus gustitos, Chenda. No

todo es gozar.

La Chenda arrancó los más preciosos sones al arpa. En seguida, empezó la tonada, olorosa a campo chileno. Voz velada, ardiente:

JUAN GODOY

Una perdiz hizo nido, a orillas de un pajonal, por hacerlo tan arriba perdió su marido.

Y respondió la voz cascada, de bruja, de la vieja Pistolas:

Por hey andará, por hey andará, viendo a sus amigas.

Terció la voz profunda y magnífica del rey Humberto:

> No me hable que vengo muy mojao, hey pegao un trompezón y me hay embarrao.

Enojada, celosa, lo reprendió la Chenda, contrapunteándose con el rey:

> Eso decís, mal agradecío, que con mi trabajo te tengo vestío.

Y el Rey, con el puño en alto, acercándose airado a la arpista:

Calla, Perdiz, atrevía, te doy un chopazo y te dejo aturdía.

Y los tres cantaron el estribillo:

Por hey andará, por hey andará, viendo a sus amigas.

—¡Piojos, piojos, montones de piojos, epidemias de piojos en sacos en el granero de los pobres, desde el horrendo trigal de la miseria! ¡Ladillas encarnadas, garrapatas, baratas, ratas hambrientas! ¡Roncan las comisarías y los porotos inmundos de las cárceles! Alejandro en el calabozo dentro de ronquidos y rasquidos. Ronca la noche dentro de la noche. El universo dentro del universo ronca como un gran pecho agitándose, ahogándose, rascándose. Grog gr gr gr fuhhhh grog

—¡Ah, uno muere solo, irremediablemente solo, en la más espantosa soledad! ¡Hasta aquí no más me llegó a mí! ¡Hasta aquí no más me llegó a mí! —llora el tonto solo, individualista. En cambio, ¡qué hermosa es la muerte brazo a brazo con el hermano, con nuestro hermano, en la acción heroica, guerreando por el sen-

tido de la tierra!

Horacio cayó en su más negra tristeza.

HACIA DENTRO LA SUMIDA CAVERNA DE SU BOCA

I

La vieja Pistolas la agarró llorona. En su agrietada sombra, el silencio masca las hojas secas. Hay socavados pies, olor de muro mojado, por donde ella se desliza en su caverna de arrugado aire húmedo, revenida de musgo y lágrimas del moho. Hacia atrás van el designio sencillo del aroma y el sonido, que anidaron enlazados en un rasgo de la gruta iluminada.

Dijo la madre:

Crece el membrillo, bota el pelillo.

Y la niña boba replicóle:

—Máma, mientras más voy creciendo, máma, más pelos me van saliendo. Y la vieja Pistolas sonrió, entonces, sumida en sí misma, hacia dentro los labios del agua, yendo y viniendo vertiginosamente, desde el origen de la vida, hacia cualquier anillo de sí misma.

El concepto del mundo, no. Digo yo la concepción de la vida, vivida como gusano describe su túnel con paso vital, entre raíces, y tierras, y mohos, y astros contenidos. De este modo en ella, la vieja Pistolas, el sol enuncia, endereza sus fuegos y se queda eternamente, por donde se va a un mundo maravilloso, hacia dentro la sumida caverna de su boca.

Aire azul palpa la forma contenida de las frutas, huele el ácido aroma de las ciruelas, aguza la espina sutil de las abejas de cuerpos de polen. Desde su pistilo germina en el hombre la esperanza de lo eterno, su ser consciente, el fruto mordido, llorando a gritos en el pantano de la eternidad.

Así, apretada entre infinitas transparencias, vello dorado de frutal mejilla contiene sus jugos. Los ojos del agua deslumbrados. La sangre escurre su lengua, comida de sal la boca de los peces —por un mar de lagartos. En el torso del mar, estrían los vientos, añiles verdugones y un naufragio de charcos y metales. Después será la espuma del sol en su lecho de centollas, y jaivas, y congrios rosados, de escamas y llamas ateridas. Soplo de menudos, blandos vientos, crece en flora de nieve, muriendo, torbellino de palomas, en otra mirada más pura, reflejada. Todo el murmullo del mar, la tierra y sus

sollozos, penetra en su oído de caracol azul, de cielo congelado.

Así es una torreja de su mundo, yo os lo digo, apenas se sigue por su caverna de tinieblas incendiadas, mundo suyo, ser suyo, maravilloso en vida, y en acabando la vida, limitado. Pero en los pechos del instante, lo eterno se contiene. En la inminencia de la hora no mordida.

Dejándose conducir, sin límite perseguido, en acto presencial absoluto, la tensión de lo vivido quiebra sus ojos de lágrimas.

II

Los muslos suyos aprisionan los muslos machos de Eulalio. Su cabeza de negra cabellera, posada como un pájaro de seda, en la maraña de su pecho, de robusta respiración oceánica. Sus cabellos negros, estrujados de sangre de él, la noche del crimen. El cuerpo de Eulalio, con su sangre abierta, en los charcos del suelo. Ella, la vieja Pistolas, acunó, tantas veces, en sus entrañas, ese pez vivo, jugando a morir.

Catador de vinos, no cató vino suyo. Cuerpos del vino, redondos, lisos, suaves, conocía su lengua. Vinos peludos de piel de durazno, acres de tanino, gruesos como moza indiana. Lengua suya guardaba la forma dura de sus pechos, los pezones rubíes, piquitos de palomas.

Canta el boyero:

JUAN GODOY

El alba viene aguaitando detrás de las serranías.

Dejaba el lecho gris de sueño. Eulalio reposaba del viaje cabalgado al fondo de la vida. Cipriana hostiga el fuego de los leños. El maestro chanchero despostaba los cerdos de la rifa. Hervían las prietas en los fondos, brumosos de olores. Despachaba ella a los inquilinos del alba: yerba, azúcar, cuadernitos de papeles para liar cigarrillos.

Eulalio, las espaldas desnudas, se lavaba en medio

del patio.

El despacho se llenó de risas de los primeros huasos que hacían su mañana de chupilcas.

* *

Un sol friolento brilló sobre las nieves de los riscos contra el cielo desleído. Blanco cordaje de la escarcha, los duros hilos de las arañas. Barros verdosos, vítreos, quebrados en los cascos de las bestias. Las parras desnudas, con sus enaguas de oro podrido sobre los charcos y la escarcha, lívidos de césped.

Un hombrón de manta de Castilla paró en seco el galope de su yegua, resbalando la bestia, retacada en las patas traseras, tascando los frenos y resoplando. La res-

piración moja el bigote y la barba del hombre con su vaho blanquecino.

-Buenos días, don Eulalio -saludó el jinete.

-Buenos días, don Encarnación.

Encarnación descendió de su cabalgadura y entró al despacho, entre las miradas asombradas de los huasos del pigüelo. Pidió una caña de fuerte.

-¿Tiene el dinero, don Eulalio?

El patrón de la hacienda y Eulalio pagaban una prima a Encarnación: el primero, por unos pololitos que el hombre le ganaba; el segundo, para que lo dejara tranquilo hacer sus negocios.

Los huasos que bebían junto al varón del despacho, cuchicheaban entre ellos, lejos de la mirada y el oído del hombre:

- —¡Es el bandido Encarnación Catalán, el amigo del rico!
- —Para Ud., sí —respondió Eulalio, colocando un fajo de billetes en la ancha mano de carnosa palma y venas abultadas, que el bandido le tendía. Encarnación sonrió un agraz de tazas y dientes cariados. De la manta de velludas tinieblas, hacia lo alto de su corpulencia, sobresalía, inclinada sobre su pecho, una cara cuadrada, de aindiado rasgo. Mechones lacios caían hacia las sienes, el sombrero haldudo, tumbado sobre la nuca.

—¡Gracias, con los amigos se cuenta! Ahora me voy a Santiago.

Salió en busca de su animal, azotándose las botas, tintineantes de espuelas, con el rebenque. Y montando en su yegua rosilla, se alejó por el camino del Salto.

La imagen visual de los cascos de su bestia remando

en las pupilas de los hombres.

—¿ Cómo estaba prescrita, en las entrañas de ese bandido, la muerte de Eulalio? La verdad, nuestra ignorancia cree que las cosas de la vida libremente suceden; pero el giro de un pájaro en el aire acendra lo inminente. Lo acabado es, tiene su estructura. Y lo inacabado, en el presente de Dios.

Encarnación iba a dar su paseo por la plaza de Armas. Luciría sus dedos ensortijados y su gruesa cadena de chorizos eslabones de oro sobre la barriga. Bebería whisky con los futres y señoritos, que lo usaban, en su política, para arrear los rebaños de carneros o quitar de en medio a un contrincante advenedizo e indeseable.

—Pasto nuevo p'al buey viejo —pensaba la vieja Pistolas. Le gustaban a Encarnación las hembras tiernas y vírgenes; las cogía simplemente; no se le escapaba mujer que le gustase; a varias asesinó, cuando se aburría de ellas, para que ningún otro las gozara. Encarnación engendró muchos hijos. Uno de ellos, Hermógenes, fue el que acuchilló a Eulalio en el salteo.

Los huasos expectantes entraron en el despacho, aplatados por el vaho de hombría y crueldad que dejara el bandido en el aire desplazado, pequeñitos, con la persistencia de ese hombre y la seriedad de los objetos, ¿có-

mo palparían lo tocado por él? Sin embargo, lo que de ellos participaba del bandido, dominó en sus almas, y las cosas siguieron su curso ordinario.

* *

Domingo de rifas y juego abierto. Jugaban en todas partes: en pajonales, galpones, solares, callejas, callejones. Se tallaba al monte, a la veintiuna real, la brisca o la pichanga. Los celadores vigilaban los juegos, arrastrando sus largos sables, que les golpeaban las pantorrillas. Usaban sombrero de petate, con falda cortita; los pies calzados con ojotas; chaqueta de huaso y abombillados pantalones. Los nombraba el subdelegado, el dueño de la hacienda.

Los chanchos de las rifas en el negocio de Eulalio. Carne cerosa, rosada, mortecina. Disparejos dientes mordían tarugos de zanahorias. Las cuencas carnosas con verdes pupilas de apio. Los obispos del chancho; carnes cocidas tiritonas en las fuentes; las patitas del chancho; con soga el picante arrollado de huaso; los costillares rojizos de ají, aderezados con todos los olores del ajo, los cominos, el orégano; las prietas de morenos cuerpos sumergidos en los sabrosos caldos; las cuelgas de chorizos y salchichas; los perniles; vaho grasiento y chirriar de costillares humosos, asándose en las brasas. Los hombres bebían chicha con naranjas. Chichas

IUAN GODOY

crudas, criatureras, con toda la fortaleza. Copiosamente. Y tiraban los naipes gastados. Se sintieron los primeros sones del arpa y rasgueos de guitarras. Pronto vendría la comilona, la remolienda, a puerta cerrada, de los gananciosos.

A lo largo del juego, parejas y parejas de hombres mancornados, a trompada limpia, en el barrial de los caminos.

* *

Sucedieron días hostiles. Las arañas de la lluvia, ventrudas de agua, ovillaban el caserío. Llovía a gorgoritos. Los días con sus noches. Un buey se ahogaba sin clemencia en el barrizal.

La peste viruela hacía estragos en la población. Los carretones cerveceros y de los molinos, con sus parejas de percherones belgas, de hermosas crines flotantes y poderoso tranco, recorrían los caminos, acarreando a los apestados. Los hospitales, lazaretos y galpones, atestados de gentes podridas. En el hospital San José, hombres de torso desnudo, cargaban, como a cuartos de animales sacrificados, los cadáveres de los apestados, de ese recinto al pudridero común del Cementerio General. El pus chorreaba por las espaldas desnudas de los enterradores. No había que tener miedo, nada de nervios. Una pequeña fiebre enloquecía a los hombres.

La peste pululaba en el aire que respiraban, suspendidas en finas gotitas y partículas pulverulentas. Yacía en las costras pustulosas, el pus, el exudado, en toda la eflorescencia. Viajaba prendida a los vestidos, en la piel y en los cabellos, en los alimentos. Huía a puntos lejanos, según la fuerza y dirección de los vientos. Se propagaba implacable a lo largo de todo el país.

Las ropas de cama, los colchones y los catres, se ven-

teaban por los caminos.

La muerte se aposentaba ya en los propios cuerpos de los hombres. De casa en casa, sonreía su descarnada sonrisa. Los pasos sonaban huecos, demasiado solitarios, en las casas vacías.

Decretaron la libre acción: el sálvese quién pueda.

* *

No Floridor, el inquilino más viejo de la hacienda, no tenía miedo a la peste, se reía de los peces de colores. La viruela no visitaría por segunda vez su viejo rostro cacarañado. Sencillamente, en tanto la muerte segaba en torno la vida de los hombres, dedicábase a la engorda de su cerdo, un hermoso animal. Todos los días, asomado a un ventanuco, que de su cuarto daba al chiquero, observaba, minuciosamente, el lento crecer de las carnes y la manteca. El cochino ya no se sostenía parado; revolcábase en los desperdicios. Hozaba, dicho-

so, cuando veía acercarse al viejo, por las mañanas, con su cargamento de zanahorias, repollos, cáscaras de papas, harinilla.

Por las noches, tendido en su camastro, ño Floridor escuchaba con deleite el chapotear de su fortuna en el

estiércol.

Los cerdos se hacían escasos. Una tarde estuvo a visitarlo Eulalio. Sopesó mentalmente la carne y la manteca del cochino.

—Mire, ño Floridor, le compro el chancho; trescientos pesos le doy.

-Le iré, on Eulalio, el chancho está engordando.

-Bueno, pues, si Ud. quiere, yo se lo compro. Los trescientos yo se los doy. Agárrelos. Aquí están.

No Floridor se rascó la nuca y no dijo nada.

—Hasta luego, pues —saludó Eulalio.

Floridor, sentado en un piso de totora, sumióse en

larga contemplación de su animal.

—¿Qué pensará hacer ese viejo porfiado con su chancho? —se preguntaban los parroquianos de Eulalio—, no se lo come ni lo vende y ... ¡tan rebonito que está el cochino!

Eulalio emprendió de nuevo el negocio.

-Oiga, no Floridor -dijo, sacando un rollo de billetes de su bolsillo-, le doy cuatrocientos pesos por su chancho. ¿Qué le parece?

-"¿Por qué no lo dejarán a uno tranquilo engordar su animal?" -se lamentaba para sí mismo ño Floridor.

-¿Sabe, on? —habló en voz alta—, quinientos pesos —y entró a su rancho, calmosamente, sin despedirse.

* *

La lluvia era flébil, fina, musgosa. Desde la tierra se alzaban las tinieblas. Y la noche cayó como un párpado de sombras sobre las nieves lejanas.

Dentro de su cuarto, ño Floridor dormitaba junto al brasero, donde hervía la tetera de su mate. La flor del pabilo, rosa de felicidad, agrandaba la llama de la vela. Bruscos cabeceos lo despertaban al viejo, y orientado, se ponía a escuchar los chapoteos de su cerdo en el barro chirle del chiquero. Su atención, mortiguada, surtidor sin fuerza, se sumía en las aguas turbias del sueño. Cabeceaba ño Floridor; iba llegando su horita de viejo.

Cuatro hombres de manta avanzaron silenciosamente hacia el corral del inquilino. Apagaron las brasas de sus cigarrillos. Vaciaron en el chiquero un tarro de afrecho remojado. El cerdo ávido empezó a comer el afrecho.

-Ho, ho, ho.

Harto de comida, se revolcaba en el cieno. Le daba vueltas su mundo. Aplastaba su cuerpo incendiado el barro podrido, como si el ciénago lo empujara hacia arriba, descendiendo después con su mundo, bruscamente derribado.

Por las rendijas del cuarto, unas cuchillas de luz cortaban las tinieblas. Se abrió el ventanuco, y apareció el rostro de ño Floridor, rugoso, apercancado, encendido por la llama de la vela. El chancho se quejaba durmiendo.

-Ho, ho, ho.

No Floridor cerró el ventanuco. Muy pronto llegó su horita de viejo. Las cuchillas de luz se desvanecieron en las sombras.

Se acercaron las mantas de peludas tinieblas; cogieron el chancho de los brazuelos y siguieron con él hacia el camino, donde una carretela los esperaba. Ruido de cascos desembocó en el callejón del Salto.

—¡La patrulla rural! —susurró Encarnación, enfundando en su manta al cerdo y metiéndole hasta las orejas su sombrero de anchas alas.

-Ho, ho, ho.

—¿Quién vive? —interpeló el jefe de la patrulla, sofrenado su caballo, cabriolando junto a la carretela.

—¡Nosotros y un apestado! —respondió Encarnación Catalán.

El chancho se quejaba de su borrachera de aguardiente. La patrulla, como alma que se lleva el diablo, picó espuelas por Valdivieso, con la peste viruela en la grupa de sus cabalgaduras.

Condujeron el apestado al despacho de Eulalio. Por

detrás de las casas, la Cipriana les abrió la puerta falsa. Al chancho habría que beneficiarlo en tanto se le pasara la mona. Aceptaron un causeo de patas que Eulalio les ofreció. Bebieron del mejor vino tinto de la bodega de Eulalio. Un silbido largo, lúgubre, los atrajo a la noche, a sus vidas tenebrosas.

Dejó de llover; gruesos goterones se escurrían por los brazos de los árboles, empapados de tinieblas. En los claros de silencio, se aproximaba la bestia del agua, con sus pezuñas de plata. Entonces, según recordaba la vieja Pistolas, sumida en su mundo, Encarnación Catalán rió como un chuncho a su marido.

* *

La mañana siguiente, como de costumbre, se vio concurrido el despacho de Eulalio por los huasos de las chupilcas.

No Floridor llegó a hacer su provisión de azúcar, yerba y sal, para la semana. Una vez que hubo sido despachado, carraspeó el viejo:

- -¿Sabe, on Eulalio, que le vendo el chancho?
- -Bien, pues, ño Floridor, los cuatrocientos le doy.
- -Pero, mire, on: quisiera llevarme algunas cositas a cuenta, on, pa afianzar el trato.
 - -Lleve no más, ño Floridor; llévese ese barrilito de

aguardiente que Ud. ve ey, y esos saquitos de afrecho; escoja también un obispito de chancho.

El viejo miró las carnes aliñadas, las prietas, los obispos vagueantes. Eligió el más hermoso. Cargó con el barrilillo al hombro y un obispo en el hueco de su mano huesuda. Sonreía de malicia en su interior.

—Después vendré por los saquitos de afrecho, on; pero ¿sabe que el chancho no amaneció na en el chiquero? ¡Y no podía pararse de lo gordo que estaba! Se habrá alzao. Voy a ir a buscarlo por los potreros.

—Vaya no más, ño Floridor, cuando lo encuentre yo se lo compro.

-Bueno, on. Hasta luego.

El viejo se internó por los potreros en busca de su cerdo. Solo, en medio del campo llovido, sentado en el barrilillo de aguardiente, saboreaba el obispo de su chancho y contemplaba los afelpados cerros del valle, la cordillera con sus panales de nieves, el aguazal de los pastales. Acabando de comer el obispo de su mismito cerdo, su mirada vagaba hacia dentro de su propio silencio, ese silencio obstinado del alma campesina.

* *

—¡A Encarnación Catalán se lo llevó el cólera! —exclamó la vieja Pistolas, irrumpiendo de sus memorias, a la salida de su caverna—. ¡Su hijo Hermógenes fue el asesino de mi marido la noche del salteo!

Los cabellos de doña Pistolas, el costado, sus manos, chorreaban sangre de Eulalio, sangre caliente que desbordaba hacia su cuerpo.

—A Hermógenes le llamaban el Gato; era famoso bandido; se fugaba de todas las cárceles. Perseguido, acorralado como un zorro por los perros, no dormía ni de día ni de noche. Muerto de cansancio, se durmió en una quebrada del Manquehue. Un niño, que cortaba leña en el monte, temblando al reconocerlo, lleno de miedo, lo mató de un hachazo.

Lloraba la vieja Pistolas, recordando la noche del salteo en que acuchillaron a su hombre, a Eulalio. Sus lágrimas corrían al resumidero de su boca.

La Chenda tocaba una cueca en el arpa y empezó a cantar a dos voces con el rey Humberto:

En la mar planté una parra y el sarmiento llega al cielo, donde vanse a consolar, los que no tienen consuelo.

—¡Ya, pue, iñora, bailemos esta cuequita! —la requirió el Rey a la vieja.

Doña Pistolas se deslizó a bailar. Entre sus lagrimones, alumbró sus sollozos el sol de la alegría.

No plantís parra, niña, por los caminos, porque los pasajeros toman racimos.

JUAN GODOY

Y el Rey:

Dame un racimo de uvas de tus higueras que yo, en plantando viña, te daré brevas.

El fraile Horacio dormía derribado sobre la mesa de mármol, entre las conchas de choros, cáscaras de limones y vasos de vino blanco. El sargento Ovalle se había marchado ya.

La Chenda y el rey Humberto llevaron a la cama a la vieja Pistolas y sus sarmientos consolados.

Los bigotes del Rey cosquillaron los labios de la moza...

EL ROTO EN EL CENIZO Y EL ALFEREZ ANABALON

I

Rodeado de pipas y tinajas, sobre una mesa rojiza, barnizada de vinos desangrados, se inclinaban rostros de borrachos, patinados de trago y sudores ácidos. El suelo mojado de charcos de vino. Hollinadas las vigas, labradas rústicamente. Las paredes chorreando goterones de grasa. En las esquinas del techo, grandes telarañas, polvorosas, como gangochos. De viga en viga, colgaban, de unos alambres, jamones ahumados. Una gran litografía, pegada en un claro de muralla, representaba a un rollizo fraile franciscano, la tonsurada cabeza enterrada en la redonda bolsa de carne de su cuerpo, comiendo, a dos carrillos, un muslo de pavo, en tanto, con el índice de su diestra, apuntaba a un hombrecillo magro, afirmado en su pala y su horque-

JUAN GODOY

ta, increpándolo con la siguiente maldición: GANA-RAS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE.

—La música es lo mejor para la expresión entera del espíritu de uno. Llena de visiones y números a la vez. Imposible separar nada del espíritu de uno en la música, porque en ella se entrega a crecer nuestra alma como el vino en su tinaja; es el espíritu alado —discurseaba el sargento Ovalle—. Es preciso hablar así para hablar con justeza de la música y su espíritu. No en lenguaje vulgar de entendimiento. Por eso, vino en odre, es la mejor expresión de un pueblo en sus instrumentos característicos.

Los otros individuos que, puestones ya, holgaban con el sargento, bebían vino tinto en vasos de vidrio verde, y conversaban entre ellos sin escuchar a don Pedro. Uno de los borrachines declaró solemnemente haber leído la Biblia, de lo cual los demás rieron a carcajadas.

El sargento Ovalle hizo repetir la corrida de botellas para llamar sobre sí la atención de los comensales. Cuando el sargento iba deslizándose por la pendiente del trago, acostumbraba relatar, a quien quisiera o no oírle, la peripecia del Roto en el Cenizo, relato que nadie lograba arrancarle en normal estado de lucidez. El Roto en el Cenizo y la tonada del Buey, que recordaba en el preludio de sus rascas, formaban parte del contenido de su mórbida conciencia de borracho.

* *

—Todos estábamos sumidos en el desconsuelo —dijo don Pedro, empezando su Roto en el Cenizo—. No de pérdida de dinero, sino de amor. Allí había algo de la tierra, que yacía herido y baldado, ofendido. Algunos galleros habían llevado pollonas para hacer crías extranjeras, derrotados.

Después de almuerzo, bebíamos haciéndole asco al vino. La mañana nos había sido contraria.

Nos quedaban sólo algunos pollones y tres o cuatro gallos probados. Dinero teníamos poco.

En los cajones y maletas galleras, gorjeaban y cantaban nuestros paladines. Pelearíamos hasta el fin.

—¡Toc, toc, toc! —golpearon a la puerta. Salió a abrir Rojita, el Guatero, el dueño de casa. Era el rotazo Arturo.

A este roto lo conocía yo desde antes. Grandote, moreno, oliváceo. De ojos risueños, riendo en el umbral, como una rebanada de sandía la bocaza. Pampino de albergue, hacía discursos en las calles. Discursos políticos. Y avivaba al partido socialista, dominando, hiludo como penca, a los curiosos, con su porte soberbio de muchachote grande.

—Al menor soplo de viento, ahora mismo los parches lo empelotan como si fueran el follaje de su grueso tronco —dijo Trincado. Después de sus espiches se sacaba el sombrero Arturo, la sonrisa imantada de simpatía viril, y recogía en él las chauchas para su medio pato de tinto.

-¿Qué se le ofrece, amigo? —le preguntó Rojita.

Rojita miró para el comedor donde estábamos nosotros, inquiriendo. Nada dijimos en nuestro asombro.

—Mire, patrón, le traigo un gallito pa que lo topen esta tarde. Es güeno. Es lesura que los gringos se lleven toda la plata. Yo les aseguro la ganancia con esta cabeza que Don Jechua me ha dao.

El roto se hincó para asegurar las riendas de sus ojotas. Avanzó hasta donde nosotros estábamos y cogiendo de la mesa una botella de vino tinto, comenzó a vaciarla en su bocaza, de grandes andanas de dientes. Le resonaba el vino como cayendo en un cántaro, porque él era todo hecho de la arcilla roja de esta tierra.

-¿Dónde está el gallo? -le pregunté.

—Aquí mismo lo tengo —respondió, resollando y limpiándose los labios con sus enormes manazas.

Nada tenía. Los galleros nos revolvíamos amoscados

en nuestras sillas.

-Yo mismo soy el gallo -exclamó-. ¿Y qué hay? Lléveme pal dormitorio y me amarran de una pata, con esta piola, a la pat'el catre.

Rojita quiso seguirle el humor. Era bonito sentir la presencia de ese hombre, tan macho, tan de esta tierra nuestra, cordial. El rezumaba el alma de este pueblo de larga y triste figura. Lo llevamos al dormitorio y lo ama-

rramos de un tobillo a la pata del catre. Nos miró sonriendo, sentado en el suelo. Luego se echó a dormir, roncando.

En el comedor discutíamos los preparativos de la gran riña de gallos de esa tarde. Un automóvil nos esperaba a la puerta. Todos los gallos ya estaban instalados en el coche. Nos despreocupamos del roto. Pero al bebernos el estribo, tajeó la casa, como una espada de sangre, el canto estentóreo de un gallo alzado, erguido. Corrimos al dormitorio. Allí no estaba Arturo; en vez del roto, picoteaba las tablas del piso, escarbando, amarrado a la pata del catre, vibrante de músculos, un soberbio gallo cenizo de pelea.

Caímos todos como mosquitos en la telaraña de nuestros pensamientos. Buscamos al hombre por toda la casa, poseídos de la presencia del gallo cenizo, membrudo, encendido, enjuto. El roto no había podido salir de la casa. Y no se hallaba en ningún lado. Por otra parte, el gallo ocultaba el fuego de su mirada, y en su andar, había la apostura del roto, el ademán de dominio inteligente de las cosas.

Brujería, magia, pacto con el diablo. Yo no quise que el cura Amaranto echara al malo, escondido en el cenizo. Para mí no era el malo. Era el Roto en el Cenizo.

Rojita lo agarró entre sus manos; le peinó las plumas cenizas, y soplando unas bocaradas de aguardiente de uva, empezó a bañarle los muslos, la pechuga, las patas. Lo trabajó unos segundos. El gallo estaba como navaja. No más teníamos que llevarlo a las riñas; todos le tomamos confianza al gallo cenizo.

Cuando nosotros llegamos al reñidero, habían ganado por muerte a cuatro gallos.

Hicimos nuestro plan. Cada cual pelearía su gallo para su santo. Al cenizo le formaríamos caja común. Así fue.

Nos cosieron a puñaladas a todos los gallos. Fuimos en busca del cenizo, que llevábamos de tapada, y lo largamos en la arena. De medio filo cayó y escobillando. Le apostamos hasta la camisa. ¡Carajo, el gallo en hacernos sufrir! Desde los primeros palos, empezó a comérselo el gallo de los gringos. Parecía que no se calentaba. ¿Es que estaba esperando, como todos los chilenos, que le pegaran la primera bofetada? La afición se volvió pal lao de los gringos. De pronto, una puñalada del gallo yanqui lo entumeció y empezó a echarse despacito. Estábamos ganados. El otro gallo se lo quedó mirando y el cenizo entonces aguaitaba para las galerías como buscando a alguien. Dio con Trincado. El cenizo y Trincado, se clavaron la vista. Todos nosotros vimos cuando Trincado hizo como que se rebanaba el cogote con el dedo, amenazando al gallo, y cuando el gallo cenizo se enderezó, vivo, como hoja de resorte. Empezó a crecer el gallo: le crecía el pico agudo, las estacas y las patas, el cuello saltón como un nervio. En el pico le crecían dientes y muelas. Agarró al gallo grin-

go con una picada en el buche y, sin largar, le sacó el odre a puñaladas.

Cuando lo levantó Rojita, parecía que no había peleado el gallo cenizo. Estaba intacto. Ni tan siquiera tenía una sola pluma quebrada. La sangre se le enjugó sola. Los gringos lo miraban con recelo. El gallo cenizo ganó todas las demás peleas de esa tarde.

Claro. Puestones salimos del reñidero.

-¿Qué vamos a hacer con el cenizo? -preguntó el Guatero.

Echelo en cría, iñor —aconsejó Monardes riendo.
 No, don —dije yo—, mire que el Roto está en el Cenizo.

-Más mejor es -dijo Trincado- que lo dejemos donde lo encontramos, amarraíto a la pat'el catre.

Llegamos a la casa de Rojita; la dueñecasa nos tenía harto vino y un pedazo de punta de ganso, que empezó a chirriar altiro sobre las brasas.

Amarramos al gallo a la pata del catre Y ¡Aquí estoy viviendo ahora! ¡Pasar a verme!, la agarramos con arpa y guitarra. Nos estábamos mojando en el aro, cuando una clarinada del gallo cenizo, nos dio a entender que el Roto había vuelto a su ser. Ahí estaba, en la pieza, riendo siempre, amarrado con la piola a la pata del catre. Le llevamos un tacho de vino tinto, que se tomó de un trago.

-¿Qué tal el gallito, amigos? -dijo Arturo, resollando y secándose la boca con las manos.

II

El vejete que atendía a la mesa del sargento, observaba, por un agujero, disimulado en la muralla, hacia el boliche paredaño, que era la pantalla del bodegón clandestino. En ese momento, entraban al boliche, Augusto y el Primario, maestro de escuela, amigo del gallero, portando una botella, disimulada en un bolso. La entregaron a la señora Mercedes, regenta y dueña del bolíche y bodegón, que atendía a los clientes del despa-

cho. Por quinta vez llenaban la botella.

En política, pertenezco al partido del pueblo —dijo el Primario— porque yo soy pueblo y mi fuerza necesita de su cauce. No obstante, no soy internacionalista, porque no gusto de las abstracciones y pienso en la humanidad a través del destino de mi pueblo. Hay un fondo inefable e insobornable, singularísimo, en cada país, porque en las naciones como en los hombres, son un hecho inconcuso las diferencias individuales. Aquí reside el tesoro de la humanidad del porvenir. La unidad del mundo a través de un solo país, resabio imperialista, es el nervio oculto de cualquier política de un gran pueblo; sin embargo, todo pueblo es sagrado para la humanidad.

—Te contradices, Primario: piensas en la humanidad conforme al destino de tu pueblo y luego dices que la unidad del mundo a través de un solo país es un refina-

do resabio imperialista, denunciando alguna garra oculta y acaso quejándote de haber nacido en un pequeñísimo país. Colijo de tus palabras que justificas a las grandas potencias en su deber de civilizar a los pueblos bárbaros, débiles o pequeños, inconscientes de sus reivindicaciones, conquistándolos por medio de las armas, para hacerles ellas mismas la revolución social, según su criterio revolucionario, en bien del progreso de la humanidad —le respondía, haciéndose el ridículo irónicamente, Augusto, riendo a carcajadas, cuando hizo su aparición, en el umbral del despacho, el alférez Anabalón.

—Buenas tardes, señores —saludó el alférez. Y dirigiéndose especialmente a la despachera—: ¡Señora, hágame Ud. el favor, véndame una velita para mi santita! ¡Y también un paquete de cigarrillos "Pipo"! ¡Eso es! —contemplaba a los circunstantes con sus ojos verdosos y risueños, de pera pecosa. Alto, corpulento, recién afeitada la mejilla sollamada. Las botas relucientes.

—Sí, pues; yo tengo una santita. En mi velador la tengo. Todas las noches le prendo una velita. Ji, ji, ji.

El desconcierto del Primario y el gallero, lo excitaba a hablar:

—La tengo desde hace veinte años, cuando yo trabajaba en la frontera como carabinero raso. Desde entonces, le prendo todas las noches una velita a mi virgen. Ella me libró de que me mataran unos cuatreros. La llevaba en el bolsillo del pecho, al lado del corazón. La bala me quemó la ropa no más. Desde aquel día la llevo siempre conmigo. Ella, con sus ojitos, me mirará, desde mi velador, hasta la hora de mi muerte —volvió a reir, los ojos le brillaron. Toda su persona atrapaba la curiosidad de los presentes.

—Pero perdonen Uds., permítanme presentarme. El alférez Anabalón, a sus órdenes —saludó juntando los

tacones con tintineo de espuelas.

-; Señores, concédanme Uds. el honor de obsequiarles con una copa de vino! ¡Señora, sirva Ud. un doble

de vino para brindar con estos caballeros!

—¡Señor oficial, este negocio no es un depósito de licores! —le recordó con firmeza la señora Mercedes, hembra robusta, que había enterrado a tres maridos. El alférez arqueó las cejas; después sonrió con sonrisa bondadosa y maliciosa.

—Sirva no más —suplicó—, yo lo sé todo. Ayer nada más, mandé a mi hijito hombre a comprar una botella de vino y Ud. misma lo atendió. Cuente con mis bue-

nos oficios en la comisaría...

La señora Mercedes, pisando en falso, mantuvo un continente grave para su sonrisa.

—Pueden pasar los caballeros a mi comedor. Dé Ud., señor oficial, el dinero; yo mandaré a un muchacho en busca del vino al depósito de la esquina.

-¡Gracias, digna señora, no olvidaré su sacrificio!

Señores, tengan la bondad de acompañarme!

Augusto y el Primario se hallaron de pronto sentados,

charlando en el comedor de la señora Mercedes. Tras un breve rodeo, la mismísima patrona vendió de su vino al alférez, penetrando fatigado al comedor, el muchacho comediante, con una botella de mesa, espumosa de vino tinto.

—¡Sufro mucho —exclamó el alférez, sirviendo las copas— ¡bebamos! ¡Salud! —las lágrimas quemaban sus mejillas—. Soy solo con mis hijitos. Dos mujercitas y un varón, el mayorcito. No tengo mujer. Mis hijitas quiero que se eduquen como lo manda el Señor. Conseguí con mi capellán internarlas en un colegio de religiosas. Yo voy a verlas todas las semanas. Les llevo paquetones de frutas. Las subo a mis rodillas, y ellas me dicen:

-Coma fruta, papito.

—No, mis hijitas —le contesto yo—, son para Uds. Pero ellas insisten y los tres gozamos la tarde, saboreando en las frutas el trabajo del papá. Al varoncito, el mayor, lo tengo trabajando en un taller mecánico. Ya se viste con su propio dinero. Quiero que sea un hombre honrado, como su padre. Nunca me pregunta por su mamá, porque sabe que me hace sufrir. Llevo diez años de ausencia de ella. Le he llorado; le he implorado de rodillas que regrese a su hogar; pero no accede. ¡Señores! ... ¿Me creerán Uds.? Ha preferido acostarse conmigo en un hotel antes de regresar a su casa, que está colmada de un todo. Ella era mujer de su hogar. Yo quise que conociera la vida urbana y la mandé a la ciudad de Concepción, donde unos parientes suyos, para que

me descubriera aquella civilidad. Allí conoció a unos señores oficiales y aprendió a avergonzarse de su marido.

—¿Por qué no das un examen y te haces oficial —me dijo cuando la visité en la ciudad—. Me presenté a examen; pero les confieso, señores: me reprobaron, no fui capaz. Mi inteligencia es mediocre; soy de cortos alcances; pero, caballeros, tengo orgullo de ser hombre educado. Soy ignorante; pero educado.

El Primario se dio a reflexionar sobre esta última frase del alférez.

- —Yo, educador —pensaba—, yo mismo no soy educado; acaso, sí, demasiado instruido. Este es el defecto de la enseñanza: instruye, pero no educa. El gusano de la inteligencia, nutrido a expensas de las otras fuerzas espirituales, hila la maldad entre los hombres. Yo, por ser solamente instruido, soy desgraciado. No tengo esa armonía interior del hombre educado. Es que mi espíritu es un potro demasiado chúcaro para mi voluntad. Y es la voluntad la que transforma el pensamiento justo en acto de justicia. "Ignorante, pero educado" —y echó a reir con amargura.
- —¡Ah, el resentimiento! —exclamó Augusto, el gallero, con su hermosa voz de barítono—. ¡Cómo crea de la debilidad las más grandes virtudes! ¡Permítame ser un discípulo de su filósofo favorito, Primario! ¡Alférez, es Ud. un hombre muy higiénico, lo felicito!

El alférez se bebía sus lágrimas.

-A través de mis veinticuatro años de servicio en el

Cuerpo de Carabineros —declaró sollozando— he aprendido a cumplir con mi deber. Yo gozo cumpliendo con mi deber.

—¡Dios mío, qué imbécil! —borbotó el gallero—.¡Que haya idiotas que cumplen con su deber como si ejercieran un derecho! —pero un barullo venía del bodegón del lado. Botellas y vasos quebrados. Pronto una puerta saltó hecha astillas, y rodaba por el suelo, casi en el mismo comedor, todo pateado, ensangrentado y revolcado, el sargento Ovalle, blandiendo un enorme jamón en la mano derecha. Los otros borrachos, con quienes había bebido, se abalanzaron sobre él, dispuestos a triturarlo; el sargento dio con ellos en tierra a jamonazos. Hubo que quitárselos.

—¡Alférez —gritó estentóreamente Augusto— limpie Ud. esas lágrimas y cumpla con su deber! ¡El hombre

del jamón es nuestro, llévese a los agresores!

—¡Alto, carajos! —atajó el alférez, entrando en funciones—. ¡Caballeros, Uds. son responsables ante mí del hombre que les dejo! —y, con aire marcial, ocultando difícilmente su contrariedad, arreó con los desalmados hacia la comisaría.

—¡Don Pedro, entregue Ud. ese jamón a la señora Mercedes!

—¿ Mi jamón? ¡No, señores! Es mi trofeo y arma de combate. Lo he ganado en lucha desigual —besó el jamón, abrazándolo—. Tú me has salvado la vida. ¿Qué sería de este pobre sargento borracho sin ti?

JUAN GODOY

La señora Mercedes era mujer al agua. Después de todo, su negocio seguiría siendo clandestino. Tal era su deseo y tal su pensamiento. Nerviosa, las carnes tiritonas, rogó al gallero que se llevara al sargento.

-Don Pedro no me debe nada. Lo pagará después.

Llévenselo. Aquí no quiero escándalo.

Ovalle lloraba abrazado a su jamón. ¡Le estaba reconocido! Pero el jamón olía bien y le enterró los dientes. Mascándolo y saboreándolo, comprobó la ingratitud de los hombres. Se llenó de angustia y rompió a llorar a gritos.

-A ese alférez Anabalón le conozco, por lo menos,

nueve mujeres criando -dijo el Primario.

—¡Cada cual mete lo que tiene y empuja lo que puede! —respondió al Primario, displicentemente, el gallero.

Se internaron en el boquerón de sombras de la ca-

lleja. Sus voces se hicieron lejanas.

El gorgoriteo de una acequia reinaba solitario en el camino.

SEGUNDA PARTE

INSENSATO

gelar en la pared, en entande la enbeta del cini cono. Par

-¿A qué vienes, curita Amaranto? —inquirió el sargento—. Siempre están presentes los jotes donde hay olor a difuntos, a carnes descompuestas.

Hacía ocho semanas, tediosas y largas, el sargento Ovalle estaba enfermo y aguardaban su muerte de un

momento a otro.

—No te preocupes, Pedro —le respondió el cura—. No he venido por oficios religiosos. No seré yo quien libre a los hombres de sus creencias más profundas, con las cuales hay para vivir y morir, Pedro. Mas podemos hablar de otras cosas.

Y hablaron, por encima de sus religiones, de lo que

les unía, de lo que amaban: hablaron de gallos.

Echado en su camastro, apoyaba el sargento su cabeza redonda, de cabellos castaños y lacios, en un plumón albísimo. Uno de sus carrillos fláccidos, regordido por un aire, le torcía la cara repugnante, de ojos comidos de tracoma, verdosos y miopes. Su cara sudosa hedía un olor ácido de transpiración. Hundió sus brazos fofos bajo las ropas, y arrebujándose hasta el cuello, así como los filósofos hablan de sus sistemas, y el artista de las intuiciones recónditas del verso, Pedro Ovalle, el sargento, habló de gallos aquel día de su muerte.

El hermano Schwartz, que le mostraba a Dios, tenía sus ojillos puestos sobre un retrato de Wagner, que colgaba en la pared, encima de la cabeza del enfermo. Paseó su mirada por el cuarto deshecho y la posó sobre un cuadro rotulado: "La vid y sus pámpanos", donde había un Noé borracho, de mirar bovino, recostado en las raíces de una parra apretada de racimos morados. Cerró las escrituras con estrépito y salió del cuarto a la terracita que abanicaba una araucaria, con un ¡puah! de repugnancia ante la presencia del fraile.

—¡Qué bien se predicaría desde aquella altura a los hombres que remendaban los techos de sus casas y afianzaban las planchas de zinc con adoquines, ladrillos y piedras —tornillos inverosímiles— y clavaban, a mar-

tillazos apresurados, la seguridad hogareña!

—Va a llover —pensó el hermano en voz alta—. Siempre que va a llover se encaraman estos hombres a sus tejados —y aquellos hombres, trepados en sus techos, fueron un seguro y grave barómetro de Schwartz.

-Arriaron con gallos y galleros a la comisaría. Echaron en un calabozo a todos los galleros; en otro, a todos los gallos. Se despicaron los gallos; se rompieron las alas; sangraban de los pitones, los cachos quebrados.

Apartando de sí aquellas historias de gallos, que venían del cuarto del enfermo, ensangrentados las acequias y el sendero, llovidos de hojas muertas, duras, precipitadas en forma de embudo, por ágiles vientos, el hermano Schwartz tendió su vista a la distancia.

Por el medio de la calle, con los brazos abiertos y los dedos en castañuelas, todo su cuerpo en alada disposición de baile, seguido de chiquillos y de perros, viene mascando tabaco negro, trae dulzura de niño en sus ojos grises, miss Petronila, el yanqui pobre. Miss Petronila

lo ha bautizado la amable ironía del pueblo.

—¡Buenos días, miss Petronila! —lo saludan los muchachos, las viejas, los hombres. Lo saludan Leoncio, el carnicero, de cabeza chica, alto y gordote; la Verónica, su mujer, delgaducha, pequeña y brava y ¡cómo podía con aquel hombrón moreno en sus espaldas! Glasfira, la solterona hombruna, recién casada con Demetrio, el modisto, fino, pulido, y pulcro.

—¡Con miss Petronila, sáquemelo pa toser, pueh, hermano clérigo! —comenta Leoncio, sacando troncha de

pernil que come con toda la cara.

Demetrio, el modisto, atosigado de confecciones, asienta con los ojos al abastero. Odia las carnes que tiritan de cocidas en las fuentes, las cabezas de chancho y el maldito tumor de su mujer, carnosidad peluda que Glasfira guardaba en un frasco con alcohol.

—¡Morning! —contesta miss Petronila con su vòz cascada. Está complacido que le llamen así y ríe. ¿A quién ríe la ingenuidad de sus ojos del color gris de los aceros? Construye artísticos escaños con los troncos y ramas de las podas. Trabaja en el circo cuando, de tarde en tarde, un circo brota su callampa en el solar de la punta de diamante. Y en el circo iba a trabajar aquella noche.

Llegó un día cualquiera con los carros locos y se quedó en el pequeño rincón.

—Pas' en l'agua no más el gringo ése —dice una vieja, mirándolo pasar.

-Es que los gringos yanquis son hediondos, vecina.

-Ehy ta que se bañan toítos los días.

Conocían las viejas los olores locales. ¡Y qué interesante es el olor para la conjunción de los hombres!

Ahora miss Petronila va a construir escaños donde el sargento Ovalle. Siempre regala chauchas a los chiquillos y les hace correr las cien yardas (no se embrolla en sus absurdas medidas), las doscientas veinte yardas y les toma el tiempo con su reloj "American Waltham", de ferrocarril estampado en el dorso.

—¡Morning, morning! —escupe su tabaco y agarra las herramientas. Entona con la explosión de sus tees y sus eles guturales, cerrando la claridad del idioma, la canción del ukelele:

Yo te oí tocar el ukelele y en tus blancas manos de marfil, etc.

- -Buenos días, miss Pet...
 - -Diah, Wanda.
- -Mire, miss Petronila, ¿qué gusto halla Ud. en mascar tabaco?

—¡Mucho, mucho, Wanda! ¡Es una gran gusto! Es un olor ... la idioma rara ... ¡un gusto a mi-e-r-d-a!

Sus ojos brillan con el goce del hallazgo. Ha encontrado la palabrota exacta. Está satisfecho. Y la muchacha sonríe como una montaña a la deliciosa y pueril ingenuidad del yanqui. Miss Petronila ríe también. Trabaja sonriendo sin saber por qué.

-¡Solon...! —canta su saludo.

Schwartz se comía la risa bajando la escalera.

-¿Y el Sargento? ¿qué va a ser del Sargento? Piensa, Pedro, que yo puedo guardarlo, redoblando tus cuidados —exclamó el cura don Amaranto, yendo a lo que iba.

darme con tus gallos, monje! —se decía Ovalle en su interior.

Le dio un acceso de tos, y llenó unos trapos de cuajarones de sangre. Exigió que le trajeran buen vino Santa Carolina y le frieran unos chorizos de Chillán.

-Cuida de mis muchachos, y quédate con los gallos!

JUAN GODOY

—dijo al cura, suspirando, tristemente sumido en sus reflexiones.

—¡Dios te acompañe! —habló el fraile, y sonrióse torcidamente en lejanía vidriosa o imagen temblona en el agua.

H

¡Llegó la abuelita! ¿Qué es eso la abuelita? La ma-

dre de tu madre. Aquello podía ser la tierra.

La familia Ovalle bogaba como una célula solitaria y extraviada en las aguas turbias del cuerpo social. Ignoraba a sus parientes. El sargento había quedado solo desde niño y desde niño había servido en el ejército, en la artillería de costa. Para el noventa y uno, a los once años, ya era corneta de orden.

Eulogio no sabía nada de tíos y consideraba demasiado para su fuerza y su inhábito llamarle tío a una persona. Su madre había muerto y la abuelita era la madre de su madre. Aquella vieja estaba surcada de arrugas. Los aradores años agotaron su rostro sin expresión. Apenas los ojos entelados guardaban un rescoldo caliente que entibiaba su alma de niño.

—¡Abuelita! —le dijo. Y aquella palabra sonó tan rara en sus oídos.

Poco a poco la vieja fue haciéndose amar de Eulogio.

Le contaba cosas de su campo, con dichos de los huasos. Como todas las viejas, sabía contar historias.

Le gustaba a Eulogio aquel fraile que iba para las misiones al rincón de los Morales, cuando decía sus versos, paseando como una bola con las manos al traste, sobre el entarimado de las misiones:

El cura no sabe arar, menos enyugar un buey; pero por su justa ley, él cosecha sin sembrar.

-¡Sí; claro! ¡El pobrecito ¡El cosecha sin sembrar!
-suspiraba enternecida la curiosa viejecita.

Y aquellos cuentos de Facico que Eulogio oyó muy atento, pero con expresión distraída, dándoles de beber a los gallos.

Hirviendo, cacareaba la tetera, una gallina su fecundidad. Y el mate pelaba la boca, bañado en rico olor de azúcar quemada y de naranja.

—"Era un matrimonio de negros —empezaba su cuento la abuelita, cogiendo el poronguito vagueante de manos de Wanda que le cebaba el mate—. El se llamaba Facico y Facica, la mujer. Pero a Facico le decían nada más que Faciquillo".

-Tan caliente que le gusta a usted el mate, abuela!

-Es que estoy muy vieja ya, niña -reía la abuela como un zapato viejo-. "Faciquillo -chupó el mate ña

JUAN GODOY

Antuca— se había enamoriscado de la comare y surija, la hija tan linda como la maire; nariz chata, boca grande, labios gruesos, colgantes, pelo motudo, buenamoza como la maire.

—"¿Qué hago pa dormí con la comare y surija? —pensaba el negro, y no era otra su preocupación.

"Se enjuagó la boca con el rocío del alba. Ayer no

más había dicho a la Facica:

—"Mía, Facica, hame una totilla gande y un fiame, porque el rey me mandó que saliera temprano a una diligencia. Y tengo que salí.

"Partió el negro. Se detuvo, de lejos unas dos cuadras de la casa. Botado a la sombra de un sauce, se comió la

tortilla y el fiambre.

"La Facica cantaba atareada de los quehaceres de la casa:

Carantunguéee, Carantunguéee, esconde la pata que se te ve.

Carantunguéee, Carantunguéee, esconde la pata que se te ve.

"Y porque estaba sola en la casa, reía la negra de un chasco acontecido a otra Facica que, con aquel canto, sorprendida por su Facico, aludía a su querido que escondiese su pierna de unto que colgaba de la boca del soberado.

"Un alerce grandazo se levantaba junto a la ventana

de la negra Facica. Ni cuatro hombres lo abrazarían de

lo gordo que era.

"Facico se relamía de gusto, comiéndose su intención, y comenzó a trepar el alerce, callandito y sin que lo vieran. Arriba parecía un pajarito, un chincolito, en los mesmísimos cogollos, y dio grandes voces:

-"¡Faciquillo! ¡Faciquillo! -llamándose el mesmo

como si no hubiera salido el diablo de negro.

"La Facica, siguiendo la guía de las voces, miró hacia lo alto y los ojos le blanqueaban tiritando, trémulos de escarcha.

-"¡Faciquillo! ¡Faciquillo!

-"¿Qué dice Señó?

- "¿Ta Faciquillo ahí?

- -"No, Señó; el rey lo mandó a una diligencia y no vuelve hasta la noche.
- -"Es que manda a icí nuestro Señó a Faciquillo que duerma con su comare y surija, porque si no vendrán cuquitos y cucazos. ¡Qué ruina tan gande! ¡Y se acabará mundo!

-"¿Cómo dice, Señó?

-"Manda a icí nuestro Señó a Faciquillo que duerma con su comare y surija, porque si no se acabará mundo, vendrán cuquitos y cucazos. ¡Qué ruina tan grande!

- "Bien, Señó - y el negro se perdió entre las ramas.

"La Facica se puso a llorar a moco tendido, y resolvióse a contar la nueva a su comadre.

-"¿No sabe, comare?

-"¿Qué hay, pues, comare?

—"Que manda a icí nuestro Señó, con un ángel, que Ud. y surija duerman con Faciquillo; porque de lo contrario, vendrán cuquitos y cucazos y se acabará el mundo. ¡Qué ruina tan grande!

-"¿Y que haré, pues, comare, pa evitá tanta ruina?

Tenremos que dormí con mi compare Facico.

"El negro bajó del árbol y, al rato, llegó a la casa, si-

mulando gran cansancio:

—"¿Hay novedad, Facica? —saludó el negro muy cuidado de la confusión de la negra.

"La Facica se anegó en llanto:

-"No quisiera contate, Facico.

-"Qué hay, pues, Facica.

—"Fíjate que un angel del Señó dice que tienes que dormí con la comare y surija. Y dice que si no, se acabará mundo. ¡Qué ruina tan grande!

"El negro, lleno de sorpresa, preguntó, el muy pí-

caro:

-"¿Síii...? ¿Y qué dice la comare?

—"Dice que se cumpla la voluntá del Señó pa que no se acabe mundo.

> Sábana banca, cochón de puma. ¡Oh, qué negrito, con tanta fotuna!

-"¡Pobre mi potito!

"El negro Faciquillo, preparado por la Facica, con ropa interior, azulosa de blanca, durmió aquella noche con la comare y surija".

-"Otro día Faciquillo...

La viejecita quería conocer el cerro Huelén, la Quinta Normal, el Parque Cousiño. Conocer el mundo antes de morirse.

-Esta tarde irá al parque la congregación de la segunda iglesia -dijo el hermano Schwartz-. Podemos ir la abuelita, Wanda y yo -quería ganar el alma de

la viejecita para el Señor.

-Tú te quedas al cuidado de tu padre -dijo, a Eulogio, este hermano teutón, delgado, de cabeza pequeña y dura, muy lento de comprensión, aunque él se creía más bien tardío de oídos. Llegó a Chile como técnico para matar moscas. Fue traído inmediatamente de Buenos Aires donde ejercía de mesonero de bar. A la verdad, en su país había sido músico de banda. Luego que barrió con los obstáculos y creó el mercado para una nueva máquina de invención alemana, convirtióse al protestantismo chileno, formando en la congregación de la Iglesia Bautista. Como hiciera el bien y se privara de muchas cosas, estaba para sus prójimos lleno de rencor. Soplando un viejo clarinete en las predicaciones callejeras, más de una vez fue apedreado por los borrachos del barrio, lo que él tuvo como indicio de que estaba va muy cerca de Dios.

A las cinco de la tarde dejaron a Dios con el sargento.

III

Eulogio había tenido que odiar aquel puerto del norte para dejarlo sin pena. Y se reprochaba esta traición. Ya no comería más fruta picada ni cascareo de sandías. Sus ojos no resbalarían por la calva rojiza de la sierra de rubio corazón, cuajada de reflejos, sino como dos pájaros ágiles, hundirían su hociquillo ávido en la maraña de los árboles, en curvada rama frutal, en botijos dorado-sangrientos donde, en blando aleteo esmeralda, las hojas deponen sabrosa su miel. Pero no había árboles gigantes ni montañas, sino cerros bajos, como redondas ancas mullidas de musgo. Ni curvada rama desbordándose de las tapias sino murallas erizadas de vidrios de botellas, adustas como caballeros con chaquetón de alpaca o vestidos de frac. Las muchachas de su edad desabrían con sus rubias guedejas y sus ojos azules, muy húmedas, como las paredes de cemento que exudan humedad, o ese poco de campo que trepa las murallas y se sube a mirar el camino, con peinadas pupilas verdes, c bien ondula en los tejados. Y aquel ridículo muchacho que le buscó bronca en llegando al colegio. El bajaba a la playa a lavarse las manos con agua de mareas altas, apozada en las rocas. Pero en esa pelea ¿para qué? Sus manos tenían demasiada sal para aquel canalla. Eulogio le dio una paliza a todos los habitantes de San-

tiago en ese muchacho baladrón. Y pareció calmado. ¿Por qué cantaba? Los sones de su canto crispaban un ritmo alegre. Como a desnudos sarmientos, cuando lloran las parras su desnudez en lagrimones gruesos, venían de la tierra hasta él, borbotones bullentes de vida. Y su padre allá en el cuarto se estaba muriendo. Todavía el cuerpo de Eulogio mostraba las cicatrices de las caldas. La sangre brotaba de su cuerpecillo y la camisa se pegaba a la carne viva y desgarrada. Estaba sentado a la mesa, la cara sobre el jarro de té turbio. Su padre, la servilleta al cuello, mascaba el olor de un bistec de filete, de huevos, de papas y cebollas fritas. A Eulogio le quedó como una pelota aquel olor en la garganta. Su padre había cerrado ya los ojos y bendecía el alimento. Pero él no esperó más. Y empinóse el jarro hasta acabarlo. Aquel castigo fue cruel. Hincado, él miraba a Wanda y a su madre, y todos miraban comer al sargento. ¿Por qué habría de bendecir un alimento que no se había comido? Después, sí, cuando engullía unas papas estofadas, robándoselas al perro de la casa del lado, donde estaba naciendo un niño, mientras una vieja enterraba carnosidad de augurios, sanguinolenta y extraña.

Eulogio miróse las manos, el tejido de la piel de sus manos, menudas y largas, las mismas manos de su padre. Se había sorprendido haciendo gestos como los de su padre y se le parecía en el carácter y hasta en la voz, cuando mandaba. La sangre afluía a su corazón como foriándolo en recios golpes para el combate. Quería ven-

gar a su padre. Lo sabía adusto y cruel. Había en aquel hombre una extraña grandeza, una inteligencia punzante, desconocida. Y Eulogio era también su padre. Arrobado de ternura, lentamente se llegó al cuarto del enfermo, sentándose junto a la cabecera.

-¿Parió la Crisanta?

—Sí; parió unos perritos muy lindos. Me gusta el de anteojos; pero todos están regalados.

-¡Que nadie toque el perrito que te gusta! -excla-

mó el sargento-. Ese es para ti.

Eulogio ya no pediría a Dios por su padre, ¿ para qué? Si él vería por sus ojos. Acaso el mundo fuera menos cruel. Inopinadamente, recordó al zaino del bórax y sus jotes de pañuelo, con largas colas de hilo culebreante, en el cielo ebrio de azul. Desde muy alto, en ágiles revuelos trepidantes y rapacidad de buitre, caía sobre los volantines rastreros, que le huían con rabo escondido o le atacaban juntos en bandadas bulliciosas. Eulogio cavó de rodillas. Había oído decir a su madre que Dios había dicho: "Pedid v se os dará". Y él pidió en oración para que se le diera. En lo alto del cielo libre, forcejeaban las mancornas de los hilos, y Lorenzo echaba pertinaz sus buchitas de viento. Lorenzo, Lorenzo, Lorenzo. Hincado, esperaba y rezaba. Escurre por los techos el hilo decapitado. Un volantín de pechuga dio su última boqueada al lado de él, y el piquerazo estremecía de risa al papel de seda. El chupete traía dorada hebra de hilo curado y encarrujado.

Sus padres lo obligaron a dar testimonio, en la Iglesia, sobre aquella oración que el Señor había oído. Y toda la congregación se volvía bondadosa hacia él, como si él fuese otro. Vivió muchos días asombrado.

Luego después, se hizo el amo de los chiquillos del barrio. Curtido por los azotes recibidos, tensos los músculos y los dientes apretados, era más sufrido que los otros muchachos. Sabía que bastaba una pizquita más de esfuerzo para vencer, como pizquita más de comida para hartarse. Y no cejaba. Disponía de los otros muchachos a su antojo. Los muchachos todos querían ser como él. Los nuevos que llegaban al barrio o caían inmediatamente bajo su mando o tenían que habérselas con toda su comparsa, para atreverse con él. Dejóles allá, en aquel puerto del norte, como también a aquella muchachita morena y huraña que quería casarse con él, y enrojecía como una ascua cuando la miraba pasar.

Después, acá en la urbe, ella tan esquiva, pescadito azul de agua escurridiza, le dio un beso en la boca, tan largo, tan largo, y la boca se le llenó de agua mala, hedionda, y la olvidó. Todo aquello, todo aquello, todo aquello.

-¡Eulogio! -clama el enfermo, los ojos extraviados-. Tengo sed; dame el agua pasto.

Eulogio en su silla se agitó sobresaltado.

III

Lloviznaba. Garúa de entierros caía mustia sobre las hojas rojizas. Aceite de muertos rezumaban las paredes, la tierra greñuda, de cabellera podrida y moho amarillo de los huesos. Y la noche abría sus fauces, abismales y negras, riendo los gusanos su risa blanca de las concepciones del hombre. En el suelo lavado, corría la luz como lombrices. Y la tierra, con garra blanda, fosforesciendo, aprisiona lo suyo.

-¡No, no, hija! ¿Y esto a mis años? ¡No, no! -le

temblaban a la viejecita todas sus arrugas.

—¡No estaré a salvo hasta que me haya ido de esta casa maldita! ¡El ogro se muere! ¡Sí, él! Mató a mi hija, porque era linda y tuvo su pecado. Ella se quemó los ojos en las brasas para ser fea y quitarle los celos. La honró deshonrándola. Velando su cuerpo desfallecido, llorando y comiéndose los puños, ardiendo vela encendida en su sexo sufriente. Tapó su falta para matarla. Y ha muerto en esta religión. Llévame a mi iglesia, hija, llévame. Arden mis cenizas, mis sienes. Estoy perdida. Llévame —sus pies estaban más torpes. Sus ojos, lagrimosos. Las lágrimas bañaban sus arrugas. Encorvadita, agitaba nerviosa sus sarmientos. Sumida la boca desdentada.

Todos habían entrado en los botes, la abuelita también. Betuminosa la laguna del parque. Chascaban los

golpes del remo. Y el gringo Schwartz le había perdido su alma. Los ojos de Schwartz estaban azules y brillantes. De pronto, se alza en la popa de su bote, e improvisa un sermón sobre las aguas tranquilas. Exhorta a las multitudes congregadas, y un loco anhelo de almas excita su euforia mística. Coge a la viejecita y la sumerge en las aguas, él mismo se sumerge en las aguas, bautizándola con bálsamos de aleluyas y cánticos.

Na Antuca entró a su Iglesia. Besó romano, sacerdotal manteo, católico y apostólico, y cayó rígida a los pies de un Cristo exangüe.

V

La garúa se fue haciendo cada vez más densa y pastosa. En el puente, sobre el cequión regañante, una banda de abigarrados músicos soplaba abollados instrumentos de bronce. Copiosamente sudaba el agua en líricos odres. Y el circo iluminaba su carpa con luz de acetileno. Multitud de chiquillos chapoteaban el barro husmeando la entrada. Al frente, en la carnicería, Leoncio reía a carcajadas, humoso y grasoso de costillares asándose. Y las moras calientitas zambullían sus cuerpos tripudos en los azafates hirviendo de caldos sabrosos. Guatonas botellas de chicha chispeaban campechana alegría:

JUAN GODOY

Así es como queda güeno con harta harina un pigüelo; me subo por un peral me bajo por un cirgüelo.

Rieron los circunstantes con los versos buenos y un lazo de miradas cordiales sujetó por los hombros a ño Rucio. Sus verdes ojos avivaron su cara enjuta. Un sombrero blando caía sobre el pelo en desorden. Escupió. Frotóse las manos. Y pidió una docena de jarros. Su amigo Zamorano fumaba en silencio, perdida su mirada en las bocanadas de humo espeso. Bebieron. Zamorano pidió otra docena. Los dos solos, en la mesita sin labrar, hirviente de cruda, hablando apenas, comían charqui asado y esperaban que comenzara la función del circo "Palombo".

—El susto más grande que hey tenío en mi vida —habló Zamorano— lo tuve a los quince años. Una tarde, después de almuerzo, quise andar solo por los cerros. El río me llegaba hasta los cuadriles; me saqué los pantalones y pasé huevos por agua. Rumbié pal Manquehue, pa los correores. Entonces esa sierra verdeaba tupía de guayacanes, cruceros y litres. En el mismo cordón del cerro, había crecío de la roca, un quillay ñervúo y grueso como toro. Iba yo too sudao y pa que las ramas del quillay no me voltearan el sombrero, me agaché y ¿no miro p'arriba, on? Entre los brazazos del

quillay, se relamía sentado, echao p'atrás, el lión. ¡Y tan cariagrio y formal que es el roto! ¡Y los tremendos brazuelos que tiene! Putas, iñor, me helé y apenas atiné a animarle los perros:

—¡Agarra, Choco! —grité con la habla perdía y agarré cerro abajo, rodando entre los quiscos, ladrando yo mesmo como perro. ¡Güeno el reículo grande! ¡Cómo se habrá réido de mí el lión! ¡Si hasta ahora se me encienden las orejas como tomates! Too miao, eché las bolsas al agua.

* *

Oriundo de Peumo era ño Rucio. Cualquier día se emborrachó como quiso y le robaron su caballo zaino y sus ricos aperos con guarniciones de plata. Era sobrino del cura de Peumo. Ño Rucio prometió no volver nunca más a Peumo, ni montar caballo alguno. "Me voy —dijo ño Rucio— y me llevo mis cosas". Recogió lo suyo: unas ojotas y un espejo quebrado. Se alisó con saliva sus cabellos lacios. Se limpió las legañas y salióse del pueblo. "Ni tomo trago —dijo— y andando".

—Conozco hasta Pucón —rompió el silencio ño Rucio.

—Yo no hey salío de aquí —habló el amigazo.

Afuera, sus caballos golpeaban con los duros cascos

las piedras de huevillo de la vereda, amarrados al varón del "Mercadito la Lora".

—Yo hice aquellos roces —conversaba ño Rucio, viendo como se ablandaba de garúa el cartelón con rubia amazona en potro moreno. Miss Peel. Y la banda destemplaba su marcha, siempre, resollando por siete fosas de caballos llovidos. ¡Había que ver a este hombre! No dormía en cama. Se echaba bajo cualquier alero. Y andaba a pie y trotando.

Le llovía a gorgoritos cuando iba a hacer los roces. Prendió una gran fogata debajo de un litre. A ño Rucio lo agigantaba la sombra, lavada por lluvia roja de luminaria.

- —Oiga, ño Rucio, aquí hay pan y charqui y queso
 —le dijo don Zoilo.
 - -No hey trabajao.
- -No importa. Se lo adelanto; pero coma, pues, ño Rucio.
 - -No, no como.
 - -¿Y qué va a hacer, pues?
 - -Los roces, pues.
 - -Pero, ¿y la lluvia? Siquiera coma.
 - -No, no como; lo que gane como.

Y alimentaba el chisporroteo de la hoguera. Y estaba no tocado el pan, el charqui y el queso. Pasaron cuatro días. Y hasta cuando rozó, comió. Ese era el hombre.

*

La banda arremetía la postrera marcha, entrándose en la carpa blancuzca y bobalicona.

Trepado en una carreta campesina, que arrastraban dos vuntas de bueves, un hombre, de cráneo de huevo sin cáscara, la barba reventando como una ola canosa sobre el pecho, predicaba a un auditorio heterogéneo de mujeres y golfillos lustrabotas. Los dedos de Dios ungían su calva luciente con la llovizna. Blandía en la siniestra mano una biblia de cuero, grasienta, de cantos gastados. Y su derecha gobernaba los dedos como si pulsara un instrumento invisible. Sus ademanes y alaridos consternaban a las mujeres y a los pequeños desharrapados. No criaba su lengua la palabra. Gorda, trabada papa caliente, se revolvía lenta en el cuenco de la boca. Hablaban sí las muecas y sus dedos, en cuyas pulpas ardía el sentido de su alma. La barba enjuta de agua, fijaba en lo alto sus ojos de parábola y desesperación, y Dios se los llenaba de alfileres. No pudo ser, no pudo ser, no pudo ser. El no desataba su lengua parada. Y se echó sollozando en la carreta.

Una vieja borracha se arrastró hasta los bueyes y los

besó en las planas frentes restringidas.

Tumulto de gentes y curiosos del circo y los que hacían cola, se precipitaron al cequión de agua achocola-

JUAN GODOY

tada y encrespada. Leoncio se hundió como un chiflón al lado del puente, y alzó por los cabellos mojados y rubios, al hombre, que en las aguas venía dando tumbos. La Verónica le metió la luz de la lámpara de carburo en la cara gringa y pecosa. Era Schwartz.

-¡Oh, canuto! -rugió Leoncio y lo hundió en las

aguas hirvientes.

La Verónica lo sacó aguas abajo, lacio y mojado como un fideo cocido. Hilillo de sangre brotaba de una comisura de sus labios. Le ayudaron las gentes a la Verónica. Y marchaba ella delante, pequeñita, con su lámina esta de la comisura de la comision de la comis

para que dio una inmensa llamarada.

Aún tuvo gesto Schwartz para negarse a beber. Con el dedo y el rabo blanco del ojo. Leoncio le abrió la boca con el asador y le metió un vaso de aguardiente dentro; en tanto se le secaban las ropas en el brasero. Vaho neblinoso llenaba su mente. "Siente locos impulsos y deseos estrambóticos", ensaya un paso de polca y cae en la silla, arriscando las jetas con risa de caballo. Se golpeaba las rodillas con los dorsos de las manos empuñadas, babeando la "Weltanschaung", su concepción del mundo y del hombre. Y el imperativo categórico.

* *

Comenzó la función. En salva de aplausos saludó el barrio a miss Petronila. Aquietóse el polvo finísimo, apenas dorado de luz. Y el foyeque de miss Petronila,

hirviendo y soltando vapor como una cafetera, estallaba su ferretería, por la pista enarenada. El público aplaudía frenético. Trabajadores del Cementerio Católico, de las fábricas de Paños y de Calzado, de la Obra de Ladrillos, y palomillada, mucha palomillada. Leoncio, pellizca a Demetrio, el modisto; ambos estaban en platea. En medio de la luneta y en primera fila, miraba la escena el cabo Solórzano, de la Tenencia de Carabineros de Conchalí. Se había enamorado el cabo de la rubia amazona. Fuera del circo dormitaba su pareja, el carabinero Loayza, montado en su caballo de paco y asiendo por la brida la cabalgadura de Solórzano.

Un infernal estruendo se abrió al galope de un potro retinto, de largas crines flotantes. Suavemente, cargaba sus lomos gozosos, la carnadura llenita—leche y rosa—del precioso cuerpo de miss Betty Peel. Las uñas rojas como sangre y los pies desnudos. En pelo, radiosa, mordía el lomo del caballo. La rubia cabellera suelta. Una cinta esmeralda, en la frente, ceñía halo de fuego.

La besaba la muchedumbre. Enrojecía Solórzano. Un brillante refulgía en el pezón del seno oculto en fina mostacilla. Y una malla sutil le escondía el sexo, hendedura de penumbra, cuajado y espeso de miradas sufrientes.

—¡Qué piernas más gordas! —bramó Leoncio, golpeando en la espalda al modisto—. ¡Lástima que haya que botarlas pa los laos!

Con talones de nácar cosquillaba miss Peel los ijares

IUAN GODOY

nerviosos de la bestia. Y galopaba en torno de la pista, como una exhalación.

Nadie se dio cuenta cuando Glasfira cogió de una oreja al modisto. Había cometido, el pobre, el gran atentado de su vida, rompiendo en mil pedazos en el pavimento, el frasco con alcohol donde guardaba Glasfira su adefesio peludo. Le habían roto a ella la razón de bastarse a sí misma. Y estaba roja de ira.

—¡Lo descubrí todo, bribón, cuando llevaba al patio, de la manita a Vichito, a que hiciera su necesidad fisio-

lógica con su miembrecito viril, canalla!

Repentinamente, se conmovió atónito el circo entero. Como un trozo de lienzo, se rasgó la carpa de alto abajo de una cuchillada. Y apareció ño Rucio en medio de la pista, montado en su yegua torda. Cogió por la cintura a la amazona, abrigándola bajo un halda de su poncho. Con taponazo de chicha añeja, brota la sangre, y Solórzano caía boca a bajo sobre la arena con el pecho abierto de un solo tajo. El jinete desapareció por la boca de la carpa ante el público mudo.

Una nubada fría envolvió el caserío en la noche negra. Camino de Conchalí, galopa, corre y vuela, el jinete desbocado, con su preciosa carga. Nidos de luciérnagas, son los duros cascos de su yegua. Otros jinetes le siguen en furiosa cabalgata. El carabinero Loayza, ya le da alcance. En tanto, el empresario del circo, se tragaba su puro, bajo el bigote de altas guías, a lo príncipe Humberto, en su Ford que manejaba miss Petronila. Detrás

van otros circenses. Hombres en bicicletas. Y multitud de gentes, que llevando antorchas encendidas, corre, río desbocado de sangre, cribado por la lluvia.

De pronto un jinete se sale del grupo. Empareja su cabalgadura a la del carabinero. Y, en desesperado esfuerzo, le atraviesa el caballo a Loayza en feroz pechada, arrojando caballo y jinete en medio del canal. Y se pierde también en la noche negra. La lluvia arreciaba. El tropel fue perdiéndose a lo lejos. Los hombres reían en las tabernas, una risita falsa, haciendo chiste de la Miss. Y bebían. Eso sí. Y mucho. O comían carne de chancho. Se hizo el silencio. Sólo la lluvia, rasguñaba frenética, gastando los techos, y como arroyo en las callejas. La carpa se había estragado, vacía de gente y apagada. Pasaron dos horas largas. Los jinetes volvían derrotados. Y el empresario. Y los payasos. Y el hombre de fuerza. Y el fakir. Y los chiquillos. Habían tomado a Zamorano, el amigo de ño Rucio.

Detúvose el río de hombres, enceguecido por inmensa llamarada. Para el lado del Manquehue, sobre el mismo cerro, en lo alto, bajo las ubres grises, un vergajo de fuego se hundió en la entraña misma de las tinieblas. Los hombres se miraban silenciosos. Encarnaba sus deseos la figura rotuna de ño Rucio. Y temblando la tierra, con galope de montañas, enormes piedras rodaban pesadamente, sobre los techos de todas las casas.

VI

El sargento Ovalle miraba las cuencas de sus zapatos vacíos, las bocas lacias de sus pantalones colgados, las mangas de su chaqueta y su sombrero. Exactamente él, que llenaba todo eso, estaba en su propia cama muy enfermo. No le inquietaba prisa. Su corazón con impaciencia de bastón: toc, toc, toc, ¿Para qué haría el último gesto? ¿Usurpación al límite de sombra? No. Tenía miedo de ser. Esto lo hizo él. Esto otro lo estaba haciendo. Aquelo dijo. Si hubiese quedado quietecito. Como la negación de la acción. Porque no quería ser, encontrarse acabado, por eso no quería trazar el punto final. Prefería no ser, realizándose siempre. Pero la muerte quizá es el beso que le da a uno su realidad caída e inerte. Porque se moría, el sargento amaba la quietud, el sosiego, la paz. Pues hay -que yo sepatres modos de llegar a ser: 1) esforzándose hacia adelante; 2) quedándose instantáneo en negación de la acción, y 3) matándose simplemente. Los primeros son los hombres sanos; los segundos, los enfermos, ya de sí muertos y salvadores del mundo; los terceros, son igualmente enfermos, pero de buen juicio. Y tenía miedo a la muerte por la sencilla razón de que era un pobre racional.

El enfermo se moría. Los hermanos del culto de Arranz iban llegando indiferentes. Casi todos traían

himnarios. Hombres, viejas, chiquillos, mujeres. Wanda, saludándolos, les señalaba sillas, los ojos enrojecidos de llanto. Eulogio volvía con las bancas del propio culto. Cantaron un himno.

Un hermano empezó a leer en Isaías, capítulo 2, versículos 8-22.

"Además, está su tierra llena de ídolos, y a la obra de sus manos se han arrodillado, a lo que fabricaron sus dedos..."

Leía, cuando llegó Edmundo el estudiante, estilando de mojado. Calmadamente, se descalzó las zapatillas de agua, dejándolas en un rincón. Miró después a todos los circunstantes y se quedó como vagamente contemplando la cara del enfermo.

"18. Y quitará totalmente los ídolos.

"19. Y meteránse en las cavernas de las peñas, y en "las aberturas de la tierra, por la presencia espantosa "de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuan-"do se levantare El para herir la tierra.

"20. Aquel día arrojará el hombre, a los topos y mur-"ciélagos, sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que

"le hicieron para que adorase.

"21. Y se entrarán en las hendiduras de las rocas y "en las cavernas de las peñas, por la presencia formi-"dable de Jehová, y por el resplandor de su majestad,

"cuando se levantare para herir la tierra.

"22. Dejaos del hombre cuyo hálito está en su na-"riz; porque ¿de qué es él estimado?" —¿ Verdad que hay un solo Dios? —interrogaba el hermano Cruz, con risita irónica, seguro de la respuesta, abarcando con la mirada a todos los hermanos.

-¡Uno solo! ¡Mil veces bendito! -respondían las

buenas gentes.

—¡Claro, hermanos, es uno solo, es único, es uno y trino! —ponía fin a la cuestión Cruz—. ¡Alabado sea, pues, el Señor! Y todos como él tenemos un alma inmortal. Esta vida es un tránsito para la otra que es morada, fuente viva de realidad de verdad. Abracémonos, hermanos, y loado sea el Señor.

Cantaron otro himno. Edmundo se dejaba llevar suavemente conmovido por la melodía. Y también cantaba.

De pronto, una voz grave y armoniosa, brotó potente y subterránea. Había extraña fuerza pánica y terrena en aquella voz. Calado hasta los huesos, entraba Augusto, el gallero. Venía justamente borracho. Acaso por eso cantaba. Sentóse en un banco y se quedó dormitando, con su caja de calugas sobre las rodillas. Sus cabellos rojos, mojados, le caían sobre la frente.

El sargento se quejaba a pequeños hipos. A duras penas ensambló los dedos de sus flacas manos. Y esperaba. Llamó a Eulogio, a quien besó en los labios. E hizo una reverencia dolorosa a su hijastra Wanda. Un gallo cantó en la noche inmensa y desolada. Rojo y macizo, en el palo de su gallinero, lo imaginó el sargento. Y no imaginó ya más.

Ronca corriente subterránea afluyó a su corazón gol-

peándolo, descompasadamente, como savia emergiendo de raíces profundas, milenarias. Hinchándolo, comenzó a ablandarlo como cuero sobado. Se hizo convexa la petrea viscera hasta romperse el dique, arrasándolo todo en un torbellino de espumas vinosas. Su cerebro se llenó de cárdenas brumas que arañaban carcomidos esqueletos mondos, amarillos y mohosos, crispados como secos sarmientos. Luego cubriéronse de racimos de carne, vistiendo las indumentarias de todos los tiempos, hasta de la flor y nata de la tierra. Todos, menos un comerciante, gordinflón y estúpido, que reía, el vientre cabalgando la carcajada, levantaron el índice terrible, apuntándole. El sargento se veía en cueros y jamás le pareció tan cerca su cabezota redonda, de su panza también redonda, cuyo ombligo, adentrado en la grasa, casi perdido en la pelambre, le servía de ojo avizor. Su cabeza dio en rotar alrededor de su vientre y se cerraron sus ojos inútiles.

Se alinearon todos, de padre a hijos, detrás del sargento, en apretada fila. Fuerzas misteriosas y profundas lo empujaban a la vida; bramido sordo de mar compelido por violentas, huracanadas trombas. Un hilo de aire helado le punzaba las espaldas. El sargento quiso mirar hacia atrás; los hombres siguieron su movimiento en silencio, silencio augusto de tumba, de lúgubre sepulcro derruido. ¡Cómo sentía correr en sus venas angustia de desfallecer! Su piel se llenó de sudor. Todo el pasado obscuro, cadena eslabonada de vida y muerte,

de muerte y vida, de que el caer y levantar de las crisis y harturas del espíritu es un reflejo, se le mostraba como un solo e inmenso río de sangre, en el lecho del tiempo, ahogándose en su corazón de gallero cruel, agudo y sensual.

Augusto cogió su caja de calugas que depositó suavemente en la banca y fue a caer de rodillas junto al enfermo. Apoyó su cabeza en el corazón mismo del moribundo. Ruido de sapos en los charcos.

—¡Insensato, tu dotación ha sido estéril; no obstante el milésimo de grano de cal que tus huesos guardan de la divina del salvador del mundo —resonó una inmensa carcajada—, no has despertado aún. Avanza, ese milésimo guiará tus pasos y advierte que eres la última fortaleza, por cuyas almenas se asoman a la vida millares de hombres. ¡Ah, cuánto vale la vida de un hombre!

Un pensador que pensaba por encima de su bigote apelmazado y negro, permanecía indiferente; pero un escalofrío recorrió su columna vertebral. Vio inútil toda creación. ¿Para qué asomarse entonces desde el abismo a esa vida estúpida? Y ver ... El le había hallado un sentido a la vida y, sin embargo, fue demasiado alto para ella. Quería ahora la paz, la muerte eterna.

—¡La paz, la muerte eterna! —masculló un monje crujiendo. Se vio horriblemente defraudado; no obstante le quedaba esperanza, porque vivía aún.

Al ver a un caballero español cuyo brazo prolongábase en templado acero, se dijo el sargento:

-Es García Hurtado de Mendoza -me parece.

-No, viejo, no -aseveró alguien en su oído-. Es el deleite. ¡Tú no sabes nada! Escucha este verso:

Cuando esgrime el deleite su estoque florentino

—¡Bella imagen! ¿No? Je, je, je —el mercader había dejado de lamentarse y reía su calva lustrosa. En torno de él, bailaba una ronda de vírgenes inmaculadas, y mujeres de carnes colgantes como derramándose.

El ombligo del sargento se infló como una teta para mirar el vientre por dentro: ahí estaban aullando los perros llagados del remordimiento y la majada, lanzando tufos infectos de un hedor amarillo de estiércol.

Todos los hombres fueron tendiéndose de espaldas, los unos sobre los otros, en buen orden, alargándose, transformándose en líquido viscoso y, luego, en desbocado río de sangre. Después, endurecido río, aparecieron capas de tierra superpuestas, hundiéndose, hundiéndose, a medida que una capa aplastaba a la otra. Se vio la tierra lisa. Yerbas amarillas la cubrían.

Augusto, el gallero, alzóse del lecho con ojos de reir diabólico y su carcajada mefítica, de grave espíritu, desgranábase sobre el lecho del moribundo. En vano. Largo rato hacía que el sargento Ovalle estaba muerto.

JUAN GODOY

La voz de Augusto disparóse hacia lo alto como el tronco de un árbol gigante, cubriéndose del follaje de las voces de la congregación.

Wanda lloraba quedamente sobre el pecho de Edmundo y su mirada fue a posarse en rojo ladrillo, he-

rido de luz, lavado por la lluvia.

Hacia el fondo de la noche, penetraba el canto de los hombres:

¿Te sientes casi resuelto ya? ¿Te falta poco para creer? ¡Ay del que muere casi creyendo, Completamente perdido es!

El armonio asmático, de fuelles rotos, apagó su melodía.

ALGO DELEITOSO DE LAS SOMBRAS

I

Aquella noche apenas Wanda se iba quedando desnuda y siendo ella, alguien había arrojado, en un rincón del cuarto, un grano de maíz, gota de sudor campesino donde ha cuajado un duro sol de verano.

Este amasijo de sol y sangre, —oro de sol, olor de baba sucia y fría de cuerpo mascado— blandía acerada voluntad de presencia en la penumbra, inquietaba a Wanda, le impedía dormir. No era posible la dispersión de su conciencia bajo su influjo. Quizá el diario actuar sobre las cosas hizo que lo que ardía en Wanda —aún de un modo vago e indefinido—, lograra su concreción. Tal vez por eso levantóse la muchacha a buscarlo.

Otras veces, como no conciliase el sueño, dejaba la cama así, desnuda, hasta tiritar de frío; de este modo, la cama sería más tibia y el sueño vendría pronto. Palparon sus dedos las maderas cubiertas de polvo sin hallar nada. ¿Era acaso un guijarro, apresado en el reboque, ahito de él, que se ha desprendido? Las maderas crispadas por el frío de la noche. No obstante, brillaba en la penumbra. Su aúrea corteza polarizaba su atención.

Las yemas de sus dedos, sucias de una capa de polvo, ásperas y doloridas, como con pinchaduras de escarcha, le fueron repugnantes, causándole el desagrado hostil de la fruta mondada, que llenando su apetencia, ejercitada la prestancia impaciente de sus jugos, se le ha ido escurridiza de las manos, rodando por el piso, cubierta de tierra, de pelos, de escupos. Aquello era una ridiculez, o el fondo de la risa, o la elocuencia inútil del gesto. Estaba fatigada y temblorosa de una extraña inquietud. Temía un acaecimiento muy desagradable en su vida. Estaba fatigada y, sin embargo, quería afrontarlo todo, fuese lo que fuese. Mas, como tenía opinión sobre sí misma, se miraba distinta de las otras muchachas; por esto, para dejar de atormentarse quiso ser igual a todas y jeuántas veces intentó matar la lucecita-niña, que le hacía creerse más bella, mejor y también más inteligente que muchas otras! ¡Cuán monótono sería el mundo: hasta el agua helada de los espejos estaría triste, oprimida por una misma alma! Este pensamiento se le prendió a la piel con escalofrío de olas. Aquello que le hacía esforzarse para llegar a ser otra cosa, siendo ella misma, se llamaba Dios, tenía que ser Dios, murmuraba en su interior.

—Me gustas tú así, Wanda, sencilla e incomprensible en tu creadora sencillez. ¡Qué bella idea de Dios eres tú, Wanda! En tanto que las otras, mis compañeras desde lejos se les ve el andamiaje de sus personas —le había dicho Edmundo.

Antes Wanda tocaba el armonio y cantaba los himnos en el culto del hermano Arranz. El hermano Arranz había entregado el cuarto mayor de su casa, en la calle Patria Vieja, para celebrar las reuniones evangélicas. Este hermano era un español chiquito y cabezón.

—¡Hermanos míos, tengo miedo de la contaminación, hermanos míos! —exclamaba. ¿Y por qué le tendían siempre celadas al hermano Arranz, a él, muy temeroso de contaminarse? A Edmundo, no. Edmundo estudiaba en la Universidad.

Wanda se quedó tendida en la cama, presa de extraña inquietud. Como una ola que recoge su lengua arrastrando guijarros, rumorea la enramada. En el borde de las hojas crece el viento y aguija su loco tropel de potros obscuros. Un aire helado cuélase por el ventanuco, azotado por la lluvia. El agua del canal, reventando con más fuerza, coge, tras breve rodeo, su camino de Conchalí.

El agua lame, espesa de las mugres de la ciudad, los pies de unos álamos sonoros y ensangrentados, con su florecer de espumas, como si dijera:

-¿Ves? Se suele arrancar, aún de las almas más viles, alguna esquirla de luz.

JUAN GODOY

Como el cequión, así se expresaría en máximas el eura don Amaranto, como en realidad se expresaba en el sermón.

La lluvia arreciaba en el rumor de fritanga de los barrios pobres.

La capilla había brotado de pronto junto a un silo egregio. Mugían las vacas. El hedor amarillo del estiércol yacía en los charcos lamosos del establo, pegado a la piel de los rumiantes, salpicado en las pezuñas, otra vez charco y estiércol en la media luna azulenca de la echona huasa, fría y llameante. Los caballos piafaban en las piedras de sus albergues. Y el silo y la iglesia eran dos manchas de sombra estancada, ocultando sus tesoros.

Ventura, el sacristán, había asegurado las puertas y recogía las luces del altar. San José, con su niño en los brazos, nimbado de aureola en campo de azur, fue el último a quien engulló la sombra; en las sombras, los santos parecen soltarse y respirar ese olor de flores encerradas, de incienso, ese hedor que justifica la cruz blanca y grave en la puerta ancha y negra, y, bajo los brazos de la cruz, el que dijera: Pax.

La lucecita roja del farol, mordida por la sombra, era una brasa moribunda. Ventura señalaba el camino a don Amaranto. Ambos llevaban ponchos de Castilla y rumiaban el mismo pensamiento: "El gallo giro, el Sargento, pelearía la mañana siguiente".

-¿Y Augusto? -interrogó don Amaranto.

—No ha llegado todavía; ha de estar emborrachándose.

Entraron en la casa. Se quitaron las mantas. Ventura cogió un candelabro y subió a las habitaciones del fraile.

Don Amaranto se hundió en su poltrona de cuero para hacer sus oraciones: un moscardón bordoneaba entre sus dientes. A intervalos ponía los ojos en blanco y cara al techo cruzaba sus manos peludas sobre el robusto tórax.

Deshechas de agua, se callaron de un tajo las cuerdas de las arañas. La puñalada se hincó en los ijares de las sombras. Y el silbido se perdió a lo lejos en un túnel.

El camino agitaba sus huellas y caminaba como un cesante, acompañado de su hambre, chapoteando en el barro, envuelto en sus harapos, llegándose a Conchalí. Una lamparilla roja, como una gota de vino, brillaba apenas en las densas tinieblas. Significaba una fábrica o podía significar la punta de un cigarro en la manta espesa de la noche.

* *

—Podías acostarte de una vez —dijo Eulogio, que dormitaba en un rincón, y una sorda rabia se apoderó de él por la inconsciencia de su hermana. Aquel olor denso a leche y azúcar quemados, daba realmente al cuarto sensación de invierno, como el sudor, una sen-

sación de frío. Inmerso en aquella atmósfera evocaba la escena: Augusto, Wanda. Su deseo caía en masa gelatinosa, lubricado, en aceites penetrando, absurdo, sin contacto de papilas poseyéndolo, sino distante, hundido, agrio de imaginaciones, como paso lascivo quebrado en las rodillas. Su hermana estaba allí desnuda, envuelta en aroma que brotaba de su entraña, ciego olor, desde dentro de su fruto no mordido. -¿ Qué querrías tú que te hiciesen si fueras una fruta madura? -Oue me comieran, que me comieran, que me hincaran los dientes en la carne y me sorbieran, fruta de agua, la vida. -; Qué amorosa y femenina, qué amorosa! ¡Idiota, no te tapas con tus vestidos! No me ves, no me ves, no ves. ¡Ay! ¡Ah! No soy, tú sabes que no soy, y tu pudor no es por mí encendido - nada de esto pensó Eulogio de un modo claro; mas, una densa angustia lo poseía.

—¿ Tú qué sabes? —le replicó su hermana.

-Lo que sé es que el gallo está desvelado.

-; Ah, el amo de la casa está desvelado!

-Sí, el amo.

De este modo llamaba a su giro padre-padrastro. Y la familia giraba en torno de lo que era su símbolo y en él se vengaba, porque Ovalle amábalo amándose, siendo él así amado de sí mismo.

La verdad, el gallo se paseaba en su jaula, apuñando los dedos, picoteando torpemente las tablas. Pelearía la mañana siguiente y este hecho traía preocupados a don Amaranto, cura de la parroquia del barrio incipiente;

a Ventura, el sacristán, gran lector de Balmes; a los empleados y a todos los que estaban inmediatamente bajo la dependencia de este padre y en el secreto de su pasión.

* *

Don Amaranto había terminado sus oraciones y como viera luz en el cuarto de los muchachos, penetró en él. Apareció enmarcado en la puerta, embolsicando su pañolón castellano con que enjugaba sus anchas natices taconeadas de rapé. Toda su atención la absorbió su gallo, su Sargento. Y lo mismo que, cuando en las mañanas, al entrar al cuarto, a pesar de su ira de ver al gallo desvelado, porque era hábito en él, despeñó su carcajada al dar sus primeros pasos hacia el animal.

—¡Sargento! ¡Sargentito! ¿Cómo está el regalón? ¿Te han desvelado estos muchachos? —quiso hacerle castañuelas con los dedos, pero se contuvo. El gallo se esforzó en un conato de rueda, era también habitual en él. Había entre ambos mutua comprensión. La presencia del fraile estimulaba una amorosa reacción del Sargento, pues don Amaranto le traía alguna gallina de vez en vez. Y don Amaranto sonrió.

Por las mañanas, con la risa del fraile, el gallo se ponía nervioso, intentaba salirse de la java, sacando la cabeza rugosa por entre los listones. Cogía entonces don Amaranto su frasco de aguardiente de uva y soplaba las bocaradas y, fina llovizna, bañaban la carne nerviosa y roja del fuerte gallo de pelea. Le frotaba para que el alcohol se le impregnara en la carne y aliviara sus músculos.

-¡Así, así! ¡Ya está, hijo! -el castizo expresaba su alegría cacareando dichoso, en amplio llamado sexual.

Don Amaranto miró a Eulogio que aparentaba dormir y su mirada se prendió, a pesar de él, en el alto pecho de Wanda, desnudo el nacimiento gozoso de los senos, vivos, como dos ratoncitos blancos, en la respiración acompasada de mujer sana y pura. Don Amaranto iba a decir algo, pero no dijo ninguna cosa. ¿Por qué no encajaban bien los rasgos europeos en aquella arcilla de indio? Era de veras bonita la muchacha, ¿qué oculta asimetría había en ella? Salió cerrando tras sí la puerta. Al subir los tramos de la escalera pensaba en lo maravilloso que es el mundo.

Prendieron de nuevo la luz. Las palabras, los gestos, su risa, la respiración trabajosa de gordo, el vientre caballero en la carcajada, lo que dejaría en los otros hombres, lo que sería su ser don Amaranto, estaba presente en los muchachos, pegado en las murallas, en el techo, dormía en el alma del gallo.

De espalda en la cama, afirmado en un codo, Eulogio aventuró esta pregunta:

-¿Te imaginas tú cómo es el hambre?

- —¡Qué tonterías dices! —respondióle Wanda y, sonriendo desabridamente, arguyó:
- -;Bah! ¡Si es la misma virgen, pero con los dientes podridos!

Esta respuesta desagradó a Eulogio.

—Eso, no. Figúrate más bien un tubo de cristal y un gas tenue como un vaho azuloso-pálido, igual que el color del olor ... flotando dentro de ese tubo de diáfano, puro y frío cristal: eso es el hambre.

* *

Wanda sintió bajo sus pies el vaivén del barco trepando los lomos del agua. A pesar de su medio año de tierra firme, navegaba todas las noches a causa de la maldita catarata. La vela que alumbraba el cuarto estaba metida dentro de un tarro de conserva. Su lengüita de fuego lamía febrilmente las sombras o más bien algo deleitoso de las sombras, tiñendo con su pátina amarilla la habitación desmantelada, Hacinamiento de libros viejos, imágenes mutiladas, cuadros sin marco, rotos y llenos de polvo; uno de San Luis Gonzaga yacía rasgado y sin la calavera. Habían puesto una cajamundo en un rincón, y detrás de la caja, alguna ropa sucia, y en otro ángulo, alojado en su jaula de pulidos listones, paseaba su insomnio el Sargento, el vigoroso gallo giro, trasunto ideal de hábiles y pacientes cruzamientos. Olor a ex-

crementos del gallo, a húmedo, a intimidad humana, a moho de libros, y todavía a tabaco, hacía más densa, azumagada e indefinible la atmósfera del cuarto.

Wanda observó con desgano aquel desorden y preocupóse de nuevo. Había sentido caer el grano de maíz como un chorrito de ruido en un rincón, un ruido que tuviera luz v dureza como una chispita de cristal. Lo sentía como un ascua sobre su alma, que era como el cuarto, y Wanda estaba dentro del cuarto como si estuviera dentro de su alma, y en un rincón de ella brillara aquella acre vemita de luz. Sin embargo, lo percibía al maíz como distante y exterior a su yo, afirmando su existencia, blindado su cuerpo por lo que no era él. Un vaho tibio se desprendía del cuerpo de la muchacha; el frío no lo tocaba; no contenía tampoco a su alma, sino que todo su cuerpo estaba rodeado de su espíritu que se agrandaba fundido en la luz vacilante de la vela, embadurnando la pieza, luchando débilmente con la sombra. Estaba ceñida por él, envuelta en una atmósfera extraña, de respiración trabajosa y quemante. Wanda era como una acre vemita de luz en un obscuro rincón de su propia alma. Y su alma le ha besado con el beso de las cosas, tierno brote de luz, en el alma inmensa del mundo. Por eso estaba triste; pero el sueño cernióse sobre ella. Bostezó. Y su tristeza murió ahogada en aquel bostezo.

Las pelusitas de sus muslos largos, duros y lechosos se habían enderezado con el frío. Días y más días grises

rondaban en torno de la muchacha. Aquel día estuvo igualmente gris. La grisura de las nubes había gravitado con plúmbea pesantez sobre aquel día que escurrió hacia el mar, lo mismo, bajo una lluvia lenta y blanda, que una babosa gigante, resbalando bajo la mano peluda del invierno. El día era como una babosa gigante. Bien se veía que el sol picaba en el oro del trigo, en los frutos todos de la tierra y en los carrillos frutales de las mozas —amasijo de sol y sangre, acuñado y puesto en unos grandes chalecos burgueses—, como decía Edmundo. Por eso llovía ahora y rodaban días grises. Sí; por eso. ¿Quién la objetaría?

Wanda era alta y fina, de ojos azules, velados por un polvito de oro, lo mismo que uvitas negras pintando. Una hendidura graciosa partía la hilera alta de sus dientes menudos, duros y blancos. Arriscaba la nariz con la sonrisa y bogaban sus pechos al andar.

Edmundo la seguía siempre con la mirada y le gustaba ver cómo el quebrarse alborotado de la rubia ola del pelo contra sus hombros desnudos, era un suave morir en la espalda de la muchacha. De bruces en la tierra que arañaban sus dedos, Alejandro mecía su cotazón en la grupa salobre, donde retozaban los muslos con blando cuneo de mar. Y Augusto, sus labios estirados y redondos, daba una chupada profunda a su amarillo cigarro cabeceado.

-¡Cochino!

JUAN GODOY

- —¡Bah! ¿ No has oído cómo mi mamá llamaba los días en que no teníamos qué comer?
 - -Días azulados.
 - -Y sí que lo son. Ahora puedes apagar la luz.

* *

Wanda se incorporó de su camastro gris, roído desecho de orugas. La lengüita de la vela tactaba el hocico de las sombras invadidas. El cuerpo de la muchacha, pulido, patinado por luz indecisa, arrojaba al muro su cadera inundada por rubia cabellera oceánica. El busto erguido, avanzaba —alba de rosa herida—, unos senos gozosos, cosquillados por el ritmo de su paso. La grácil cabeza, echada atrás; los brazos siguiendo la línea de la cadera; las manos mustias.

El giro había dejado de pasear; la cabeza debajo del ala, descansaba el gallo en una pata, la otra la ocultaba tras su ala caída. De cuando en cuando, abría los ojos

volcados y cerrábalos de nuevo dormitando.

Wanda extrajo de un cofre la navaja de afeitar del cura, cuya hoja pulida centelleaba recogiendo la mortecina luz del cuarto. Cogió al gallo blandamente. Lo maniató de las espuelas. Apretó las patas del giro de riñas entre sus muslos desnudos y ahogándolo con una mano, empezó febrilmente a degollarlo. Sangre caliente bañaba de acre, dulce opresión sus muslos mórbidos.

Separada del cuerpo, la cabeza de la rijosa ave, al caer en el charco de su sangre, con débil chasquido viscoso, revolvió en blanco unos ojos congelados y fuese abriendo lentamente el pico, dejando paso a una lengua dura, parada de muerte. Agudas espuelas se clavaron en los deliciosos muslos de la muchacha —aún no añudados de goce—, con los estertores violentos del giro decapitado. Y a Wanda las gotas de su propia sangre le quemaron como sus primeras lágrimas. Había asesinado a un mito, con sangres confundidas. No comprendía lo extraño de su acción; mas sientióse liberada frente a la vida



Poco a poco la llamita de la vela se iba metiendo en el tarro de leche condensada y las tinieblas se hacían más densas en torno de ella. Eulogio, temeroso de ver que el gallo se desvelaba, apagó la luz. Una tibia sensación de tersura le bañó la piel. Sus rodillas se pusieron laxas. Se relajaban sus músculos. En el vientre le cosquillaba la sensación del descenso, en el abismo del sueño. No obstante ignorarlo él, sus sentidos seguían impasibles amarrándole a la noche. Los inmensos tierrales de la calle Galleguillos Lorca, bajo la luna redonda. Se oían lejanos los ladridos de los perros, amortiguados por el sordo rumor del mar. Alucinados, le ma-

maban aullando los perros a la luna... Cerretes de greda, azulosos de plata. El estaba acostado. Silbidos lastimeros morían sobre el mar. Destrancar de puertas. La gruesa voz de un hombre hizo huir la bandada de los ruidos. Era Jonás. ¿Por qué Jonás? El no lo sabía. Acaso tampoco lo sabía el propio Jonás. Allí estaba con su sombrero de alas aserradas, su cotona de saco harinero, sus pantalones parchados en las rodillas y arremangados a media pierna. Era un hombrón hercúleo de barba rala y bigotes de lacias guías. Andaba con su trotecito de jornalero como si aún, libre de llevar el pesado saco de salitre sobre sus espaldas, quisiera amortiguar con su trote una carga pesada.

Los carretones de la municipalidad chirriaban dolorosamente, rechinando sobre las piedras del sendero. El padre de Eulogio trajinaba en calzoncillos. Sus pies descalzos golpeaban el piso de tablas, y un olor a moho

de estiércol llenó toda la casa.

—"Vienen en busca de la tinaja del retrete" —pensó Eulogio. Y el violento grito de Jonás: "¡Hécepaa!", estremeció los montes en el agua, la noche toda en el

agua y la luna.

Al día siguiente tendrían el barrilillo limpio. La casa quedó silenciosa. A lo lejos rechinaban los melancólicos carretones de la municipalidad bajo la luna redonda. Los abrómicos, que vivían en casas de hojalata, verdosas de algas, comidas de orín, junto a la playa, sudosa de huiros. El sordo rumor del mar.

En el tarro de leche condensada, la luz se extinguió completamente.

II

El aire mismo, muy puro y muy diáfano, diríase un vivo cristal de agüita de escarcha, irisado de luz, y el cielo, una pupila mojada, hondamente azul, riendo, vertida ya una lágrima

Don Amaranto bañó su rostro, lamido por viriles llamas, en este aire, bruñido de cordilleras. Estaba alegre y su diablillo travieso restallaba su energía más allá de las cosas. El no iría a la pelea. Algunas instantáneas, tomadas por su *chauffeur*, le bastaban. Acá vería don Amaranto cómo se batiría el Sargento.

Ventura le lustraba los botines.

- -¿ Saliste ayer, Ventura?
- -Sí, don Amaranto, salí ayer. Era mi día.
- -Era tu día. Una vez sales todos los meses.
- -Sí, una vez.
- —Tu cara está estragada. Tus ojos hundidos.
- -Mis ojos hundidos.

Veinte años hacía, trabajaban juntos. En el campo y la ciudad. El primer día Ventura era un muchachito; tendría quince años. Ahora leía a Balmes.

Las mujeres del barrio no lo querían a don Amaranto. En misa, las mujeres a un lado; los hombres a otro lado. No quería que se afeminaran los ánimos de los hombres. En los sermones, anatematizaba los sombreros, las medias de carne, los escotes, el "rouge". Deberían venir las mujeres con velo o no venir. Algunas muchachas salían azoradas de la iglesia, porque él las había expulsado de la misa.

En las novenas el surtidor de su rezo se apagaba, a

veces, y moría en un bostezo.

-¡Chiquillo, no me ensucies el agua bendita!

Después Ventura recogía las luces del altar. Llovía copiosamente. Y dando tumbos el farol de roja llama, Ventura y don Amaranto, envueltos en sus mantas, entraban en la casa.

Tapiando la vertiente de sus cosas íntimas, Ventura dijo a don Amaarnto.

-¿Por qué le pusieron Sargento al gallo?

—Es cosa fácil de explicar, Ventura. Fue en honor de un sargento, el psicólogo más fino que ha dado el país, Ventura.

Entonces, don Amaranto había estado de paso por lo Ovalle, donde asistió a unas peleas de gallos. Al terminar su frase parecía como si soplara las palabras.

Habían venido extranjeros, en gira por el país, con gallos muy buenos de la mejor ascendencia. Aquel sargento de cuyo nombre no "quería' acordarse don Amaranto, llevó a las peleas un gallo de cuatro libras y doce onzas, el Condorito, que eran sus ojos. Se lo zurcieron a puñaladas. Aquel hombre lloró la muerte de su gallo

y un deseo incontenible de venganza recaló en su alma. Apretaba contra su pecho una masa de plumas blanduchas, viscosas, sanguinolentas, y salióse del ruedo, desencajado, los hombros caídos, los ojos fijos en su gallo destrozado y ensangrentado. Volvió de pronto, hecho otro hombre, con el más espantoso gallo del país. Se había encontrado a sí mismo sin zozobras. Lo adquirió de manos de un huaso que venía por el camino a la sazón. A cualquier precio. Le quedaban sólo algunos pesos, su comida del mes y la de su familia. Consiguió algunos préstamos y soltó el gallo en la arena.

-¡Seis libras y seiscientos pesos! -gritó.

La cresta enorme, de largas mollejas flotantes; tojudo, de patas escamosas, con calzones de plumas; las estacas como astas de buey embotadas. Era de un rojo de llamas. El gallo hizo la rueda a quizás qué gallina de sus sueños. Levantó una nube de polvo. El ala al borde de la pata; las patas agarradas a la tierra. Se oliscaba olor de macho de la región. Alguien creyó oir como un tañer de cuecas y tintineo viril de rodajas triunfadoras. Las mollejas flameaban pañuelos encendidos.

Los hombres se pusieron silenciosos. Después se hacían bromas sobre el gallo.

—Y' d'ey —habló uno— déjenlo no más: el sargento quiere perder su plata.

Los gallos alargan sus cuellos con vacilaciones de llama, viendo de picarse. Los galleros rubios ríen y ríen; no se les cae la pavesa a sus cigarrillos. Ellos complacen al sargento, ¿por qué no? El sargento bromea ¿eh? Ellos quieren agradar; complacen a todo el mundo; pero . . ¿sabe? ¡Bah, al fin y al cabo y como siempre, nos llevaremos el dinero!

El gallo de pelea se quedó con el cuello alargado y los ojos fijos en el gallo bruto. Como clavado en la tierra.

—¡Se chupó! ¡Se chupóoo! —gritaron los hombres. Y arremete un remolino de patas, picos, alas, plumas. El gallo de pelea, el de los flemáticos galleros rubios, salió huyendo del redondel, cloqueando, cloqueando: "cao, cao, cao".

Después dijo el sargento:

-Los gallos brutos son como los huasos: tienen la arremetía no más. ¿No lo sabrían los gringos? No se le escapó a este roto. También los gallos andan viendo visiones.

Don Amaranto bajó la escalera presuroso. Quería ver el estado de su gallo. Augusto era un buen preparador. Sabía el oficio. Pero estaba hecho un borrachín. ¿No estará calentándose la sangre con la Wanda este carajo? Penetró al cuarto, el vientre cabalgando la carcajada. De súbito, se le quedó el vientre como chupado. No vio su navaja de afeitar, manchada de sangre. Ni a Eulogio que dormía en un rincón. Ni la cama de Wanda, vacía y deshecha. Allá en la java, hecho un montón de plu-

mas rígidas, de patas rígidas, separada del cuerpo la cabeza, el pico entreabierto, como una masa vítrea y quebrada, yacía en un charco de sangre su gallo giro, el fuerte gallo de pelea, el Sargento.

* *

Por la calleja, un rapaz descalzo, rojas las manos y la nariz, rojos los pies, ha pasado gritando los periódicos de la mañana. Sus piececillos menudos chapoteaban el barro clarucho, batido por las ruedas de los carretones de golpe, las golondrinas, las carretelas fleteras, las pobres góndolas que algo les faltaba ya para ser góndolas, como al color desteñido le faltaba algo para ser un color, y bate ahora el desfile interminable de los carretones de la municipalidad, acarreando las basuras al botadero, bajo una granizada de insultos, de imprecaciones obscenas a los pobres machos de largas orejas de esclavos; en tanto, el cura reflexionaba frente a las bestias.

—¿ Por qué a los humildes les crecen tanto las orejas?
 —estaba consternado.

El pregón del muchachito fue perdiéndose a lo largo del camino, rumiándolo el bostezo de la barriada hasta desaparecer en una de las callejas afluentes. Luego, con el zumbido de un motor de automóvil atascado en el lodo, bramando, titilaron los cristales. Del bar "La Envidia" salió un borracho, muerta la voluntad, muerto el deseo y el ansia de lucha.

Se para a orillas de las bestias como quien se dirige a las multitudes:

—"Voy a deciros mi gran expresión —dice a carcajadas—. ¿Se ríen Uds.? Ríanse de mí, es decir, reíos de vosotros. ¿No es grandioso que un hombre quiera decir su expresión? ¿Véis? Me he tirado de cabeza en un espejo como en un estanque. Cada uno de vosotros ha cogido un pedacito de espejo. ¡Observáis vuestros propios rostros en pedacitos de espejos. y os reís de mí! ¡Bah! Digo mi gran expresión, porque ¿acaso mi pensamiento no es gran expresión para vosotros y para mí?

Su carcajada estridente ahogóse en el charco de los hipos. Pero ninguno de los machos le escuchaba. Se diría que los machos habían comprendido por qué tenían las

orejas tan largas.

Desplazóse el borracho en un espacio no ya animal sino puramente físico. De pronto, su propio eructo lo derribó en medio de la calzada.

Aquel borracho era Edmundo.

En Santiago, a 1938.

FIN

GLOSARIO

the street will be a more than the first

Called the second of the secon

Andar con los pies helados.-Andar sin dinero.

Animita.—f. Santuario rústico que crea el pueblo en el lugar mismo donde alguien ha encontrado una muerte violenta.

Asorochar.—v. Trans. Producir soroche (del quichua sorojchi o sorocchi).

Cacha.—f. Mango, sea este de navaja, cuchillo, revólver, bastón, etc.

Canuto, a.—(De Canut, famoso pastor protestante), adj. Nombre que se les da en Chile a los ministros o pastores protestantes como también a los feligreses de sus sectas.

Cañita.—Dimin. de caña, f. Vaso largo, de un cuarto de litro, usado como medida en la venta de vinos y chichas.

Carmencha.—n. pr. Forma familiar por Carmenza. Cascarañado, a.—Por cacarañado, picado de viruelas. Cazuela.—(De cazo) f. Guiso de ave o cordero, con pa-

IUAN GODOY

pas, legumbres y abundante caldo. Comida favorita en Chile, especialmente la cazuela de ave.

Cenizo.—De color ceniza. Como ceniciento.

Cenizopinto.-Gallo de plumaje ceniciento con manchas rojizo-doradas y blancuzcas.

Comaire.-f. Por comadre. Es corriente la vocalización de la d en i, ante vocal y tras r: padre-paire, ladrón-lairón, adrede-airel, etc.

Comisión.—f. En el juego del volantín, el enredo de dos o varios volantines, atacándose, con el objeto de cortarse los hilos.

Congrio colorado.—Billete fiscal de tipo antiguo de cinco pesos. También los billetes del tipo de cien pesos actuales. De congrio colorado, pez que tiene la piel del vientre manchada de rojo, en lo que asemeja al objeto a que, en ese caso, presta su nombre.

Corvo.-Cierta especie de puñal, en forma de hoz diminuta, que usan los rotos y los bandidos.

Corrido.—m. Piropo, requiebro.

Cruda.-f. Chicha de uva sin hervir.

Cuco.—Nombre familiar que se le da al demonio, con quien, por costumbre, se asusta a los niños.

Cueca.—f. Zamacueca. Baile nacional chileno.

Cuncuna.—f. Del araucano. Larva de mariposa, cubierta de pelos, a modo de ortiga. Hace daño al tocarla.

Chanchas.-f. pl. Olas.

Chaucha.-Moneda metálica de veinte centavos. Llámasela también simplemente veinte.

Chicha.—(Voz antillana o mexicana). Bebida fermentada, de uva o manzana. (Estas dos especies, elaboradas industrialmente). Pero también de maíz, pera, membrillo, maqui, etc.

Choca.—El té que preparan los obreros en tarros de

hojalata.

Choclo.—m. (del quichua choccllo). Mazorca tierna de maíz.

Choro.-Marisco chileno, mejillón, almeja. Metáfora

popular significando el sexo de la mujer.

Chuncho.—(Noctua pumila). Del mapuche Chuchu. Ave de rapiña diurna y nocturna, de poco tamaño y cuyo graznido se toma vulgarmente como de mal agüero
para la casa en que lo lanza. Tb. Chucho.

Diuca.—f. (Fringilla diuca). Voz mapuche. Ave de color gris apizarrado, con una lista blanca en el vientre. Es poco mayor que un jilguero y canta al amanecer.

Echona.-f. (Del araucano, ychhuna). Hoz.

Espigadilla.—Vulgarmente espiguilla.

Estribo.—(Tomarse el). Beberse el último vaso de licor, al momento de partir.

Ey.-Por ahí, como mey, por maíz.

Finao seco al sol.—Mojón seco. Finao, por finado. Casi siempre desaparece la d en posición intervocálica; sólo se la oye en una pronunciación cuidada.

Gallero.—Individuo que se dedica a la cría y prepara-

ción de gallos de pelea.

IUAN GODOY

Gil.—Individuo incauto, ingenuo y fácil de engañar.

Gilescamente.—adv. A la manera del gil.

Giro.-Aplicase al gallo que tiene las plumas del cuello v de las alas doradas. En Chile v Argentina, también al gallo matizado de blanco y negro.

Gringo.-adj. Llámase así, en general, a todo extran-

jero y, en especial, al inglés y alemán.

Guainita.-Dimin. de guaina (del quichua huayna). Mocetón.

Guairao.-Por guairabo. (Ardea naevia). Voz onomatopévica. Ave nocturna, del orden de las zancudas, plumaje blanco, cabeza y dorso negros.

Guata.—f. (Del mapuche guatha, la panza). Barriga,

vientre.

Guatazo.—m. Batacazo, pegándose en la guata.

Guatón.—Caramelo de miel y leche cocidas.

Guillatún.—Mapuche guillatún. Ceremonia solemne que ejecutan los araucanos para pedir a la divinidad lluvia o bonanza, consistente en sacrificios de animales, plegarias, cantos, bailes, etc.

Huacho.—Huérfano, sin padre conocido, desparejado. Java.-f. (Voz caribe). Alcahaz. Jaula grande para encerrar aves.

laponés.-Gallo cenizopinto.

Jote.-m. (Cathartes aura). Etimología discutida. Ave de rapiña bastante parecida al gallinazo (Cathartes urubú), aunque un poco más grande. Ambos viven en la mayor parte de la América del Sur, especialmente en las vecindades de la costa. Por metáfora: fraile.

Litre.—m. (Litrea venenosa). Del araucano: lithe o litre. Arbol de mala sombra. Arbol chileno terebintáceo, de frutos pequeños y dulces, de los cuales se hace chicha. Su madera es tan dura que se emplea en dientes de ruedas hidráulicas y ejes de carretas. La sombra y el contacto de sus ramas producen salpullido.

Litriao.—Como litreado. Aplícase al licor que se vende

por litros.

Liudo, a.-Por leudo, a (leudo, leúdo, liudo).

Mata de hoja.—Manojo de hojas que envuelven la mazorca del maíz y que, saladas y sobadas, sirven para ha-

cer cigarrillos en los campos.

Malatoa.—Como malatoba: el gallo de color almagrado claro, las alas algo más obscuras y algunas plumas negras en la pechuga. U Tb. en Cuba, Costa Rica y Perú. Mate.—m. (Del quichua mati o mate). Calabaza que, seca, vaciada y convenientemente abierta o cortada, sirve para muchísimos usos domésticos. Entre otras cosas se toma en ella, mediante una bombilla, una infusión de hojas de hierbas del Paraguay (hierba mate). Dícese de una mujer que está mate, cuando permanece intacta, virgen. Matecito.

Mediagua.—f. Techo, cuya superficie tiene una sola inclinación para la caída de las aguas. Por sinécdoque: edificio sencillo y ligero que tiene el techo en esta forma. Milonga.—f. Mujer de cabaret, la que frecuenta los centros de baile (filarmónicas). Con menos frecuencia: meretriz. U. Tb. en la Argentina, pero con otro sentido.

Monos.—m. pl. Trastos, instrumentos y utensilios (trebejos), muebles, ropas, cachivaches y enseres que tienen los pobres en sus casas.

Mora.—f. La morcilla, por el color moreno o de moro que toma, después de cocida, la prieta.

Mujo, a.—adj. Dícese del color rubio tostado, de musgo, seco. Existe la expresión: "Sandías de pepas mujas". Este adjetivo, bellísimo, proviene de la palabra musgo. Es corriente el cambio de s o z más c o g en j, v. gr.: rajar, de rasgar; cijo, de cisco; sejo, de sesgo, jujao, de juzgado.

Ojota.—f. (Del quichua uxuta). Calzado a manera de sandalias, hecho de cuero o de filamento vegetal. Usan ojotas el campesino y el roto.

On.—Por don. Es frecuente la aféresis de la d: esculpe, por disculpe; igo, por digo; ejar, por dejar.

Paico.-m. (Del quichua paico o payco). Pazote.

Palos .- m. Ver: Tiros.

Pebre.—m. Papas molidas y aliñadas con sal, mantequilla y leche, que sirve para acompañar a otros guisos. Penar.—v. intr. Dícese de las ánimas del purgatorio, que se aparecen para manifestar sus penas y solicitar sufragios.

Pihuelo o pigüelo.—(Del araucano pudhuel). m. Bebida más o menos espesa, compuesta de chicha, chacolí

o mosto, mezclado con harina tostada o llalli. Tb. Chupilca.

Pinto.—adj. (Contrac. de pintado). Aplícase al ave de plumaje rojizo-dorado con manchas blancuzcas.

Pitones.—Cachos nacientes.

Poncho.—(Del araucano pontho, ruana). Manta con una abertura al medio, para meter por ella la cabeza. Porongo.—m. (Del araucano purunco). Cántaro de greda, pequeño, de cuello largo.

Poto.—(Del araucano poto). El trasero, sieso, culo.

Puestones.—adj. m. pl. Ebrios, bebidos.

Quiltro.-m. Del chileno: perro chico, ordinario, la-drador.

Quimba.—Del chileno: quimba. Movimiento donairoso. Quisca.—f. Cuchillo. Del chileno: quisca, espina del arbusto llamado en Chile, quisco.

Radiche.-Diente de león.

Revolada.—f. Tiro en falso del gallo en la pelea o riña. Romper la cachá e mote.—Desvirgar, desflorar.

Roto.-m. Hijo del pueblo.

Tiros.—m. pl. Espolazos que da el gallo en la riña. Tb. Palos.

Toreos.—El acto de embravecer a un gallo por medio de otro que se tiene en la mano.

Torin.—Ruedo cercado de tablas donde se preparan los gallos.

Totora.-f. (Del quichua: tutura). Especie de anea o

JUAN GODOY

espadaña que se da en terrenos pantanosos o húmedos. Totoral.—m. Paraje poblado de totoras.

Trago.-m. Por antonomasia, el de licor.

Trutruca.—Instrumento músico de los araucanos.

Unto.-m. Betún para calzado.

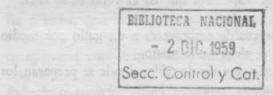
Untoso.—Por untuoso.

Varón.—m. (Aument. de vara). Vara muy larga y muy

gruesa como un mástil o un gran poste.

Zaino.—adj. (Del árab. hain, traidor). Aplícase en el norte de Chile al individuo que siempre en las comisiones, en el juego del volantín, campea invicto. Matón.

BIBLIOTECA NACIONAL BECCIÓN CHILBNA



INDICE

	I	ègs.
Dedicatoria Extramuros		7 9
PRIMERA PARTE		
Voluptuosidad del fierro al rojo Riñas de gallos Olmo, olmo, olmo En las barrigas del vino Hacia dentro la sumida caverna de su boca El Roto en el Cenizo y el alférez Anabalón	 1.1.1	13 55 85 99 129 145
SEGUNDA PARTE		
Insensato Algo deleitoso de las sombras Glosario	 * * * *	193